

LA QUINTA
MODELO



JOSÉ MARÍA
ROA BÁRCENA



NOVELAS en TRANSITO

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



LA QUINTA MODELO

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

Verónica Hernández Landa Valencia

Presentación

Luis Gómez Mata

y Verónica Hernández Landa Valencia

Edición y notas

Novelas en Tránsito
Primera Serie, 13



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie, 13

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Braulio Aguilar, Joshua Córdova, Gabriel M. Enríquez Hernández,
César García Gómez, Gustavo Jiménez Aguirre, Verónica Hernández
Landa Valencia y Luz América Viveros Anaya

José María Roa Bárcena, *La quinta modelo*

La novela corta: una biblioteca virtual

Primera edición: 16 de diciembre de 2022

D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional
de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez
Diseño de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6807-9
ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.
Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. <i>La quinta modelo</i> : caricatura costumbrista del proyecto liberal decimonónico <i>Verónica Hernández Landa Valencia</i>	7
<i>La quinta modelo</i>	
I. La vuelta a la patria	19
II. En familia	29
III. Preparativos para desempeñar una alta misión	41
IV. Augustas funciones legislativas	55
V. Enrique en el colegio	67
VI. Amelia	83
VII. El progreso en la quinta	99
VIII. Roma desarmada y vencida	107
IX. Lo que se siembra se cosecha	119
X. Cómo fue el homicidio	129
XI. Dolor de madre	135
XII. Reconstrucción	147
XIII. Votos cumplidos	155
XIV. Conclusión	165
Noticia del texto	175
José María Roa Bárcena. Trazo biográfico	179
Notas	181

PRESENTACIÓN

La quinta modelo: caricatura costumbrista del proyecto liberal decimonónico

Verónica Hernández Landa Valencia

Como muchas otras cosas en México, la historia literaria de la nación fue forjada bajo la ideología dominante desde 1867. Luego de la derrota definitiva del partido conservador, el partido triunfante desarrolló una serie de estrategias que permitieran difundir el ideario y el imaginario liberal entre la población. Una de ellas consistió en la publicación de obras escritas por reconocidos liberales como Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Juan A. Mateos (1831-1913) y Vicente Riva Palacio (1832-1896); así nos enseñaron a rechazar el pasado colonial, las tendencias conservadoras, las prácticas tradicionales del clero, y a creer en la educación laica, en el progreso tecnológico y material. Todo esto con el fin de construir una nueva sociedad sobre las cenizas del pasado.

Todavía en las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx, la inercia cultural mantuvo vigente esta ten-

dencia, ahora trasladada al nuevo medio de comunicación masiva: el cine, en películas como *El profe* (1971) o *El padrecito* (1964), protagonizadas por Mario Moreno, Cantinflas (1911-1993). El contenido ideológico de estos filmes nos remite de manera casi natural a dos textos de Altamirano *La navidad en las montañas* y “El maestro de escuela”, ambos publicados en 1871.¹

En este marco, no es de extrañar que nombres como los de José Joaquín Pesado (1801-1861), Pascual Almazán (1813-1885) y José María Roa Bárcena (1827-1908) resulten casi desconocidos. Las obras de estos autores, a pesar de su dominio de las técnicas narrativas, su erudición y su arte, adolecen de un defecto imperdonable para el canon que dominó hasta hace unas décadas: un contenido claramente conservador.

La quinta modelo es una de esas obras marginadas por el canon liberal. Más allá de haber sido escrita por un conservador, constituye una ingeniosa sátira contra el proyecto liberal de nación y contra sus leyes, promulgadas en la Constitución el 5 de febrero de 1857. Esta novela corta fue publicada por entregas en el periódico *La Cruz*, entre mayo y septiembre de 1857; su narrativa resultaba complementaria a los numerosos artículos de opinión de varios autores que, en ese mismo periódico, emitieron extensas críticas contra las transformaciones políticas introducidas por el liberalismo.

Novela y artículos expresan duras críticas a lo que consideraban desatinos del liberalismo. Por un lado, la importación de modelos políticos, sociales y educativos ajenos a la complejidad de la sociedad mexicana; en particular, la difusión de ideas de soberanía popular en una sociedad mayoritariamente analfabeta con arraigados hábitos de obediencia, que, incapaz de tomar decisiones políticas razonadas, terminaba siendo manipulada por líderes regionales. Por otro, la persecución y excesivo control que se pretendía ejercer sobre la Iglesia católica, contradiciendo así los mismos principios de tolerancia religiosa, libertad de organización y autogestión, aplicables a todas las instituciones privadas, incluida la Iglesia, una vez que se la declaraba independiente del Estado. No menos importante, la conformación y difusión de un imaginario que tendía a responsabilizar al político conservador y al sacerdote de los males de la sociedad y de los fracasos políticos de un liberalismo que negaba sus propias fisuras.

Hoy en día esas paradojas liberales están en el centro de la reflexión historiográfica, en autores como François-Xavier Guerra, Elías José Palti y Brian Connaughton, quienes también ofrecen una comprensión del conservadurismo muy distinta de la que hasta ahora habían enseñado los manuales escolares de historia o las historias monumentales como *México a través de los siglos*.

Estos y otros autores evidencian la necesidad de visitar el pasado con otros ojos, y ayudan a apreciar la actualidad de novelas como *La quinta modelo*, una que invita a repensar el imaginario nacional y el canon de la literatura mexicana.

La obra de Roa Bárcena, desde su horizonte histórico-social, defiende un modelo de gobierno sustentado en las costumbres nacionales, en el que el Estado, la Iglesia y las familias más privilegiadas, partiendo de sus distintas áreas de competencia, coadyuven en la educación y el progreso intelectual, moral y económico de la sociedad en su conjunto. Modelo quizás no menos cuestionable que el liberal, pero que permite valorar de otra manera la alteridad y las dialécticas del pasado.

Desde una estructura maniquea, *La quinta modelo* contrapone ese ideal conservador de sociedad a aquel que se iba imponiendo en la sociedad a partir de la constitución de 1857. Ofrece una caricaturización de ideas, conductas y dinámicas de ciertos grupos liberales, que fracasaban en sus empeños por transformar una nación que no comprendían, que no estaba preparada para cambiar de forma tan radical, y quizás ni siquiera deseaba hacerlo. Gaspar, el protagonista, con su admiración por lo extranjero, su rechazo y desconocimiento por las costumbres nacionales, su marcada ignorancia, sus obsesiones y aspiraciones políticas, constituye una

imagen hiperbólica del político liberal; en particular, a través de este personaje se parodia la figura de Melchor Ocampo (1814-1861), gran defensor de la separación entre Iglesia y Estado, de la libertad de cultos y de pensamiento, cuyas ideas, según los conservadores de la época, servían a la causa del socialismo.²

La trama dialoga con un género narrativo reconocible con facilidad por el lector de la época: la novela de aventuras costumbrista, en la que el héroe, después de vivir una vida licenciada o descaminada, experimenta una serie de aventuras que lo llevan a conocer y padecer el mundo de mezquindades y corrupción que lo rodea; de ahí puede extraer un aprendizaje y experimentar una transformación, o fracasar y hundirse en el lodo. Gaspar es inicialmente arrojado al exilio como castigo a sus desatinos políticos, pero su elevado ego, su ignorancia y su falta de comprensión profunda de la realidad nacional lo conducen siempre a nuevos desatinos, a creer en quienes sólo buscan beneficiarse de su ingenuidad y, bajo su influencia, a emprender aventuras destinadas al fracaso, de las que no logra extraer ningún aprendizaje. Es el lector el que debe deducir un aprendizaje que para Gaspar es inalcanzable.

En su aspiración por crear una sociedad acorde con las ideas de igualdad, soberanía y rechazo a la influencia de la institución eclesiástica en la sociedad, luego de

fracasar en la política capitalina, Gaspar intenta implementar el proyecto liberal dentro de su propia quinta. Sin embargo, la sociedad ideal deviene en caos cuando hasta la propia familia de Gaspar se ve exiliada del nuevo orden, la educación se reduce a ideas abstractas sin aplicación práctica, y los trabajadores, a fuerza de ser tratados como iguales por el antiguo patrón, le pierden el respeto y cometen todo tipo de tropelías sin que haya autoridad capaz de controlarlos.

Antes de llegar al nudo de la trama, la novela profundiza en el ambiente que dará lugar a la crisis. Así, en los primeros siete capítulos se introducen personajes y situaciones que, si bien no tendrán un papel determinante en los acontecimientos posteriores, resultan esenciales para comprender el contexto que los hace posibles. La narración transita por estancias que nos muestran diferentes dimensiones de un mundo al revés: inicia con las relaciones que tejen diversos políticos en un exilio cuya comodidad disimulan con exclamaciones de sufrimiento; pasa por una política capitalina llena de buenas intenciones, pero también de ideas cual más, cual menos, excéntricas, siempre sazonadas con anatemas contra la Iglesia; sigue con las modas malinchistas que dejan a cargo de la educación de los jóvenes mexicanos a cualquier ignorante, con tal de que sea francés. A través de estas escenas se revelan las absurdas bases

sobre las que se fundamenta el proyecto utópico de Gaspar.

En cada entrega de la novela se ofrece al lector un elemento más para apreciar la desmesura del proyecto de Gaspar y las razones por las que está condenado al fracaso. Hipérbole e ironía se dan la mano para configurar un mundo en que los sueños utópicos de un individuo, sus ideas mal entendidas de igualdad, soberanía y educación laica, junto con un irracional rechazo al clero y a las antiguas jerarquías, serán llevadas a la práctica; se convertirán en la peor pesadilla de una familia y de todos los habitantes de la finca de Gaspar, transformada en nada menos que una distopía que trastorna los sentidos y conduce a la locura. De semejante catástrofe sólo será posible salir volviendo a un orden tradicional, aunque mejorado gracias a la colaboración de los personajes que sirven de contraste frente a Gaspar: la madre de familia, el cura, y el administrador de la hacienda, todos ellos preocupados por la moral, el progreso y la educación de los trabajadores de la quinta.

Los recursos de la hipérbole y la ironía se insertan en un ácido e hilarante costumbrismo, el cual contrasta agradablemente frente al dramatismo de la literatura romántica que nos ha legado el canon —baste recordar *Clemencia* (1869), de Altamirano, o *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), de Riva Palacio, por no mencionar

poemas como “Pasión”, de Manuel M. Flores (1837-1885), o “Nocturno a Rosario”, de Manuel Acuña (1849-1873)—. Aunque no falta la historia de los amantes separados por un padre injusto, este amor casto es protegido por la madre de familia y nunca llega a extremos dramáticos; el conflicto amoroso y su desenlace son más bien dignos de la tradición ilustrada de *Tartufo* de Molière o *El sí de las niñas*, de Leandro Fernández de Moratín.

Con su estilo narrativo, la novela de Roa Bárcena se inscribe en una tradición costumbrista muy cultivada en la literatura mexicana de la época, pero que apenas en los últimos años ha llamado la atención de la crítica a partir de los estudios de las novelas cortas de José Tomás de Cuéllar (1830-1894), aunque está presente también en otros autores liberales como Juan Díaz Covarrubias (1837-1859) y Francisco Zarco (1829-1869). Sobre esta tradición queda mucho por decir y comprender, y por eso se vuelven aún más necesarios la relectura y el análisis de obras como la de José María Roa Bárcena.

La quinta modelo resulta, además, una ventana a un género poco explorado en México, la distopía, la cual tiene como contraparte dos novelas utópicas, *El moneadero* (1861), de Nicolás Pizarro y *La Navidad en las montañas* (1871), de Altamirano. La dialéctica que se puede

establecer entre estas novelas resulta particularmente interesante no sólo porque permite conocer dos perspectivas ideológicas contrapuestas, sino porque a través de ellas reconocemos el cultivo de una forma literaria cuyos alcances en México aún desconocemos. En este sentido, cabría llamar la atención sobre un fenómeno inverso al que ocurre en otros países: la publicación de la novela de tintes distópicos precede a las utopías.

Hasta hace algunas décadas, la enseñanza de la literatura nacional pasaba por el filtro de la ideología liberal. Hoy en día, nuestra forma de ver el liberalismo y la historia de México ha cambiado. Quizás seamos más escépticos, pero también tenemos mayor disposición a conocer distintas perspectivas. Los nuevos lectores somos capaces de reír y pensar a partir de la sátira, que es espejo deformante, pero espejo a fin de cuentas.

LA QUINTA MODELO

I LA VUELTA A LA PATRIA

En la mañana del 19 de octubre de 184..., la campaña de la fortaleza de San Juan de Ulúa dio el toque de vela, y pocos momentos después, sobre la sábana inmensa del mar, apenas agitada por la brisa, apareció un vapor norteamericano, arrojando al cielo sus bocanadas de humo. Desprendiose del muelle el bote del práctico, llevando a algunos empleados oficiales e individuos particulares, y a impulso de los remos fuese acercando rápidamente al vapor, pareciendo a los que le veían desde la playa una de esas gaviotas que vuelan a flor de agua anunciando la tempestad.

En la cubierta del vapor estaba en pie, mirando hacia la playa, un hombre como de 38 años de edad. Traía pantalón, chaleco, corbata, paletó, gorra, guantes y zapatos de una especie de paño pardo, y de vez en cuando empuñaba un antejo pequeño, dirigiéndole a la playa o al islote donde se eleva Ulúa; pero ni la cadena de montañas dominadas por el Orizaba y el Cofre de Perote, y que prestan fondo a los renegridos edificios

de Veracruz, ni el fuerte que sólo sirve de prisión de Estado y que viene a ser para la plaza una amenaza perpetua, ora en el caso de guerra civil, ora en la de guerra extranjera, parecieron conmovérle en lo más mínimo. Aquel hombre debía estar dotado de lo que hemos dado en llamar un alma romana,³ puesto que no le causaba impresión alguna volver a ver las montañas y los edificios del país donde nació. Solamente se animaron sus toscas facciones cuando el bote del práctico se acercó lo necesario para que, con ayuda del antejo, reconociera a algunos de sus amigos que iban a darle el abrazo de bienvenida. Pocos momentos después se reunían todos en la cubierta del buque y asediaban al viajero a fuerza de preguntas, o le instruían de los últimos acontecimientos del país.

Para que el lector haga conocimiento con el personaje que más adelante no podrá menos que interesarle en cierto modo, comenzaremos por decirle que había caído recientemente una de tantas administraciones cuantas ha tenido México, y que los desterrados por ella al extranjero volvían con el aire de víctimas mezclado a las pretensiones de vencedores.

Gaspar Rodríguez, que es el personaje en escena, tuvo la mala o buena suerte de hacerse sospechoso al gobierno a causa de su lenguaje un tanto desenfrenado y espartano; en consecuencia, y consignado a sí mismo,

fue embarcado un día a despecho suyo; y para disimularlo, al perder de vista las playas de Veracruz, tarareaba con la espuma en los labios aquellos versos de Rodríguez Galván: “Adiós, ¡oh patria mía! / ¡Adiós, tierra de amor!”;⁴ pensando, en suma, lo que haría para vivir en el extranjero, supuestos los no muy abundantes recursos con que contaba, y también pensando en el modo de librar a su patria —aquí personificaba la patria en su individuo— del yugo ominoso que sufría.

Afortunadamente para Gaspar, poseía algunos terrenos de labor en el interior de la República, y encomendada su administración a un hombre leal e inteligente, produjeron lo necesario a fin de que sus hermanos pudieran hacerle algunas remesas de dinero. Tranquilizado acerca de punto tan esencial, preciso es confesar que los padecimientos de la patria preocuparon ya mucho menos a Gaspar y que, adoptando para sí el sistema del *dolce far niente*,⁵ entregose a una vida cómoda y regalada que sólo interrumpió más tarde para visitar, cuando se aumentaron sus recursos, las principales ciudades de la Unión Norteamericana.

Las instituciones de la nación vecina, que a un espíritu profundo y observador habrían dado materia para meditar en la prosperidad de un pueblo cuya máquina gubernativa se adapta a la índole de la raza, a sus tradiciones y a sus costumbres actuales, sólo sirvie-

ron para aumentar la confusión de las ideas políticas no muy sensatas que, de años atrás, germinaban en el cerebro de Gaspar. Desdeñando el fondo de las cosas, deteníase solamente en la superficie. Atribuyó el espíritu trabajador y mercantil de la raza anglosajona a la forma política de su gobierno, en vez de considerar este mismo gobierno como resultado forzoso de aquel espíritu. Cerró voluntariamente los ojos para no ver las repugnantes escenas de la esclavitud en los estados del sur; y a la vez que esa misma esclavitud le indignaba en Cuba, era disculpada por él en la Florida bajo el especioso pretexto de la prosperidad nacional. Hizo una distinción gratuita entre el lujo monárquico y aristocrático de las cortes europeas, y el lujo republicano que día por día invade más y más el terreno de las costumbres en Nueva York. Condenó el primero de dichos lujos como una ostentación insolente de los reyes y de los nobles, y santificó el segundo como medio de desarrollo ofrecido a la industria y el comercio. Vio que en dos o tres ceremonias oficiales hundieron hasta los hombros el sombrero al presidente de la República o le estrellaron un huevo en las espaldas sin que el primer magistrado yanqui perdiera su flema habitual, y se dijo: “He aquí la modestia y la mansedumbre que deben adornar al depositario del poder público en una sociedad democrática”. Vio que en la Cámara

los diputados, cuando apuraban los argumentos de la lógica, recurrían a los del puño, y se dijo: “He aquí una energía verdaderamente republicana en la discusión”. Resultado de todas estas observaciones fue que Gaspar se prometiese seriamente, a su vuelta a México, trabajar con actividad por establecer en nuestro país instituciones políticas idénticas a las de los Estados Unidos, y por establecer la libertad absoluta en todas las clases y condiciones sociales, sin perjuicio de obtener un privilegio exclusivo para importar unos cuantos negros de Virginia y hacerlos trabajar en sus tierras. Además, para acostumar a nuestro pueblo a los procederes republicanos de que él se formaba la más alta idea, tenía intención firmísima de repartir sendas puñadas en el santuario de las leyes, si llegaba a instalarse en él en calidad de representante; y aun de arrojar una bola de harina al rostro del presidente de la República en la primera ceremonia oficial a que concurriese su excelencia, y así pudiera ser su mejor amigo; porque “es necesario —decía Gaspar— desimpresionar al pueblo y enseñarle que los presidentes y los ministros son iguales a todos los demás hombres”.

Se nos olvidaba una cosa muy esencial a nuestra historia. Antes de salir de México, y sólo en virtud de sus lecturas filosóficas, Gaspar odiaba al clero católico y aparentaba considerarle como el enemigo más cons-

tante y terrible de las luces y el progreso social. Ya en algunos periódicos —porque en México ¿quién no es periodista?— había atacado Gaspar al clero con distintas armas, abogando, entre otras cosas, por la supresión del esplendor del culto y de las obvenciones parroquiales; pero, cuando entró a los templos protestantes de Nueva York y vio sus limpias y desconsoladoras paredes desprovistas de imágenes y sin los monumentos que en los templos católicos han levantado las artes inspiradas por la religión, creció su entusiasmo filosófico. No se hizo protestante porque, a la verdad, en nada creía, incluida la Biblia; pero se dijo como Eugène Sue: “Si toda religión es un mal, y si una religión cualquiera es necesaria a los pueblos en su estado actual de barbarie, escojamos del mal el menos; escojamos el protestantismo que guía en último resultado a la negación de toda fe”.⁶ Gaspar, pues, se prometió abogar más tarde en México por la libertad de cultos, como medio de establecer el protestantismo, y se prometió también, para extirpar entre sus conciudadanos toda especie de culto idólatra, apoderarse de unos cuadros de Murillo y Cabrera y venderlos en Londres,⁷ a fin de evitar así toda ocasión de reincidencia. Respecto de las obvenciones parroquiales, afirmóse en sus ideas cuando el sacristán de una iglesia protestante en que se hallaba oyendo un sermón, que no entendía por la sencilla razón de no sa-

ber el inglés, se acercó a él cobrándole 50 centavos por alquiler de la silla que ocupaba. Pagó religiosamente los 50 centavos, y se dijo para sí: “Cóbrese en buena hora en mi patria una módica suma por alquiler de sillas y bancas en las iglesias; o expéndanse más bien a la puerta de la iglesia boletos de entrada, lo mismo que se hace en los teatros; pero adminístrese gratis toda especie de sacramentos”.

Dada ya idea de las principales observaciones hechas por Gaspar en el extranjero, y de sus resultados, sólo nos falta enumerar los esfuerzos que desde la nación vecina hizo para derrocar la tiranía que pesaba sobre su país natal.

En primer lugar, brindó cuatro veces en los hoteles de Nueva York y Nueva Orleans por la caída del tirano, exponiéndose a que los cónsules de México diesen cuenta de su lenguaje hostil e hiciesen así más difícil su vuelta a la patria.

En segundo lugar, escribió cartas destempladísimas contra el mismo gobierno, y las dirigió a algunos de sus amigos de México; lo cual dio por resultado que estos amigos fuesen empaquetados y despachados a hacerle compañía, aumentándose así el “foco” de los revolucionarios en Nueva Orleans.

En tercer lugar, publicó artículos furibundos en los periódicos de Brownsville, exponiéndose al inminentísimo peligro de que nadie los leyese en México.

En cuarto lugar, a fuerza de botellas de champaña, conservó vivo en los pechos de sus amigos el fuego sagrado de la revolución.

Cuando ésta triunfó en México, no por cierto en virtud de los esfuerzos de Gaspar, algunos de sus amigos de acá le escribieron:

Noble víctima de la tiranía, ya puedes volver a tu patria a recibir las ovaciones que has merecido en tu destierro. Vamos a trabajar en nombrarte diputado. Hoy por ti; mañana por nosotros.

He aquí lo que motivó la vuelta de Gaspar. Al recibir esta carta tomó un pasaje en un vapor americano, y a los tres o cuatro días estaba en Veracruz. Al desembarcar en el muelle recibió nuevos abrazos y le entregaron dos cartas. Una de ellas era de sus amigos del interior, y decía:

Gaspar, has sido electo diputado al Congreso Constituyente por el distrito N... del estado H... Mucho espera el pueblo de ti, y no poco esperan tus amigos.

La otra carta era de su esposa, y decía:

Tus hijos y yo estamos tan ansiosos de darte un abrazo, cuanto escasos de medios de subsistencia. Un voraz in-

endio ha consumido la quinta que constituía la mejor parte de nuestros bienes. Apresúrate, pues, a llegar.

La carta que nosotros enumeramos en segundo lugar fue leída antes que la primera, y las desgracias domésticas desaparecieron de la memoria de Gaspar ante la idea de lo que la patria esperaba de sus talentos y patriotismo. Por lo demás, estaba escrito en el catálogo de sus más íntimas convicciones que el individuo y la familia nada son ante la sociedad, nada son ante el pueblo. ¡Singular modo de raciocinar! Se acepta el todo y se quiere reducir a la nada sus elementos constitutivos.

—¡Bienvenido, Gaspar Rodríguez, víctima de la derrocada tiranía! —exclamaron de nuevo sus amigos.

—Gracias, señores. ¡A trabajar en favor de la “democratización” del pueblo! ¡Manos a la obra!

Pronunciadas las anteriores frases, se alejaron del muelle, internándose en la ciudad. Eran las primeras horas de la mañana, un sol brillante resplandecía bajo el dosel de un cielo azulado y sereno, bordando de plata y oro la cresta de las olas que en hileras sucesivas venían acercándose a la ribera y se estrellaban en la muralla produciendo armonioso rumor; las velas de los botes y de los buques que vagaban por la bahía o estaban anclados cerca de los islotes, parecían blancas palomas sobre el fondo del horizonte lejano; multitud de aves marinas

revoloteaban cerca de la playa, y uno que otro pescador se internaba en su barca hacia el mar, cantando o silbando. Pero íbamos a hacer una extensa descripción de las bellezas del cuadro, sin recordar que los políticomaniacos son insensibles a los encantos de la naturaleza, y que debemos conservar en la novela, hasta cierto punto, el carácter espartano de su protagonista. Gaspar hace tanto caso de todos estos accesorios del cuadro, como de su familia. Para Gaspar sólo existe la patria. ¡Desdichada patria la de Gaspar!

II EN FAMILIA

Enrique! ¡Enrique!
—¡Vuelta a llamarme! ¿Qué me quiere usted?

—Siéntate en esa silla y óyeme. Vas a cumplir doce años, hijo mío, y tus maestros y tu madre tienen muchas quejas de ti. Tus libros se hacen pedazos, sin que saques tú fruto alguno de ellos. Tus maestros me han dicho que frecuentemente les faltas al respeto y que rehúsas someterte a los castigos que te imponen.

—Es que quieren tenerme de rodillas, y yo no quiero ni debo permanecer en esa postura. Papá me ha dicho que los hombres sólo deben arrodillarse ante Dios.

—Si de la escuela pasamos a tu casa, todo es barullo y desorden en ella, por causa tuya. Destrozas los muebles, maltratas a Tamerlán,⁸ ese noble y fiel perro que por tantos años ha vivido con nosotros; tratas despóticamente a los criados; y lo que, sobre todo, no puedo yo tolerar es que consideres como sirviente tuya a tu hermana, que sólo por ser tan buena puede soportar hasta

que levantes la mano sobre ella. ¿No sois por ventura iguales tú y Amelia? ¿No sois entrambos hijos míos? Pues, ¿por qué te quieres erigir en amo de ella?

—Porque los hombres tenemos superioridad respecto de las mujeres. Papá lo ha dicho muchas veces.

—Ayer, lo mismo que otros días, a la hora en que debieras estar estudiando tus lecciones, te saliste de casa y anduviste recorriendo las calles en compañía de unos cuantos muchachos, gente ordinaria y soez, cuyo trato acabará de pervertirte y desacreditarte en el concepto de las personas honradas.

—Papá me ha enseñado que todos los hombres somos iguales, y que no valgo yo más que el hijo del zapatero.

—Es verdad que todos somos iguales ante Dios, y que debemos serlo ante las leyes; pero, óyeme, Enrique, esa igualdad no habla con la buena o mala conducta, ni con la buena o mala educación de cada cual.

”El hombre que llega a ser modelo de honradez, ¿valdrá lo mismo que un pícaro? El joven que, como tú, ha recibido los cuidados de una educación esmerada, y a quien su madre trató siempre de infundir sentimientos piadosos y de poner a la vista modelos de buena conducta, ¿no valdrá más, no ofrecerá a la sociedad mayores garantías que esos pobres muchachos cuya alma, buena tal vez, embota sus nobles cua-

lidades nativas en la ignorancia, o las pierde ante la vista continua de los espectáculos que ofrecen a menudo la miseria y la depravación? ¡Ay, Enrique! ¡Cuántas pesadumbres me das, y cómo traes siempre inquieto mi espíritu! No advierto en ti ninguno de esos arranques tan comunes en los niños y que descubren un fondo de bondad que hace disculpables las travesuras y las faltas de la edad. Nunca te he visto dar limosna a un pobre...”.

—Para los pobres se hicieron los hospicios. Quien da limosna a un mendigo fomenta la ociosidad y la vagancia. Papá me lo ha dicho.

—Nunca he visto que te enternezcas al aspecto de los padecimientos y de las lágrimas de tus semejantes...

—El enternecerse es una debilidad indigna de mi sexo.

—Pero lo que más me affige, Enrique, es ver tu poca devoción. Cuéstame un triunfo el llevarte a misa los domingos...

—Mi papá no va a misa.

—Y todas las noches me das un disgusto antes de rezar tus oraciones. Óyeme, Enrique: el día en que hiciste tu primera comunión..., ¿te acuerdas, Enrique? Te llevé a la iglesia vestido de toda gala, y por tu juicio y compostura llamabas la atención de las gentes. “¡Qué dichosa es usted!”, me decían cuantas personas nos en-

contraban. De vuelta a casa, te pusimos, Enrique, una corona de rosas del jardín, y te festejamos mucho...

—Mi papá se disgustó de ello, y dijo que todo lo volvían ustedes farsa.

—Pues ese día, Enrique, cuando acababas de recibir al Señor Sacramentado, que vino a albergarse en tu inocencia y en tu piedad de niño, yo le rogué que siempre te amparara y te condujera por el camino de la vida; pero también le rogué que si habías de ser malo, te llamara a sí; porque hay un dolor superior al de la madre que ve muerto a su hijo, y es el dolor de la madre que le ve malvado.

—¡Qué cosas tiene usted!

—Ahora bien, de muchos días a esta parte, con lágrimas en los ojos, recuerdo a Dios mi súplica, y la confieso, llena de temores por tu porvenir.

—Usted quisiera hacerme devoto; pero entre ser buen cristiano y devoto hay una gran diferencia. Mi papá lo ha dicho. Y ya no me predique usted más, porque me aflige. ¡Tiene usted unas cosas! ¿Cuándo llega papá?

A esta pregunta se estremeció ligeramente la madre.

—Debe llegar de un momento a otro.

—Mucho se alegrará mi padrino Márquez, porque dice que papá hace falta en casa.

—¿Tè ha dicho eso? ¿Y por qué?

—Porque, según él, las señoras sólo son buenas para educar a las niñas; pero echan a perder a los niños queriendo tenerlos cosidos a las faldas. “Enrique —me dijo el otro día—, tú ya estás grande, y pintas ser un joven de provecho. Tu madre te anda queriendo hacer que huelas los hábitos de esos pícaros jesuitas de la parroquia; pero tente firme, y en cuanto llegue mi compadre te llevaremos a los clubs. ¿A que te han enseñado el catecismo de Ripalda?”⁹ “Sí, padrino —le respondí—. “¿Y a que no te han enseñado la cartilla del ciudadano?” “Mi papá me dio unos cuantos repasos de ella; pero desde que se fue no he vuelto a estudiarla, porque mamá no quiere”. “No tengas cuidado, Enrique, todo se arreglará y te enviaremos a un colegio, porque los niños no deben estar al lado de las madres que los afeminan y enseñan a hipócritas”. Todo eso dijo mi padrino, y, dándome unas palmaditas en el hombro, me regaló este cortaplumas. Quise probarlo luego luego, y degollé al gato. Véalo usted, mamá. ¿Qué le parece?

La madre no le contestó, se había entregado a sus propios pensamientos, y éstos eran muy amargos.

La escena que hemos bosquejado rápidamente pasaba cierta mañana a fines de octubre, en la sala fresca y aseada de una casa, parte integrante de una de las ciudades del interior de la República. No hay necesidad de hacer el retrato físico del niño: a su edad y cuando ya

las malas pasiones suelen ir formando el carácter moral del individuo, su fisonomía material se resiente todavía de indecisión y vaguedad en las formas. De un niño se puede decir que es bonito o feo, y esto es todo. Ahora bien, Enrique era feo, y su fealdad formaba contraste con la belleza de Amelia, su hermana menor, sentada silenciosamente al lado de la madre y entregada a su labor. Tamerlán completaba el cuadro: echado cuan largo era en el suelo, veía con ojos tristes y un tanto cuanto lacrimosos a Enrique, o azotaba su cola a uno y otro lado, y parecía besar la falda del vestido de Amelia cada vez que la niña le pasaba el pie sobre el lomo.

Octaviana, esposa de Gaspar Rodríguez y madre de aquellos niños, tendría unos 36 años de edad, y no se le podía llamar hermosa, pero sí excesivamente simpática. Sabido es que la belleza que nos figuramos por efecto de la simpatía es mucho más agradable y duradera que la belleza real que puramente resulta de la perfección de las formas, y cuya impresión se debilita a medida que la vista se acostumbra al objeto. Dotada de un semblante agraciado, Octaviana dejaba leer en él la bondad de su alma y la tranquilidad y la alegría que reinan en todo buen corazón y que constituyen la mejor dote de una mujer y la felicidad del hogar doméstico. No se podía decir que estuviese educada con esmero si aplicamos esta frase a los ramos puramente de ornato

a que tanto valor se presta, comúnmente, en la sociedad; pero, hija de una familia honrada y de medianos posibles, su corazón formose en la infancia al influjo de sentimientos piadosos y cristianos, y la joven aprendió más tarde cuanto es indispensable al gobierno de una casa y a la felicidad de un esposo. Activa y laboriosa en el seno de su familia, amable con ella y sus amigos, algo meditabunda y soñadora a solas, como toda alma superior; caritativa con los pobres y los desgraciados, devota sin afectación y bella cuanto podía serlo cuando sus facciones, simpáticas según hemos dicho, se iluminaban al brillo de sus ideas y de sus sentimientos, Octaviana llegó a los veintitrés años sin haber dado a hombre alguno su amor. Un joven de buena familia y de porvenir se presentó a los padres de Octaviana pidiéndoles permiso para ganar su corazón y aspirar a su mano. Ella comenzó a sentir inclinación hacia el pretendiente; mas éste era pobre y quería realizar el idilio de “el amor en una cabaña”.¹⁰ Los padres no se conformaron con ello, porque generalmente desean hombres ricos para las muchachas casaderas, y, en todo caso, quisieran ver hasta cierto punto asegurado el porvenir de sus hijas. Octaviana se resignó, el pretendiente se expatrió, y seis meses después la virgen de sus sueños y de sus pensamientos recibía ante el altar por esposo y compañero a Gaspar, el protagonista de nuestra historia.

Conviene hacer aquí una pausa, y decir que la politicomanía no se había desarrollado aún en el carácter de Gaspar. Joven de no mala presencia, y sumamente rico, lo primero, unido a un genio vivo y complaciente, le abrió las puertas del corazón de Octaviana, cuando ya lo segundo le había abierto las puertas de su casa. Amole sincera y apasionadamente la joven, y creyose amada de él; mas a poco sucedió lo que debía esperarse. Gaspar era incapaz de apreciar las buenas cualidades de su mujer, y su corazón, asaz superficial, no había sido formado para concebir y mantener uno de esos afectos que el tiempo vigoriza más y más en vez de destruir. Cuando el cielo pareció bendecir su unión, dándoles un hijo, la antigua llama pareció también reanimarse en el pecho de Gaspar. ¡Qué días aquellos tan dichosos para Octaviana! Ni el ósculo que Gaspar le dio en la frente cuando volvió de la iglesia a su casa con el velo blanco y la corona de rosas de la desposada, la conmovió tanto como el primer beso paternal dado en la frente de Enrique dormido en su regazo. Mas las flores que suele producir una arena estéril y movediza luego se marchitan y mueren. Gaspar olvidó a su mujer por la política, y la mujer puso todo su amor en los hijos.

Éstos, sin embargo, se convirtieron más adelante en manantial de penas para la pobre madre. Gaspar, respecto de la política, había caminado de una exage-

ración en otra, y como carecía de principios fijos en religión y moral, presto dio de mano a las ideas y las prácticas que sólo por espíritu de rutina y por consideraciones a su familia y a la sociedad había abrigado y seguido hasta allí. Mientras los niños permanecieron chicos, tal variación en el carácter de Gaspar no hizo otra cosa que llenar de amargura el piadoso corazón de Octaviana, al descubrirle cuán indigno era de su amor y de su compañía el hombre a quien ella había ligado su destino. Pero cuando los niños crecieron y fue preciso pensar en su educación, y Gaspar quiso que tal educación fuera del todo filosófica, ¡cuántas angustias para aquella madre amorosa y cristiana!, ¡qué de luchas terribles con el hombre que acababa siempre por invocar injustamente su doble autoridad de marido y de padre!, ¡qué de esfuerzos inútiles para depositar y mantener en el corazón de Enrique la semilla de los buenos consejos y de las prácticas piadosas, y cuya semilla era al momento arrebatada por el funesto ejemplo de su padre! Llamamos héroes a los hombres que sufren con estoicismo persecuciones y destierros a causa de sus opiniones políticas; pero ¿qué valen estos hombres al lado de la mujer que, como Octaviana, se resigna al maltrato de su marido, llena sus obligaciones domésticas con genio dulce y hasta alegre, y lucha infatigablemente

con un padre necio y brutal, para enderezar por buen camino el corazón de sus hijos?

Ya hemos visto, al comenzar este capítulo, las disposiciones morales de Enrique. El ejemplo es siempre más poderoso que la palabra.

En cuanto a Amelia, que contaba once años a la sazón, y cuyo semblante era el mismo de la madre, diríase que el cielo la había concedido a Octaviana para mitigar sus cuidados y consolar sus penas. Dócil, aplicada y religiosa, se instruía sólidamente con los consejos, las lecciones y el ejemplo de la madre, y tenía ya el juicio y la sensatez de una joven de dieciocho años, sin haber perdido la frescura y las gracias de la niñez. O su calidad de mujer que la hacía estar continuamente bajo la vigilancia maternal y menos en contacto con Gaspar, la había librado hasta allí de la influencia filosófica de éste; o por uno de aquellos fenómenos psicológicos y morales que no son muy raros en las familias, el hijo había sacado la fisonomía física y moral del padre, a la vez que la hija era retrato perfecto de la madre, así en su semblante como en sus santas y nobles cualidades.

De todas estas digresiones, que ya iban siendo sumamente largas, nos viene a sacar el ruido de un coche que se detiene frente a la puerta de la casa.

Gaspar desciende del carruaje, y al entrar a la sala ve con rápida ojeada el cuadro que hemos descrito: En-

rique examina el cortaplumas que le regaló su padrino, y con el cual ha degollado a un gato por vía de prueba; Amelia está entregada a su labor, y de cuando en cuando pasa su piececillo por el lomo del perro; Octaviana se entrega a sus pensamientos, cuya tristeza no es bastante para destruir la expresión de tranquilidad y alegría, habitual en su rostro; Tamerlán azota el suelo con el rabo al recibir las caricias de Amelia.

El filósofo saluda y se adelanta hacia su mujer y sus hijos, que dejan sus asientos para abrazarlo; pero en este momento llegan tras él sus amigos políticos. El compadre Márquez lo toma del brazo y lo lleva a la alcoba inmediata.

¡Ni un beso para sus hijos! ¡Ni una caricia para su esposa! De seguro que la filosofía no vale lo que el amor.

III PREPARATIVOS PARA DESEMPEÑAR UNA ALTA MISIÓN

Dijimos en nuestro primer capítulo que Gaspar había sido electo diputado al Congreso Constituyente por el distrito H..., y ahora añadiremos que este distrito no era otro que el de su residencia ordinaria, y que la elección se debió, antes que a otra cosa, a los “trabajos” del compadre Márquez.

Instaláronse las mesas electorales, teniendo cuidado de apoderarse de ellas Márquez y sus amigos. Hízose votar en masa a los trabajadores de la quinta de Gaspar y a un cuerpo de tropa que había en la ciudad. Describiremos la escena con que se inauguraron ese día las funciones de la mesa presidida por Márquez.

Hallábase éste en medio, y a sus lados los escrutadores y secretarios, cuando se presentó un hombre del pueblo a hacer uso de su derecho. El hombre se detuvo, todo cortado, en el umbral de la puerta.

—Acercaos, ciudadano —le dijo Márquez con tono de protección.

El hombre se quitó su enorme sombrero de palma, se estuvo en su lugar como un poste, clavando los ojos en tierra y dando vueltas entre las manos al sombrero. Al fin se decidió a murmurar:

—Buenos días, señor amo.

—Aquí no hay amos ni criados —le contestó Márquez—, todos somos iguales ante la ley: todos venimos a hacer uso de un derecho sagrado e inalienable.

El hombre vio a Gaspar con aire de admiración y permaneció en su puesto.

—Acercaos, ciudadano.

Silencio e inmovilidad de parte del hijo del pueblo.

—¿Queréis protestar contra la formación de la mesa? ¿Tenéis que alegar cohecho o soborno? ¡Con mil diablos, Ambrosio! —exclamó Márquez, indignado al ver el silencio del hombre—. ¡Habla! ¿A qué has venido?

—Ahora sí, señor amo. Yo creía que ya no me conocía su merced, ni se acordaba de cuando iba yo a raparme en su barbería... Pues, señor amo, es el caso que anteayer señor Chico, el empadronador, me entregó este papel que aquí pongo, porque me dijo que aquí le trajera. A su merced consta que yo no sé leer ni escribir, ni me meto jamás en nada, y que soy un pobre hombre cargado de familia, por lo cual ruego a su merced que no se me haga ningún perjuicio.

—No tengas cuidado, Ambrosio. Leamos la boleta:

Cuartel número 4, calle del Sapo, núm. 23.

Ciudadano Ambrosio Hernández, casado, de 34 años de edad. No sabe escribir.

La firma del jefe del cuartel.

—¿Y bien, Ambrosio?...

—¿Y bien, señor amo?...

—Quiero decir que ¿a quién votas?

—Quiero decir, señor amo, que yo no entiendo una palabra de todas estas cosas.

—Pero ¿no hay alguien en la ciudad que te inspire confianza, y a quien pudieras cometer el desempeño de una misión delicada?

—Sin duda que sí, señor amo.

—Pues bien; di sin empacho su nombre, quien quiera que sea. Aquí todas las opiniones se respetan. Señores, ¡plaza a todas las aspiraciones políticas! ¿Quién te inspira confianza, ciudadano; quiero decir, Ambrosio?

—Doña Tomasa, la hermana del señor cura.

—¿Te burlas?

—No, señor amo. Su merced sabe muy bien que ella me socorrió mientras estuve en el hospital. Después me casé, y ha sido la madrina de mis dos hijos; última-

mente ella es quien me guarda mis ahorros; con que ya verá su merced si tendré o no confianza en ella.

—No se trata de eso ahora, Ambrosio. Se trata de que des tu voto a un hombre, para que sea elector y elija a uno o varios diputados que te representen en el Congreso.

—Señor amo, yo nada tengo que hacer en el Congreso.

—¡Oh, ignorancia! ¡Oh, estupidez! ¿Cuándo llegará el día en que el pueblo conozca sus derechos? ¡Sólo entonces podrá ser feliz!

—¿No habrá leva entonces, señor amo?

—No habrá necios. Vota, Ambrosio, y déjanos en paz.

—Pues, señor amo, yo ya entregué mi papel.

—¿Qué nombre quieres que pongamos en su reverso? Cita a otra persona que no sea la hermana del cura.

—Haga su merced lo que convenga, que yo no entiendo pizca de estas cosas.

Entonces Márquez se volvió a uno de los secretarios y le dijo:

—Escriba usted en el reverso de esta boleta el nombre de Manuel Márquez.

Ambrosio se retiró satisfecho y haciendo cortesías.

Los escrutadores tenían una grande hoja de papel blanco con el nombre de Márquez, y unas líneas horizontales dispuestas a recibir la anotación de los votos.

Cuando el hombre del pueblo hubo salido, quedó atravesada la primera línea horizontal por otra perpendicular muy pequeña. Aquél era el primer voto. La escena de Ambrosio se estuvo reproduciendo durante el día con la regularidad con que salen los ejemplares de una estampa fotográfica.

Márquez fue nombrado elector. Los electores se reunieron y nombraron diputado, entre otros, a Gaspar. Pudo Márquez haberse hecho nombrar también diputado; mas era positivista en el fondo: mandaba un cuerpo de guardia nacional, y la caja le daba mucho quehacer.

A la llegada de Gaspar Rodríguez a su ciudad natal, comenzó a recibir este hombre público toda clase de testimonios de respeto y admiración de parte de los ambiciosos y de los cándidos. La entusiasta juventud diole una serenata con la mejor música de aficionados que se pudo reunir, y que logró el triunfo de que todos los perros de la calle tomaran parte en el concierto. Hay multitud de hombres como Gaspar que procuran halagar a los jóvenes para servirse de su entusiasmo como de un escabel. Probado está por diversos autores que los jóvenes son mucho más manejables que los hombres ya formados. Su buena fe y sus aspiraciones, casi siempre nobles, aunque muchas veces irrealizables, los identifican de pronto con tales personajes, y más

tarde, cuando el interés y la ambición se despiertan a la vez que su razón, y conocen aquéllos el papel que han desempeñado hasta allí en la comedia humana, ese mismo interés y esa misma ambición los deciden a seguirle desempeñando. El personaje que de años atrás les dispensa su amistad, ya es ministro y dispone a su placer de los empleos de multitud de oficinas: no hay más que seguir afiliados en sus banderas. Así se explica la popularidad de ciertos hombres públicos, cuya nulidad como políticos es completa. La juventud del distrito electoral de H... no se conformó, pues, con la serenata; dio tres bailes a Gaspar; retratole en un globo aerostático venciendo al horrible dragón de la tiranía, y, por último, paseole en triunfo por las calles al son de tambores y clarines.

Tamaños testimonios del aprecio popular enajenaron de tal modo la imaginación y el tiempo de nuestro héroe, que sólo quince días después pudo ocuparse de su familia y de sus intereses. Márquez le había hecho ya algunas observaciones acerca de lo conveniente que sería separar a Enrique de la madre. Gaspar se avino a ello, y cierta mañana, aquel muchacho desaplicado y de malas inclinaciones dejó el hogar doméstico, y con él las influencias únicas que pudieran haberlo traído a buen sendero. Fue enviado por su padre a uno de los colegios de México y encomendada su educación política a uno de los hombres de más viso en el liberalismo. Octaviana

se mostró resignada a la voluntad de su marido; pero, llena de aflicción tan extremada cuanto justa, lloró sin consuelo la pérdida de su hijo, en presencia de Amelia.

Respecto de intereses no se inquietó mucho Gaspar. Es cierto que su quinta había sido devorada por un incendio; pero, encomendada la reposición de ella al antiguo e inteligente administrador, a vuelta de muy pocos meses se haría productiva, y entretanto Gaspar viviría con el bolsillo de sus amigos, porque ésta es otra de las prerrogativas anexas a los hombres de Estado. Si sois un honrado comerciante o un excelente artesano, y estando en vísperas de quebrar, o enfermo en la cama, acudís a los amigos ricos para que os salven de la vergüenza o del hambre, formularán la negativa más urbana que les sea posible, y os cerrarán enseguida las puertas de su casa, sin perjuicio de no conoceros el día que os encuentren en la calle. Si sois hombre de Estado, acudid a ellos aunque estéis cubo abajo, y os abrirán sus arcas, porque mañana se levantará vuestro partido, podríais hacerles daño y ellos quieren sacar provecho de vuestra amistad a su tiempo. No os prestarán por conmiseración o generosidad; pero os prestarán por interés o por miedo. No olvidéis, sin embargo, que no hay regla sin excepción.

Arreglado por Gaspar lo que los modernos traductores del francés llamarían su *ménage*, y hechas un mi-

llón y pico de ofertas y recomendaciones a los jóvenes de la ciudad y a todos sus correligionarios políticos, pensó en trasladarse a la capital de la República, donde creyó que su presencia, después del destierro, causaría cierto efecto. Por otra parte, se acercaba el día designado para la apertura del Congreso Constituyente: Gaspar iba a representar al pueblo por la primera vez en el gran santuario de las leyes, no habiéndole representado hasta allí sino en los santuarios pequeños de los estados. Cuando un joven va a un baile por la primera vez, acude al local desde las oraciones de la noche y aguarda con febril impaciencia a los demás concurrentes. Los diputados noveles llegan apresuradamente a México, y maldicen la calma de aquéllos que, fogueados ya en las luchas parlamentarias, aguardan a ser llamados tres veces para presentarse. Gaspar, pues, tomó un asiento en la diligencia, y cierta tarde apareció como llovido en el callejón de Dolores, no sin haber extrañado que el pueblo no le hiciese demostración alguna de respeto al recorrer la diligencia los barrios y las calles del tránsito. Creyó que esto sería resultado de manejos de los retrógrados, y se propuso hacer en la tribuna mención de lo acaecido el primer día que tuviera la palabra.

Alojose en el primer hotel de México, acicalose, y aquella noche misma se presentó en el teatro y pro-

curó tomar una luneta no muy central, a fin de no exponerse con toda certidumbre a una ovación popular; pero, con gran sorpresa suya, nadie fijó en él la atención, salvo dos o tres mozuelos que le aplicaron sus lentes a quemarropa y cometieron el desacato de reírse en sus barbas al notar el corte provincial de su casaca. A las seis de la mañana siguiente, nuestro hombre, afeitado y esmeradamente vestido, salió a recorrer las calles y las halló solas. Fue a la Plaza de Armas y vio que multitud de hijas desgraciadas del pueblo, que se entregan sin escrúpulo a los placeres sensuales de la bebida y a los ensayos prácticos del comunismo, barrían, en castigo, la plaza, cortejadas por la vara del cabo. Gaspar se propuso fundar en México sociedades de temperancia y elevar a la mujer al goce de todos los derechos políticos, sin perjuicio de deprimirla cuando representara en contra de las reformas progresistas. A las nueve acudió a la Alameda, y quedó medianamente sorprendido de hallarla sola, por la sencilla razón de que las mexicanas se levantan a las diez. El resto de la mañana lo empleó en visitar la Lonja, donde nadie pareció notar su presencia, y algunas iglesias que lo escandalizaron a causa del lujo desplegado en el culto. Tomó nota del número aproximativo de las campanas, a fin de proponer que con ellas se fundiesen cañones, y de los candeleros, atriles y lámparas de plata, que po-

dían ser reducidos a moneda sonante para establecer con ella un banco agrícola e industrial, o crear siquiera la hacienda pública, cosa tan difícil en nuestro país como hallar la cuadratura del círculo. En la tarde concurrió a pie al Paseo Nuevo,¹¹ y medio cegado sin duda por las nubes de polvo que levantan los carruajes, creyó que cuantas iban en ellos eran inglesas; y por más que buscó a la juventud masculina, lustre y esperanza del país, no pudo dar con ella bajo el disfraz de charros del interior con que sus miembros caracolaban a caballo por todo el paseo, destrozando de vez en cuando palabras francesas. En la noche volvió al hotel, se puso a cepillar su traje, y cuando vio que a la casaca provincial no le quedaba polvo, advirtió que, en compensación, a él ya no le quedaba tiempo de salir, porque eran las diez de la noche, y tomó la resolución de meterse en la cama, todo irritado y mohíno, y diciéndose que México es un foco de prostitución, y que convendría llevarse los poderes federales a su ciudad natal, a fin de alejarlos de la moderna Babilonia.

Amaneció más fresco a otro día, y se propuso distribuir personalmente las cartas de recomendación que había traído consigo; pero la iniciación a la vida pública en México es penosa como casi todas las iniciaciones. Gaspar estaba pasando por las pruebas, y ni las del agua y del fuego a que le sometieron los yorkinos

tiempos atrás le hicieron padecer tanto.¹² Curioso es el estudio de las notabilidades de provincia que vienen repentinamente a México, y, acostumbradas a recibir los homenajes de cortesanía y de benevolencia, restos del antiguo carácter español que se conservan en las poblaciones cortas, se rebelan contra la indiferencia que nace así del ningún conocimiento que se tiene del forastero, como de las costumbres un tanto bruscas y exóticas que naturalmente introduce la inmigración extranjera, cada día más crecida. Por regla general, mientras en los estados se ve con interés cuanto pasa en la capital, nadie hace caso en México de lo que pasa en los estados: derivase de aquí que las notabilidades de provincia trasplantadas tengan que trabajar mucho para convertirse en notabilidades de México. Si el individuo no carece de mérito real, a los pocos años habrá ensanchado el círculo de sus conocimientos y amistades, y habrá establecido sólidamente las bases de su reputación y de su porvenir. Si es hombre de Estado de la escuela de Gaspar, tiene a su arbitrio un medio con el cual se alcanzan todos los fines, y este medio es la audacia. En México se rinde tributo a la audacia lo mismo que en provincia y que en todas las partes del mundo.

Decíamos que Gaspar estaba pasando por las pruebas. Nadie lo conocía en México, y la mayor parte de

las gentes no habían oído siquiera pronunciar su nombre. ¿Cómo era posible que un personaje notable por sus opiniones liberales en el distrito electoral de H..., desterrado a causa de ellas al extranjero por la administración anterior, que había contribuido poderosamente a derribar al tirano bebiendo sendas copas de champaña por su caída en los hoteles de Nueva York, y que últimamente venía a representar a una parte del pueblo en el próximo Congreso, no fuese conocido de todo el mundo? Gaspar creía que su nombre, pronunciado a tiempo, causaría en todas partes el efecto que la pata de cabra o los polvos de Celestina;¹³ que las puertas se le abrirían por sí solas; que se le aplanarían las cuestas, y las gentes se descubrirían la cabeza con respeto. Nada, pues, hay de raro en que Gaspar no pudiera contestarse la anterior pregunta que se hacía a todas horas, ni explicarse la proverbial audacia de los porteros que le detenían a la entrada de todas las casas, ni el aire perfectamente glacial de los comerciantes para quienes trajo carta, y quienes al ver la firma de sus corresponsales se limitaban a preguntarle si quería algún dinero, y enseguida le volvían la espalda.

Gaspar se creía en un mundo enteramente nuevo y soberanamente idiota, puesto que era incapaz de comprender y apreciar el mérito del novel diputado, y estaba a punto de darse al diablo cuando se halló en la

calle con uno de los políticos de la corte a quienes venía expresamente recomendado. Éste hablóle y abrazóle estrechamente y apasionadamente; llevole a tomar un helado al café más inmediato, y por la noche le presentó en un club progresista y en algunas casas particulares. Con esto, un vestido nuevo hecho en México y que disfrazaba medianamente al forastero, y algunas juntas preparatorias en que nada se acordó, Gaspar quedó iniciado en la vida pública de México, y en aptitud de comenzar a legislar para la felicidad del país.

Se nos olvidaba decir que los periódicos tomaron a su cargo extender la popularidad de Gaspar. Comparáronle a Montesquieu en la ciencia legislativa, y a Bruto en la energía republicana. Preciso es confesar que, si Gaspar se parecía muy poco a Montesquieu, tenía mucho de Bruto. El público, viendo lo que de él se decía en los periódicos, llegó a creerle un grande hombre.

IV AUGUSTAS FUNCIONES LEGISLATIVAS

Después de unas cuantas juntas preparatorias en que fueron examinadas las credenciales de los diputados, señalose día para la apertura del Congreso Constituyente, y tal día llegó al cabo. El jefe del gobierno presentose en la cámara a dar cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba por hacer. “El esfuerzo del pueblo —decía— ha derribado al tirano. Hoy comienza una nueva era para el país, que hasta ahora va a gozar de los beneficios de la independencia. En cuanto a la hacienda pública, está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos, y no hay comercio ni industria. La patria, señores, espera de vuestras luces el remedio de sus gravísimos males”.

Aquí los representantes del pueblo inclinaron levemente la cabeza, como para darse por apercibidos de tal notificación, y una salva de aplausos ahogó las últimas palabras del primer magistrado.

Gaspar Rodríguez no había perdido enteramente su tiempo. A poco de haber llegado a México compró

un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, perfectamente empastado. Un amigo le pres-
tó *El contrato social* de Rousseau y las obras de Alphonse
Esquiros, en una de las cuales halló estampado que es
imposible que puedan avenirse la tradición y el progre-
so, la fe y la razón.¹⁴ Hizo de esta frase su divisa políti-
co-religiosa, y se lanzó a la arena.

En la época a que se refieren estas páginas, venía
mayor número de hombres instruidos a los congresos;
la exaltación por sí sola no era todavía un título para
representar al pueblo. Gaspar lo sabía, y como no es-
taba adornado de conocimientos muy profundos en los
diversos ramos que deben constituir la ciencia de un buen
legislador, y así lo conocía él, se propuso no tocar, gene-
ralmente hablando, más que las cuestiones abstractas,
que pudiéramos llamar de metafísica política, y en las
cuales, con embutir las palabras “patriotismo”, “ilus-
tración”, “progreso”, etcétera, estaba seguro de captarse
cierta popularidad, que es lo único que anhelan mu-
chos individuos de su clase; si bien otros hacen servir
esa popularidad de escabel a su interés más o menos
bastardo. Si Gaspar no era indiferente a las comodi-
dades materiales de la vida, sobre el deseo de la con-
veniencia propia se levantaba en él, preciso es decirlo,
el ídolo de la monomanía política que lo dominaba
de algunos años atrás. Cervantes describe al caballero

manchego empleando muchos días en construir yelmo
y escudo que destruía instantáneamente al primer tajo
de su espada: Gaspar declamaba a solas en el cuarto de
su posada, ensayando los discursos que debían conquis-
tarle popularidad, y cuya ilusión destruía a lo mejor la
lavandera entrando a recoger la ropa sucia del nuevo
Demóstenes.

En las actas de aquel Congreso pueden leerse los
discursos de Gaspar Rodríguez. Tenemos a la vista el
primero que pronunció al otro día de la instalación de
la cámara. He aquí un extracto de algunos de los trozos
que más entusiasmaron a la asamblea:

Señores: Si abrimos los libros sagrados, veremos que
desde el principio del mundo se disputan sus destinos
el bien y el mal, que no son otra cosa que la libertad y el
despotismo.

Si nos remontamos a las tradiciones de otra esfera
más antigua y mejor que la nuestra, veremos al despotis-
mo (Luzbel) queriendo destronar a la libertad (Dios). El
primero quedó escarmentado, gracias a la espada de san
Miguel, a quien con justicia podemos llamar el Lafayette
de la república celeste, como que sabido es que él manda
la guardia nacional de los ángeles. (*¡Bien, bien!*)

Vengamos al mundo sublunar que habitamos. ¿Quién
indujo a Adán al pecado? ¿Quién asesino a Abel? ¿Quién em-

briagó a Noé? ¿Quién puso trabas a la construcción de la torre de Babel, magnífica pirámide proyectada en honor de la libertad? ¿Quién arrojó a Agar de la tienda de Abraham? ¿Quién puso en el tálamo nupcial de Jacob a Lila en vez de Raquel? ¿Quién llenó de lepra a Job y le puso en la mano una teja para que se rascara? Lo que es a un mismo tiempo causa y agente del mal; lo que la Escritura llama serpiente, Luzbel, Moloc o Leviatán, para mí, señores, no es otra cosa que el partido retrógrado. (*Profunda sensación.*) Pero ¿adónde, se me preguntará, quería ese partido hacer retrogradar al mundo, puesto que la mano del Creador acababa de sacarle del caos? La respuesta, señores, es muy sencilla, y brota de la misma pregunta: ¡quería hacerle retrogradar al caos! (*¡Bien, bien!*)

En épocas posteriores, el partido retrógrado invadió la Grecia con el ejército de Darío, quien tuvo la osadía de arrojar una gruesa cadena al mar con la mira de aprisionarlo; ese mismo partido envenenó a Sócrates, y causó entre otras muertes la del ciudadano Jesús, el más sabio de los filósofos y el fundador de la democracia.

Aquí hacía el orador, a su modo, la apología del Evangelio, y traía la historia del partido retrógrado al través de los siglos hasta después de efectuada la independencia de México. Enseguida, continuaba:

Ese partido, señores, fusiló a Iturbide, hizo por medio de manejos tenebrosos que en 1828 abandonasen el país multitud de españoles, y lo que es peor, sus capitales; asesinó a Guerrero, hizo que Terán se suicidase, ocasionó la independencia de Texas, infama la memoria de Poinsett, y acaba de firmar una paz vergonzosa con el invasor norteamericano, cediéndole gran parte del territorio.

Mas, ¿para qué extenderse —llevaba dos horas de tener la palabra— en sacar a luz los hechos anteriores del partido retrógrado, cuando estamos palpando sus maquinaciones actuales contra la libertad y sus adeptos? Yo mismo, señores, he sido expatriado por el tirano, y cuando, de vuelta a mi hogar, fui premiado con el alto cargo de diputado por el pueblo, al llegar a esta capital, donde existe principalmente el foco de los retrógrados... ¿Lo creeréis, señores? (*¡Atención, atención!*) Cuando ese mismo pueblo me preparaba, según lo prueban las cartas de mis amigos, una magnífica ovación patriótica para honrar así a la libertad en mi individuo, ¿qué sucedió, señores? (*¡Atención!*) Que en todo el tránsito de la garita a la casa de diligencias, donde estoy hospedado, cuarto número 13; que en todo ese tránsito, digo, ni un solo ciudadano se atrevió a dirigirme la palabra ni a hacerme la más insignificante demostración de cariño o de inteligencia. ¿Cómo se explica, señores, en una época toda de libertad, y cuando existe al frente del país un gobierno

que reconoce en los ciudadanos el derecho de reunión y a quien complacen en alto grado las patrióticas manifestaciones de éstos? ¿Cómo se explica?...

El orador se palpa el vientre, ejecuta dos o tres movimientos oscilatorios en la tribuna, mirando a uno y otro lado de las galerías, se sonríe maliciosamente, y continúa después de una breve pausa:

¿Cómo se explica?... Yo os lo diré, señores. (*¡Atención!*) En los heroicos tiempos de la Grecia vemos a las sibilas descifrando las respuestas de los oráculos y constituyéndose así en árbitros de la suerte de las familias y hasta de la suerte de las repúblicas. En la historia egipcia hallamos a los sacerdotes de Isis y de Osiris monopolizando las ciencias, sorprendiendo el secreto de las inundaciones del Nilo: ellos hicieron adelantar en provecho suyo la agricultura y la astronomía, llegaron a fabricar magníficas velas de patente con el aceite de cocodrilo y, en suma, engordaron con el sudor del pueblo. Si del Egipto pasamos a las Galias, conquistadas por los romanos, ¿de quién no es conocido el despotismo sacerdotal de los druidas? Ellos arrastraron al suplicio a la sensible Norma, amante de Polión...

UNA VOZ EN LA GALERÍA. —Norma no es sino invención de Bellini.¹⁵

OTRAS VOCES. —¡Silencio! ¡Que hable el orador!

Y a propósito de Norma, ella es, señores, la personificación de todas esas jóvenes desgraciadas a quienes marchita la atmósfera del claustro. Mas no quiero divagarme. La influencia que ejercían las sibilas sobre los griegos, los ministros de Isis sobre los egipcios, y los druidas sobre los galos, nada era comparada con la que hoy ejerce la milicia del papa sobre los ciudadanos de todas clases y condiciones. Esos hijos de la Roma moderna, pues los tonsurados dejan de ser mexicanos en el solo hecho de que obedecen al papa, en los misterios lóbregos del confesonario inculcan a las gentes sencillas y fanáticas un odio profundo hacia nosotros los hombres de la reforma, y como ellos disponen de los bienes de la tierra y de los del cielo, únicos que deberíamos dejarles, dominan completamente a las masas. A esto y no a otra cosa atribuyo, señores, la fría recepción que se me ha hecho en México. La República toda no me parece en este momento sino una gran sacristía, y la atmósfera que nos rodea me forma la ilusión de una enorme y negra sotana de jesuita. (*Numerosos aplausos.*)

He aquí, en sustancia, el discurso que estableció la fama de Gaspar Rodríguez como orador. Los periódicos lo reprodujeron, no sin elogios, y el ministro de relaciones dio un convite al moderno Mirabeau.¹⁶

Para llenar el objeto de este capítulo, nos falta hacer un ligero estudio anatómico de lo que suelen ser en México los congresos. Si se llaman constituyentes, tratan de importar leyes del extranjero, que, no siendo adecuadas a nuestras necesidades sociales, se quedan escritas simplemente cuando influye un gobierno juicioso, o causan gravísimos trastornos cuando son llevadas al cabo por el capricho o la ceguera de los que mandan. Si se llaman constitucionales, consideran como enemigo natural suyo al ejecutivo, y tratan de molestarlo y de paralizar su marcha, valiéndose de expedientes parlamentarios. Si el gobierno es fuerte y precavido, los disuelve y se salva; si es débil o ciego, los tolera y tiene la gloria de caer con ellos. Gobiernos hay que adoptan un término medio; y como tienen en sus manos la llave de los destinos públicos, no hacen más que sonarla contra la ambición y la codicia personales para atraerse gran número de diputados, y tener así en la cámara lo que se llama mayoría. Una vez conseguido esto, el gobierno subsiste tranquilamente y se ríe de la exaltación de unos cuantos patriotas que lo atacan.

Si los congresos fueran, en efecto, representantes del país, veríamos en ellos igualmente respetadas y atendidas las clases todas que le componen; pero cuando un liberalismo exagerado se apodera de los negocios públicos, llama sin criterio alguno al ejercicio del derecho

electivo a toda la masa de la población, influye en sus votos, asalta los puestos en virtud de la preponderancia del número, y no del triunfo de la razón y de la inteligencia, y dicta leyes, no protectoras de la sociedad, sino atentatorias respecto de una o más clases, e inútiles o nocivas al común de los ciudadanos.

Existe en las entrañas de nuestra generación actual una enfermedad gravísima y que pudiéramos llamar de imitación. Cuando las casacas redondas, cuadradas o puntiagudas se usan en México, es porque han dejado ya de usarse en París. Estamos parodiando ahora la República francesa de 1793. ¡Cuidado, que apenas hay atraso! Cuando en las sociedades europeas, donde el filosofismo del siglo XVIII se creyó arraigado para siempre, y dueño absoluto e imperecedero de las instituciones públicas y hasta de las costumbres domésticas, se opera rápidamente una benéfica reacción hacia los principios sociales y religiosos a cuya sombra únicamente crecen y prosperan los pueblos, nosotros nos afanamos por imitar la tragedia, que en nuestros humildes bastidores queda reducida a sainete, sin que los males que produce sean por ello despreciables.

Todavía en la época de las funciones legislativas de Gaspar, las instituciones sociales y religiosas, a cuyo abrigo se había el país salvado de los embates de tantas revoluciones, no eran abiertamente atacadas. Pronun-

ciáronse algunos discursos tan vehementes y disparatados como el de nuestro protagonista, y él y sus compañeros presentaron en las sesiones secretas proyectos de leyes relativos a la libertad de cultos, libertad absoluta de imprenta, desamortización civil y eclesiástica, juicio por jurados y demás puntos que constituyen el credo político democrático; pero no faltaron diputados que manifestaran lo monstruoso que sería romper la unidad religiosa e introducir primero diversos cultos por el solo gusto de tolerarlos después; lo incompatible de la libertad absoluta de la prensa con la existencia de los gobiernos de hecho, que se levantan hoy por medio de una revolución para caer mañana en virtud de otra; lo impolítico de la desamortización cuando la agricultura, en lo general, no contaba con otros bancos de avío que las cajas del clero; y, por último, lo mucho que convendría enseñar al pueblo a leer y escribir antes de llamarlo a juzgar. Aquellos discursos y proyectos no dieron, pues, otro resultado que conquistar a Gaspar y socios la admiración un tanto cándida de sus sectarios. Por lo demás, predominaba en la cámara el color “moderado”, y la mayor parte de los representantes del pueblo temblaron al oír las ardientes peroratas de Gaspar, ni más ni menos que si estuviesen persuadidos de que las ideas enunciadas iban a causar la desdicha de México. Ellos se hallaban contentos con el orden político y ad-

ministrativo reinante a la sazón; habían pescado ya, o tenían en expectativa empleos más o menos lucrativos para vivir con holgura, y apadrinando y propagando las ideas demagógicas se detenían espantados ante su realización, como si en política las ideas no constituyeran la mitad del camino de los hechos.

La asamblea legislativa a que perteneció Gaspar murió casi de inanición. Unos cuantos representantes, animados de las mejores intenciones, al ver que nada podían hacer en beneficio del país, se fueron retirando desalentados. Otros, de los más entusiastas al principio, se habían avenido de tal modo con los placeres y distracciones de la moderna Babilonia que, después de haber reñido entre sí porque había quienes quisieran llevarse los poderes federales a Chihuahua para que conociesen personalmente a los bárbaros, y quienes desearan establecerlos en el Saltillo, a fin de que el presidente y los ministros usaran riquísimos jorongos de la tierra, acabaron por no salir de los teatros y billares, adonde acudían comisiones de leva queriendo conducirlos al santuario de las leyes. En vano Gaspar y sus compañeros se desgañitaban en la tribuna, agotando contra los faltistas cuantos epítetos injuriosos contiene el diccionario de la lengua, y aun otros que no se hallan en diccionario alguno. Confesáronse, al fin, vencidos, y a toda prisa dieron la última mano a una carta constitutiva que

ellos creían imperecedera y de la cual a los ocho meses nadie se acordaba.

Señalose día para la clausura de las sesiones; llegó al cabo, y el presidente de la Cámara dijo al de la República lo mismo, casi, que éste había dicho a aquél cuando se inauguró el Congreso: “Los esfuerzos del pueblo han dado cima a la obra inmortal de la Constitución. En cuanto a la Hacienda Pública, está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos, y no hay comercio ni industria. La patria, señor presidente, espera de vuestra energía el remedio de sus gravísimos males”.

Diose por notificado el presidente de la República, y sintiose desde aquel día más libre de estorbos en el desempeño de sus funciones, pues sabía que en las sesiones secretas del Congreso se le había comparado a Diocleciano y a Nerón. En cuanto a los diputados, tenían triste el semblante. La mayor parte de ellos no se daban por satisfechos con la gloria conquistada. Además, se les habían acabado las dietas, y aunque tenían en perspectiva los viáticos para volverse a la provincia, les asustaba el porvenir.

V ENRIQUE EN EL COLEGIO

Terminadas sus tareas legislativas y disponiéndose a volverse al lugar de su antigua residencia, Gaspar se acordó de que era padre, y quiso hacer una visita al hijo a quien había enviado a la corte a fin de que se educara con arreglo a las “exigencias” del día, recomendándole, según hemos dicho antes, a una de las notabilidades del liberalismo.

Cuando Gaspar —después de haber recorrido dos o tres patios donde los alumnos del colegio se entregaban al pugilato, y unos cuantos corredores en los cuales oyó conversaciones que de puro libres le chocaron, no obstante lo liberal que era— entró a la celdilla de Enrique, hallole negligentemente recostado en una silla, con las piernas extendidas y un grueso puro habano en la boca. Lo acompañaban tres o cuatro condiscípulos; en la mesa había diversas copas empañadas y una botella de Château Lafite, casi a la mitad. Al llegar Gaspar, uno de los colegiales recogió de la mesa y se echó en el bolsillo una baraja con la mayor flema del

mundo. Aquellos muchachos insolentes no se pusieron en pie a la llegada de la visita.

—Niños, buenas tardes. ¿Cómo lo pasan ustedes?

—*La, la. Tout doucement.*

—Enrique, ¡qué grande estás ya! ¿Te ha escrito tu madre?

—Se cansó ya de hacerlo y, como hacía seis meses que yo no le contestaba, lleva dos de haber suspendido sus cartas.

—No conviene proceder así, Enrique.

—¡Diablo! —dijeron entre dientes los muchachos—. Este hombre es una fiera. Enrique, *au revoir*. ¡*Que tu vas t' amuser avec cet homme farouche de ton père!* ¡Buenas tardes, caballero!

—Pásenlo ustedes bien, amiguitos. ¡Qué bien se expresan en el idioma del patriarca de Ferney!

—Casi no se parla otro en el colegio.

—No me disgusta eso; pero desearía que diesen preferencia al inglés, y que, sobre todo, para nada se hablase el castellano. Cuando recuerdo que ha sido éste el idioma de Hernán Cortés y de los inquisidores, me da rabia oírlo. El idioma del porvenir no es otro para los mexicanos que el inglés. La imperfecta y viciosa civilización colonial ha de desaparecer forzosamente, invadida muy presto por la civilización anglosajona. Nuestra sociedad enfermiza necesita trasfusión de san-

gre, de religión, de idioma y de costumbres públicas y privadas. ¿Hablas el inglés, Enrique?

—*Very little, my father.*

—Que quiere decir, algo, un poco, un tanto cuanto, así así; ¿no es esto, Enrique? Te confieso que en inglés soy mucho más fuerte que en el francés, y con ayuda de un diccionario portátil había llegado a traducir la mayor parte de los rótulos de los hoteles de Nueva York. Pero, hablando de otra cosa, Enrique, esta pieza apesta horriblemente a vino y a humo de cigarro. ¿Por ventura hacen ustedes uso frecuente de bebidas espirituosas?

—Únicamente en los cumpleaños de los condiscípulos.

—Advierto, además, que eres un fumador consumado, y te diré que, a tu edad, es una falta de respeto fumar delante de tu padre.

—¡Bah! ¡Preocupaciones! —echa una bocanada de humo a Gaspar en el rostro.

—Preocupaciones o no preocupaciones —tose dos o tres veces—, yo me ahogo en esta atmósfera, y quiero salir del cuarto.

—Vamos, pues, a la biblioteca, y allí presentaré a usted al director.

Llegaron Gaspar y Enrique a una hermosa sala; en el centro de ella había una mesa, y en el centro de la mesa un quinqué muy elegante, que llegada la noche

debía iluminar toda la pieza cuyas paredes estaban cubiertas con estantes de libros. Un hombre de elevada estatura y de fisonomía un tanto cuanto franca y bonachona, realzada por un bigote ligero y atusado con cera, estaba junto a la mesa, leyendo; tenía gorro y bata griegos y unas pantuflas de canavá, no sé si griegas o romanas, pero en el centro de las cuales había bordados unos gatos monteses en actitud de arañar. Enrique hizo la presentación del autor de sus días a *monsieur* Dionisio, director del colegio, pues no era otro el personaje que leía y a quien hemos descrito. *Monsieur* Dionisio correspondió a las cortesías de Gaspar y a sus arrastradas de pies, llevándose los dedos de la mano derecha al gorro y diciendo en mal castellano:

—Buenás tardés, señor.

Temió Gaspar que el director del colegio no pudiera sostener una conversación en castellano, y como a él le era imposible sostenerla en francés, juzgó que lo más prudente era callar, y a fin de dar al silencio apariencias de gravedad y sabiduría, púsose a recorrer los estantes de libros. Halló en uno de ellos las obras de Montaigne, autor favorito suyo, y echó mano al primer tomo; pero, por más esfuerzos que hizo no le pudo extraer, por la sencilla razón de que los libros estaban pintados. Queriendo el maestro distraerlo de una ocupación que podía redundar en descrédito del colegio, le dijo, señalando

a Enrique y llevándolo de la mano hacia una esfera terrestre bastante hermosa:

—Este mochacho estar muy fuerte en geografía —y enseguida se puso a hacerle diversas preguntas en francés y español.

—¿En cuántas partes se divide la Tierra?

—En 360.

—Ésos son grados.

—*C'est la même chose. Non pas.*

—¿Cuáles son los trópicos?

—Éstos —Enrique señalaba los círculos polares.

—¿Dónde estar la América?

—Aquí —Enrique señalaba el gran desierto de Sahara.

—No, sino acá.

—*C'est du même.*

Gaspar, cuyos conocimientos en geografía no eran muy vastos, pues se limitaban, como cosmógrafo, a la existencia del Sol, la Luna y la estrella de la tarde; como geógrafo físico, a la enumeración de los cuatro elementos de la antigüedad, fuego, tierra, aire y agua; y como geógrafo político, a saber que fuera de México existen actualmente España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y existieron en lo antiguo las repúblicas griega y romana, se dio por satisfecho con las respuestas de su hijo, tanto más cuanto que al entrar en la sala había creído que las esferas celeste y terrestre que estaban

a los lados de la mesa, medio cubiertas con elegantes fundas de gasa, eran ánforas para hacer rifas, puesto que iguales al parecer las había dejado en el palacio de ayuntamiento de su tierra natal.

Tras el examen de geografía vino el de historia antigua y moderna. Allí el galimatías de Enrique no tuvo igual. Casó a un hijo de Adán con una nieta de Noé; puso a Faraón, el perseguidor de los israelitas en el mar Rojo, en la categoría de los monarcas chinos, e hizo florecer a Cincinnatus en los Estados Unidos del Norte. Gaspar se dio también por satisfecho.

Siguió el examen de física. Gaspar tocó la máquina eléctrica, y llevó buen susto. Queriendo poner término a una serie de experimentos que ya le cansaban, el director quemó asafétida, y Gaspar salió a toda prisa de la sala, llevándose de la mano a su hijo y a *monsieur* Dionisio.

Estaban precisamente los colegas a la sazón en las horas de asueto o recreo, que suelen ser las más. Gaspar presenció con gusto algunos ejercicios de esgrima, natación, equitación y baile; enseñada, dos o tres alumnos empuñaron sendos violines y le regalaron o destrozaron los oídos; terminado lo cual, el director presentó a Gaspar una enorme tarjeta de cartulina en que se hallaba impreso el programa de la educación impartida en su establecimiento, y que abrazaba las materias siguientes:

Moral
Lectura y escritura
Aritmética y álgebra
Geografía
Matemáticas
Historia
Cronología
Teneduría de libros
Idiomas francés e inglés (elementos de griego)

Esto, por lo que respecta a educación intelectual. En cuanto a la educación física:

Esgrima
Natación
Equitación y toda clase de ejercicios gimnásticos
Baile

El programa terminaba con algunas advertencias por el estilo de las siguientes:

Los alumnos deberán estar precisamente vestidos con arreglo a las últimas modas de París. Cada quince días habrá en el colegio un concierto a que podrán concurrir las familias de los alumnos. Cada mes se dará a éstos un día de campo.

Inútil es decir que con semejantes atractivos estampados en cartulina y repartidos profusamente en la capital y fuera de ella, *monsieur* Dionisio había reunido en sus aulas lo más granado de la juventud mexicana. Los padres que estaban resueltos a enviar a sus hijos a París o a los Estados Unidos, se dijeron que ya no había necesidad de ello, puesto que acababa de establecerse un colegio “extranjero”; y las madres, que temían separarse de sus retoños y que se debilitaran sus creencias religiosas o se corrompieran sus costumbres, como si esto no pudiera suceder en el colegio de *monsieur* Dionisio, acogieron al pedagogo como a salvador de ellas y bienhechor moral de los niños. ¡Cosas de las madres! En cuanto a los padres, una parte de ellos no entendía jota en materias de educación; otra parte consagraba exclusivamente su tiempo a los negocios, y otra, finalmente, a causa de sus propias ideas políticas, religiosas y literarias, estaba de acuerdo con el sistema de educación seguido por el homónimo del célebre tirano de Siracusa, también maestro de escuela.

Éste —no el tirano, sino el homónimo— había calado a Gaspar en el curso de la visita y, conociendo que todo lo podía arriesgar con él, púsose a explicarle la filosofía de su sistema de enseñanza. Las nociones religiosas que antiguamente se daban a los alumnos eran ya un anacronismo, según *monsieur* Dionisio, en

la época actual, cuando en todos los países ilustrados se ha sustituido la moral filosófica al fanatismo religioso.¹⁷

—Los estudios intelectuales a que en los últimos siglos se sujetaba a los niños acababan por extenuarlos y destruirlos. Más sabios los antiguos, consagraron mayor esmero a la educación física, y esto hizo que fueran indomables guerreros, ciudadanos patriotas, y que las razas no degeneraran con la rapidez que hoy. Al estudio de una teología embrollada y de una metafísica indigesta e inútil, se han sustituido los ejercicios corporales que facilitan la digestión y dan a las formas un desarrollo prodigioso. Antes se disputaba en las escuelas por medio de ergos y distingos;¹⁸ hoy no se disputa en cuanto a opiniones, porque todas son igualmente buenas y valen lo mismo: la tolerancia universal hace, mi señor don Gaspar, que si yo digo que este mesa es blanco y usted dice que es negro, venga un ecléctico (hoy todos los hombres deben serlo) y diga que este mesa tiene una parte de blanco y otra de negro, y que los dos tenemos razón. En cuanto a las miradas insolentes y a las graves faltas al honor, se castigan por medio del *box* y de la espada, y he aquí manifiesta la necesidad imperiosa del pugilato y la esgrima. Esta necesidad nos conduce a la necesidad de la natación y equitación, porque si usted mata a su contrario de una puñalada o le atraviesa con su florete el corazón, para no caer en

manos de la justicia, cuyas reglas no se hallan a la altura de las exigencias sociales, tiene que montar a caballo y correr a todo escape, o arrojarse a un río y atravesarlo a nado, huyendo de los gendarmes.

—Me parece muy acertado el sistema de usted, *monsieur* Dionisio.

—Yo estar ufano, señor don Gaspar, de la aprobación de usted a mi sistema, tanto más cuanto que hay todavía muy pocas personas ilustradas en el Mecsico, y este país se resiente mucho aún de la educación y de la influencia jesuíticas. Hay padres de familia que vienen con la pretensión de que sus hijos aprendan el catecismo del padre Ripalda y la gramática castellana, como si aún estuviesen ustedes bajo el régimen colonial; y ¿cómo satisfacerlos cuando mi sistema no se halla al alcance de su comprensión ni de acuerdo con sus ideas? Por haber yo manifestado las mías con alguna franqueza a una persona distinguida que tenía dos niños suyos en mi establecimiento, perdí casi la tercera parte de mis alumnos. Esas gentes de sotana...

—No me hable usted de ellas, *monsieur* Dionisio, porque se me derrama la bilis.

—¡Oh, señor don Gaspar! Usted sosegarse y calmarse; pero esas gentes luego que supieron cómo opinaba yo en materias religiosas, comenzaron a influir en las familias para que sacaran de mi colegio a los niños,

asegurando que aquí se extraviaban y pervertían. Quiso la desgracia que hubiese dos o tres escándalos causados por jóvenes de mala cabeza, predestinados al vicio a causa de la conformación de su cráneo, y esto dio un golpe casi mortal a mi instituto. Pero yo espero que, con la protección de una persona tan notable en la política como usted, mi casa se podrá levantar a la altura que merecen mis esfuerzos, y yo podré rechazar ciertas trabas que pugnan con mis ideas, y que todavía me es preciso soportar si no quiero arruinarme.

Gaspar ofreció a *monsieur* Dionisio conseguirle la medalla de instrucción pública y cierto número de niños pagados por el ayuntamiento; recomendarlo ante muchas personas influyentes de México y sostener por medio de los periódicos la bondad de su sistema, poniendo de paso a la vista las tenebrosas maquinaciones empleadas por el clero a fin de desacreditarlo y arruinarlo. Terminadas tales ofertas, se despidió de su hijo y del director, quienes salieron acompañándolo hasta la puerta.

—He aquí —se dijo Gaspar de vuelta a su posada— un establecimiento de educación que honra al país, y que a la vuelta de pocos años producirá opimos frutos en favor de las buenas ideas.

Volvamos nosotros al colegio y al cuarto de Enrique. A poco de haber salido Gaspar, ya estaban reunidos con su hijo los camaradas a quienes conocemos.

—¿Sabes que tu padre tiene una facha eminentemente ridícula?

—¿Y sabes que te pasas tú de insolente con decírmelo?

—¡Bah! ¡Preocupaciones todavía! En señal de que te perdono esos rasgos de quijotismo, restos de tu educación de provincia y de las ranciedades que te ha imbuido tu madre, me voy a dejar ganar por ti unas cuantas pesetas.

—Es que ya te debo 30 pesos, y no tengo con qué pagártelos.

—No importa; ya veremos cómo se arregla ese asunto. Escribirás a tu padre una carta, diciéndole que es preciso que te aumente la mesada, pues no te alcanza para tus gastos.

—Ya me la ha aumentado dos veces, advirtiéndome que me ciña al dinero que me envía, porque no me puede dar más.

—Ya te he dicho que no hablemos de eso. ¿Tienes tú los naipes, Lucas?

—*¡Parbleu!* Me los eché en el bolsillo luego que entró *le bon bourgeois*.

—¿Treinta y una, o albures?

—Albures.

—Bebamos antes una copa a la salud de la ganancia de Enrique —dijo Lucas.

—Bebamos —contestaron todos, y lo hicieron como lo dijeron.

—Dos de oros y sota de bastos. ¿A qué vas, Enrique?

—Al dos.

—Se va el albur... Sota, y aumenta, Lucas, dos pesos al cargo de Enrique. ¡Venga otra copa! Bebe, Enrique, para que se te despeje la facultad del cálculo. ¿Y el director?

—Se entretiene con el *Emilio* de Rousseau.

—Siete de espadas y cinco de copas. ¿A qué vas, Enrique?

—Al siete.

—Se va, señores... Cinco de oros a la puerta. Lucas, aumenta dos pesos más a la deuda de Enrique.

Siguieron así jugando y bebiendo hasta las ocho de la noche. El humo de los cigarros formaba una espesa nube en el interior de la pieza, y de aquellas bocas, casi infantiles aún, salían horribles blasfemias o gritos de júbilo, según las alternativas de pérdida o ganancia. Al oír las ocho, Enrique se levantó de la mesa, exclamando:

—Ya no quiero jugar.

—¿Por qué? —le preguntó su contrario.

—Porque te debo ya 50 pesos, y tengo una cita a esta hora.

—Pues mira, antes de acudir a ella, arreglemos cuentas. ¿Cuándo se va tu padre?

—Dentro de unos ocho días.

—Pues bien; ahí tienes pluma y papel: escribe la carta que te voy a dictar.

—Pero...

—¿Cómo es eso de “pero”? ¿Ya no te fías de mi discreción? ¿Ya no quieres que yo te dirija?

—Estoy pronto a escribir; pero díctame aprisa.

—¿Estamos hoy a 31 de julio? Pues pon: “Agosto 9 de 184... Querido papá. Por un compromiso de amigos he jugado y he perdido. Usted me ha dicho que es preciso conformarse con los usos de la sociedad, y admitirlos, a fin de no pasar por una especie de hurón ridículo. Se me ha invitado a jugar, no me he podido excusar decentemente, y he jugado. Usted me ha dicho también que las deudas del juego son sagradas; yo he perdido cien pesos...”.

—Eso es falso. Yo no te debo mas que 50.

—¿Sandio! ¿Y no has de volver a jugar? ¿O piensas escribir una carta así cada mes? Continúa... “Yo he perdido cien pesos, y acudo a usted a fin de que me los envíe y salve así la honra de su apasionado hijo. Enrique”. Ahora cierra la carta, ponle una cubierta y entrégamela. Yo la enviaré por el correo después que se haya ido el camueso de tu padre, a fin de evitarte una reprimenda.

—Ahí tienes la carta, y estamos a mano.

—Lo estaremos cuando hayas recibido el dinero y entregádome los 50 pesos.

Disolvióse la reunión, y Enrique casi tambaleándose por efecto de las copas que había tomado, atravesó los corredores del colegio, y por medio de una escalera de mano trepó a la azotea; recorrió un corto espacio de ella, se asomó hacia la de una casa contigua que quedaba más baja, amarró fuertemente una cuerda a la citarella de la azotea del colegio, y se descolgó. Enrique iba a una cita, según lo había dicho a sus compañeros.

“¡Exageración! ¡Caricatura! —exclamará tal vez alguno de mis lectores—. Un muchacho de menos de catorce años de edad no puede tener las inclinaciones ni los vicios de un joven de veinticinco”. Pero si este lector se toma el trabajo de examinar desapasionada y filosóficamente nuestras úlceras sociales, se convencerá de que la marca del vicio aparece con lamentable precocidad en la frente de los niños en quienes se juntan las malas inclinaciones de Enrique a la pésima educación que le dio su padre y a la corrupción que lo contaminó en el colegio. Los efectos de las malas compañías se hacen sentir más tarde respecto de los caracteres nobles de por sí y que han sido formados por medio de sólidas lecciones cristianas en el seno de una familia arreglada y virtuosa; pero respecto de los seres de quienes pudiera decirse que tienen disposición innata para el vicio, las

malas compañías obran en ellos como el ardiente sol de los trópicos que hace brotar, crecer y desarrollarse con rapidez las plantas venenosas. Cuando se está convencido de esta verdad, no se comprende la indiferencia y el descuido de los padres que ponen a sus hijos sin criterio alguno bajo la dirección y la influencia de un maestro cuyas lecciones y cuyos ejemplos van a formar definitivamente el carácter de los niños y a decidir de su suerte futura bajo las diversas fases social, política y religiosa.

Enrique iba a una cita. ¿Era una cita de amor? ¡No profanemos este nombre! El amor se hace presentir en los primeros años de la juventud, cuando raya para el hombre la aurora de la inteligencia, y no produce sus verdaderos frutos encantando el corazón y abriendo nuevos horizontes al espíritu, sino más tarde, cuando tiene lágrimas que enjugar, dolores que adormecer y engaños y decepciones que hacer olvidar. Pero así cuando se hace presentir en la mañana de la vida, como cuando presta valor, esperanza y consuelo al ánimo del hombre ya formado, es una flor que no se abre en los terrenos pantanosos ni entre el corrupto follaje de los vicios; hija del cielo, brilla esa flor entre los buenos sentimientos que constituyen la felicidad del hombre, de la familia y de la sociedad, subsiste a la sombra de las virtudes y se endereza constantemente al cielo, que es el lugar de su origen y de su final destino.

VI AMELIA

Habían trascurrido cinco años. Enrique continuaba en México, en el colegio. Gaspar se había retirado a la provincia, donde llevaba una vida sedentaria y monótona, aunque en continua correspondencia con los principales personajes de su partido. En los días a que se refiere este capítulo, Gaspar, Octaviana y Amelia habían ido a pasar una temporada en la hacienda del primero, la misma que años atrás se incendió en ausencia suya, y que era dirigida, como creemos haber dicho, por un antiguo y hábil administrador.

Tenía en él tal confianza Gaspar, y, por otra parte, lo asistía un conocimiento tan escaso de las cosas del campo, que para nada se ingería en la administración de la hacienda, entreteniéndose mientras permanecía en ella únicamente en leer, cazar o montar a caballo. Con frecuencia, cuando le llegaban de México nuevos libros, se encerraba en su cuarto días enteros a devorarlos, sin reunirse con su esposa y su hija sino en las horas de la comida.

Octaviana y Amelia eran inseparables. Dormían juntas en una misma pieza; se levantaban con el día, se asebaban y vestían lo mismo que si estuviesen en la ciudad; algunas veces montaban a caballo, y otras emprendían su paseo a pie por el bosque inmediato. Después de almorzar se sentaban a coser junto a una ventana que daba al camino de la ciudad; después de comer hacían lo mismo, hasta que llegaba la noche, y con ella una que otra visita. En ninguna parte se gusta como en el campo de los placeres de la sociedad. A las diez o las once de la noche, Octaviana y Amelia se recogían en su alcoba. En cuanto a Gaspar, se encerraba desde temprano en su cuarto a leer, o había ido a negocios particulares a la ciudad, o recibía aparte a algunos de sus amigos, y muy especialmente a su compadre Márquez, quien representará en este capítulo un papel que, ciertamente, no le habría supuesto el lector.

Para llenar las lagunas de los cinco años trascurridos entre el día en que Gaspar visitó en México el colegio de Enrique y el día en que volvemos a tomar el hilo de nuestra narración, añadiremos que los pedidos de dinero menudeaban de parte de Enrique; pero como la hacienda estaba más en auge que nunca, no ocasionaba gran cuidado a Gaspar tal circunstancia. Por lo demás, el padre filósofo, contento con que Octaviana hubiese dejado a su cargo la educación de Enrique, no

había vuelto a insistir seriamente en sus ideas respecto de la educación de Amelia, quien acababa de cumplir dieciséis años y estaba bella como una mañana de abril y simpática como la esperanza.

Y a propósito de las mañanas de abril, en otra de ellas, Octaviana y Amelia estaban entregadas a su labor, según costumbre, cerca de la ventana que da al camino, y cuyas vidrieras abiertas de par en par dejaban penetrar en la estancia el tibio perfume de los campos. Casi no se notaba alteración en el semblante de Octaviana; unos cuantos surcos en la frente y unos cuantos cabellos blancos era todo lo que tenía de nuevo. Respecto de Amelia, era otra cosa: se había desarrollado y tenía ya la estatura de la madre, cuyo vivo retrato fue desde niña. En el momento de que hablamos, estaba inclinada sobre el bastidor, y el negro bellísimo de su cabello y de sus pestañas contrastaba singularmente con el color rosado de sus mejillas y el blanco de su traje de muselina. La madre, en pie a corta distancia, contemplaba con orgullo a la hija.

Sonaron las diez en el reloj de la sala, y Amelia, al oírlas, apartó del bastidor los ojos y los dirigió hacia el camino o vereda cuya línea quebrada y arenosa se señalaba en medio del musgo y al través de los árboles. Una brisa ligera movía las hojas, y un enjambre de mariposas se internaba en el bosque cercano buscando

la sombra. Octaviana había previsto el movimiento de su hija, y se complacía en observarla. Amelia, al ver las mariposas, quiso involuntariamente levantarse y correr tras ellas, obedeciendo a los últimos instintos de la infancia; pero alguna idea súbita visitó su mente, y la joven suspiró, se mantuvo en su puesto y volvió los ojos al bastidor. ¿Cómo quieres, Amelia, correr tras las mariposas, cuando tú misma estás ya cogida en la red?

Pocos minutos habían pasado, cuando las pisadas de un caballo resonaron del lado del camino. Amelia levantó de nuevo los ojos, y su mirada se encontró con la del joven caballero: saludó éste a la madre y a la hija, y siguió a lo largo de la vereda, no sin volver dos veces el rostro hacia la ventana. Los ojos de Amelia brillaron con profunda alegría, y, cuando el joven se perdió de vista, lanzó ella un suspiro de satisfacción y volvió a ocuparse de su labor. Octaviana quiso examinar el estado de aquel corazón, no porque le fuese desconocido, sino por complacerse más bien con la inocencia, la bondad y la sinceridad de su hija.

—Este Alberto —dijo— es un excelente joven a quien yo quiero mucho.

—¡Qué gusto me da oírte decir eso, mamá mía! Porque yo también aprecio mucho a Alberto, y creo que jamás te lo había contado; y, óyeme, esto me causaba una especie de remordimiento... pero cada vez que te iba a hablar de él sentía como un nudo en la garganta...

—¿Qué te platica Alberto?

—Ahora casi nada, ya tú lo ves, y esto me pone en cuidado. Cuando nos hizo sus primeras visitas, me hablaba del gusto que había tenido al conocernos, del estado de los negocios de comercio que ha venido a agitar por mandato de su tío; de las hermosas vistas de la hacienda y de sus proyectos de copiarlas a la aguada, porque Alberto, ya tú lo sabes, pinta muy bien a la aguada. Me hablaba también con mucho entusiasmo de la música, y me hacía tocar el piano horas enteras, corrigiéndome algunas faltas de ejecución. Pero después, Alberto se ha convertido en persona de muy pocas palabras; casi nada me platica y raras veces me hace tocar el piano; apenas copió una o dos vistas de la hacienda, y va para más de dos meses que no nos trae obra alguna suya a que la veamos.

—Con todo, él pasa todos los días a estas horas, según dice, porque está sacando la vista de la cascada. Creo que va a resultar una obra maestra, según lo que ha tardado en ella.

—No lo creas, mamá. Alberto me dijo la otra noche que llega al pie de la cascada, saca su bastidor, prepara sus pinceles y sus colores, y no puede trabajar. Alberto empieza a preguntarse: “¿Copiaré la cascada de frente, o un poco de lado? ¿Qué color daré a las aguas?”. Porque ya tú habrás observado, mamá mía, que si la mañana está alegre y despejada, las aguas caen como una lluvia

de brillantes, y si está nublada y triste, forman una masa pesada y cenicienta.

—Es verdad, Amelia.

—Alberto sigue preguntándose: “¿Pondré aquel árbol que se inclina sobre el abismo? ¿Pondré aquella choza? ¿Pondré este rebaño?”. Y el caso es que nada pone, porque se queda pensativo y triste, y deja el trabajo para otro día, y vuelve al otro día y le sucede lo mismo. ¿Le acabas de ver pasar? Pues no creas que haga hoy nada tampoco. Yo ya lo he reprendido; pero él me oye y se sonríe. ¿Si estará enfermo?...

Octaviana procuró tranquilizar a su hija respecto del estado de la salud de Alberto y después se dirigió a un rincón del cuarto, cogió un libro e hizo que leía, pero en realidad soñaba y oraba. Aquella excelente madre, cuyos afectos se habían reconcentrado en Amelia, soñaba con los días de su propia juventud y oraba por la felicidad de su hija.

Abriose la puerta del cuarto que daba a la sala, y se presentó Gaspar.

—Deseaba hablar a ustedes a solas, porque se trata de un asunto grave que a todos tres nos concierne; se trata de la felicidad de Amelia.

Ésta y Octaviana levantaron con temor la vista hacia Gaspar, como tratando de adivinar lo que pretendía de ellas.

—Nuestro compadre Márquez que, como ustedes saben, es hombre de algunas proporciones, y cuyas ideas están absolutamente de acuerdo con las mías, acaba de pedirme la mano de Amelia.

Aquí las oyentes lanzaron un grito de admiración y de horror.

Efectivamente, Márquez, viudo de algunos años atrás, y ambicioso en grado supremo, viendo el buen estado de la hacienda de Gaspar había tenido la felicísima idea de emparentar con él casándose con Amelia. Llevaba un mes de menudear sus visitas a la quinta, y aunque nunca se presentaba ante las señoras, porque ni su educación, ni el conocimiento de la antipatía que ellas abrigan hacia él le permitían estar a sus anchas delante de ellas, muchas veces Gaspar habíale convidado a comer, y trataba de establecer una especie de intimidad entre Márquez y su propia familia, lo que nunca llegó a conseguir, porque a las demostraciones un tanto cuanto bruscas y ridículas del oculto pretendiente, Octaviana y su hija correspondían con esa política fría aunque intachable, que viene a ser la coraza de las personas bien educadas contra las sandeces de los necios. Muchas noches, de vuelta a su casa, Márquez se dijo a sí mismo que la teoría de la igualdad social tenía mucho de falsa, y que jamás podría él ser igual a Octaviana y a su hija, a causa de la diferencia de educación. Proponíase influir para que con el tiempo se

expidiese una ley prohibiendo que los habitantes de la República aprendiesen otra cosa que a leer y escribir. Una duda asaltábale, sin embargo: ¿cómo impedir que las capacidades naturales fuesen superiores al vulgo? ¿Cómo destruir esa desigualdad intelectual, establecida por el acaso, según él? Márquez resolvía casi siempre el problema lanzando a media voz una blasfemia y pidiendo un pocillo de chocolate. Pero cuando se convenció de que sus atractivos personales no eran suficientes para conquistarle el cariño de Amelia, no quiso exponerse a una derrota que hubiera lastimado su amor propio. Oír un “no” es cosa muy dura, y más si lo pronuncian unos labios de dieciséis años, y todavía más si sale de unos labios tan lindos como los de Amelia. Márquez no recordó en este trance aquellos versos de Horacio: “Rumbo mejor, Licino, / seguirás no engolfándote en la altura” etcétera,¹⁹ por la sencilla razón de que no había leído a Horacio, ni siquiera tenía noticias de él; pero se dijo, en calidad de hombre prudente, que era más fácil la conquista de Gaspar que la de Amelia. Ufano con esta idea, vino aquel mismo día a confiarla a su amigo, quien acogió con entusiasmo la pretensión de Márquez y se decidió a apoyarla. Uno de los medios que Márquez empleó para obtener este resultado, fue el de sugerir a Gaspar un pensamiento que jamás había ocurrido a éste en sus sueños políticos:

“Todavía el país —le dijo Márquez— no está en disposición de realizar muchas de las teorías democráticas; pero ¿quién nos impediría que las practicásemos, o ensayásemos por lo menos, en la hacienda de usted? ¿No podríamos estimular y ennoblecer el trabajo dando a los mozos una parte del suelo en enfiteusis? ¿No podríamos dividir ese mismo trabajo estableciendo nuevas oficinas? ¿No podríamos destruir el influjo clerical enviando enhoramala al jesuita que viene todos los domingos a escamotear a usted cuatro pesos en cambio de una misa? Si el pueblo, es decir, los mozos de la hacienda, reciben bien estas reformas, avanzaríamos a establecer en pequeño la libertad de cultos, dejando que los indios se entregasen públicamente a sus prácticas idólatras, y haciendo en beneficio de la civilización que las entrañas humeantes de las víctimas humanas se convirtieran en entrañas de ternera o de cerdo, con la precisa condición de que nosotros nos las habríamos de comer en estofado”.

Baste de explicaciones retrospectivas, y volvamos a la escena comenzada.

—¿He oído bien, Gaspar, o me engaño? ¿Márquez se quiere casar con mi hija, y tú eres quien me lo viene a decir?

—Ni más, ni menos. ¿Qué hay de particular en ello?

—¿Y me lo preguntas, Gaspar? Pero no; tú te chancas, porque, por mucho que te cegara tu cariño hacia

Márquez, no le sacrificarías la felicidad de Amelia, de tu hija.

—Es que, precisamente creo yo asegurar la felicidad de Amelia, de mi hija, casándola con un hombre de bien y de excelentes ideas, como Márquez. ¿O quieres, acaso, hacer de tu hija una monja inútil y fanática? ¿O piensas casarla con algún orgulloso aristócrata? Pues yo te prometo que, cualesquiera que sean tus miras respecto de Amelia, no se realizarán, y que Amelia se ha de casar con Márquez.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres.

Había algo de extraordinario y solemne en aquella respuesta corta pero incisiva de la esposa que jamás había levantado la voz delante de su marido, y que, antes bien, sufrió siempre con angelical resignación sus malos tratos y frecuentes injusticias. Pero se trataba de su hija, de la suerte de aquella hija a quien Octaviana había cobijado bajo el ala de la piedad y el amor, librándola de las malas doctrinas y los peores ejemplos de su padre y de su hermano. Noche con noche vertía Octaviana amargas lágrimas en la oscuridad de su alcoba, al pensar en los malos principios de Enrique y en el porvenir aterrador que le esperaba. ¡Y ahora querían arrebatarle a su hija, a la hija de sus entrañas y de su ejemplo, a aquella que le debía no solamente

la vida física, sino también la inteligencia y la virtud, no solamente su sangre, sino la formación de su entendimiento y de su carácter; a aquélla, en fin, que era su única amiga, su consuelo y su refugio en los pesares domésticos! Con razón Octaviana, ese ángel de bondad y dulzura, se convirtió en una leona: con el instinto de la mujer y de la madre, comprendió rápidamente que ella era el único escudo, la sola defensa de Amelia, y se propuso defenderla contra su padre, contra la sociedad, contra el mundo entero, sin calcular sus fuerzas ni las consecuencias de su conducta.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres —repitió con voz firme, encarándose hacia Gaspar que permanecía de pie, con los brazos cruzados, la sonrisa horrible de la cólera en sus labios y mirando alternativamente a la madre y a la hija.

Octaviana entonces recordó que ella misma había sido sacrificada; que pudo haber sido feliz uniéndose a un hombre, aunque pobre, honrado y de nobles sentimientos. Iba a expresar en alta voz lo que pensaba, y a decir a Gaspar que, ya que la había sacrificado a ella, no quisiera también hacer infeliz a su hija; pero se contuvo haciendo un violento esfuerzo. Octaviana conocía y practicaba escrupulosamente los deberes de la esposa. Ella sabía que una sola de esas frases dicha en un instante de acaloramiento basta para establecer una

desunión eterna entre los esposos, y sirve de malísimo ejemplo a las hijas. Afortunadamente Gaspar, ciego de cólera y dominado, a pesar suyo, por la calma y la energía muda de su esposa, se retiró, cerrando tras sí la puerta con estrépito. Octaviana se arrojó en los brazos de Amelia, exclamando: “¡Defiéndeme, hija mía, contra mis propios pensamientos!”, y derramó un torrente de lágrimas.

Cuando consiguió serenarse y enjuagarlas, alzó sus ojos para descubrir en el semblante de Amelia el aterrador efecto que temía le hubiesen causado las palabras de Gaspar; pero ¡cuál no fue su admiración al ver pintadas la calma y una felicidad inefable en la frente de su hija! Cuando ésta oyó de boca de su padre la pretensión de Márquez, sufrió en todo su ser un estremecimiento súbito, quedó un breve instante como aturdida, y luego sintió un peso gravísimo en su corazón; pero casi en el momento mismo, un rayo de luz iluminó su espíritu, y un nombre dulcísimo agitó sus labios más suavemente que la brisa agita el espejo de un lago en las tardes del estío. El nombre era “Alberto”, y el rayo de luz no era otra cosa que el conocimiento repentino de que ella lo amaba. ¿Cómo había permanecido oculto para ella este sentimiento, que sin duda desde muchos días antes formaba parte de su ser? Solamente ahora se revelaba a su espíritu, a consecuencia del fuerte choque moral que

acababa de sufrir; oculto como el fuego en el centro del pedernal, había brotado a semejanza del fuego cuando el pedernal es herido por el acero, y la madre que siente por la primera vez al hijo de sus entrañas no experimenta ni la felicidad, ni el orgullo, ni la confianza en el porvenir que asistían a la joven.

Acostumbrada Octaviana a conocer hasta los más íntimos pensamientos de su hija, no tuvo necesidad de interrogarla: todo lo había adivinado. Abrazáronse entrambas en silencio y permanecieron así largo rato. Al estrechar Octaviana a Amelia contra su corazón, le ofrecía interiormente protegerla y salvarla. Al estrechar Amelia a su madre, le confesaba su amor a Alberto, y ponía aquel sentimiento puro y formal bajo su protección. Si Alberto la hubiese visto y hubiese adivinado su idea, se habría enorgullecido. ¿Dónde está el hombre que no se enorgullecería al verse amado de Amelia?

Educada con las máximas de una piedad sólida, no bien se desprendió de los brazos de su madre, cuando fue a arrodillarse ante una imagen de la santísima Virgen colocada junto a la cabecera de su cama. Por las mañanas y por las noches, al levantarse y acostarse, mezclaba en sus oraciones los nombres de sus padres y de su hermano Enrique. Ahora tenía que añadir otro nombre, el de Alberto: ahora tenía que pedir a la Reina de los Ángeles el respeto, la humildad y la fuerza necesarios

para oponerse a los designios injustos de su padre, sin ofenderle. Quitose de los cabellos una flor que la noche antes le había regalado Alberto, y la puso en el marco de la imagen, ofreciéndole así las primicias de un sentimiento que había brotado y sólo debía desarrollarse a la sombra de la piedad y de las virtudes domésticas.

Después de la comida supo de boca de Octaviana que su padre, excitado por Márquez, había determinado no recibir las visitas de Alberto, creyendo que este joven sería la causa principal de la resistencia de Octaviana al proyectado matrimonio de su hija. Amelia, al oír esto, sintió un gran dolor en su corazón: no sabía que los frutos de la dicha sólo maduran a fuerza de golpes y de lágrimas; enjugó, sin embargo, las suyas, y se resignó. Temía, con todo, que Alberto, al ser desairado por Gaspar, se ofendiera y no la volviese a ver. Preocupábale mucho esta idea, y a fin de distraerse, salió a un pequeño jardín situado en la parte exterior de la casa, frente al camino.

Magnífica estaba la tarde. Una lluvia ligera había humedecido el musgo del jardín, haciendo que las hojas de los árboles brillasen más con los rayos del sol, próximo ya a su ocaso. Multitud de golondrinas revoloteaban alrededor del campanario de la hacienda; algunos de los mozos volvían del trabajo, trayendo al hombro la azada y precedidos a veces de un perro fiel que nunca dejaba de acercarse a ofrecer sus respetos a Tamerlán,

compañero inseparable de Amelia, no obstante lo avanzado de su edad y de sus achaques. De repente aquel noble animal levantó del suelo la cabeza, que tenía apoyada entre sus patas delanteras, aulló de alegría mirando a Amelia, y, después de hacerle algunas fiestas, se lanzó con toda la rapidez posible, atendidos sus años, hacia el camino.

A poco, lo mismo que en la mañana, resonaron las pisadas de un caballo. Amelia esta vez se ruborizó y, en vez de mirar hacia el sendero, se puso a examinar obstinadamente un rosal. Alberto se habría contentado con saludar a Amelia, sabiendo que aquella noche iba a estar largo rato con ella; pero como no la veía, por más que el joven encabritaba su caballo y Tamerlán la tiraba del delantal, desmontó Alberto y, llevando su corcel de la brida, avanzó hacia el jardín. Pocas y entrecortadas fueron las palabras de entrambos jóvenes; aquel rosal estaba arruinándose visiblemente, y era preciso trasplantarlo a otro terreno, cerca del agua; a propósito de agua, la vista de la cascada no había adelantado aquel día más que los anteriores, en la mañana el sol estuvo muy ardiente; después llovió, y Alberto se vio precisado a refugiarse en la choza inmediata, cuyos moradores no le hablaron de otra cosa que de la caridad de Amelia.

A todo esto, Amelia no contestaba al joven con su alegría y viveza habituales; advirtiolo Alberto y, vien-

do más detenidamente el rostro de su interlocutora, le dijo:

—Usted ha llorado, Amelia.

La joven se puso roja como una cereza; pero en aquel momento apareció Octaviana en el jardín, llamó aparte a Alberto y le habló durante algunos minutos.

Amelia, entretanto, deshojaba silenciosamente una flor, como la sonámbula de Bellini.²⁰

Cuando Octaviana acabó de hablar con Alberto, éste se despidió de ella y pasó a despedirse de Amelia, quien estrechó fuertemente su mano y correspondió a la melancólica mirada del artista. Tamerlán fue a acompañarlo un corto trecho, haciéndole los honores de la casa. Al llegar Alberto al primer recodo del sendero, volvió el rostro hacia atrás, vio que Amelia lo seguía con los ojos, la saludó y se internó en el bosque. A semejanza de Adán, había sido desterrado del paraíso; pero Adán lloraba al salir, y Alberto era feliz al alejarse de la casa de Amelia.

VII EL PROGRESO EN LA QUINTA

El compadre Márquez no fue admitido para yerno, a causa de la decidida oposición de Octaviana; pero su idea de ensayar en la hacienda la aplicación de algunas de las teorías democráticas no fue echada en saco roto, si bien Gaspar quiso reservar casi toda la gloria para sí, dando a entender a Márquez que de mucho tiempo atrás había germinado en él la idea de convertir su hacienda en una especie de quinta modelo, en que, a la vez que pudieran ser estudiados los sistemas agrícolas, manufactureros y administrativos más modernos, se pusiesen en práctica los principios de la escuela política a que entrambos pertenecían.

Gaspar fomentó en su espíritu tal idea, y la estudió y desarrolló con alegría pueril. El principal obstáculo con que tropiezan siempre los innovadores y reformistas viene a ser la voluntad del pueblo. Por mucho que ellos, valiéndose de una eterna palabrería, demuestren teóricamente las ventajas de sus planes y proyectos, el pueblo, que entonces deja de ser soberano para conver-

tirse en bárbaro, se obstina en no admitirlos. Muchas veces se le imponen, en nombre de su futura felicidad; mas el pueblo suele ser tan malagradecido, que de un soplo hace desaparecer las innovaciones.

Aquí no había ese riesgo. Gaspar era dueño y señor de la hacienda, y podía hacer en ella cuanto se le antojase, sin que nadie tuviera derecho de quejarse ni de reclamarle. Había sido hasta allí un rey absoluto, como Luis XIV o Federico el Grande; pero, obedeciendo a las leyes de la confraternidad y el progreso, iba a establecer una especie de constitución *octroyée*,²¹ abdicando su papel de amo y no aspirando a otro honor que al de que le tuteasen los mozos de la finca. La política en tiempos de exaltación vuelve locas a muchas más gentes que el amor.

En vano trató Octaviana de hacer entender a su marido que sin duda había perdido el seso puesto que, bajo el pretexto de reformas, iba a introducir un verdadero y espantoso desorden en la hacienda, destruyendo así el único medio de subsistencia de toda la familia. Gaspar mostrose sordo a todas las razones de su mujer, a quien habló poco más o menos en estos términos:

—Toda mejora o reforma, o innovación, halla en todo país resistencias más o menos tenaces de parte de las clases privilegiadas, a quienes es preciso destruir para la felicidad común. ¡Atrás, mujer! Tú representas

aquí a las clases privilegiadas en la pequeña república que voy a hacer de mi hacienda; tú representas a la familia del propietario, que engorda y se refocila a costa de las familias de los obreros. ¡No más privilegios! Quiero que en mi casa se ponga al fogón una olla de arroz, ni más ni menos que en la del último de los proletarios. Quiero establecer completa igualdad. ¡Atrás, mujer! Cuídate de que la reforma no pase sobre ti y te aplaste al nivelar la sociedad.

Octaviana creyó sinceramente desde entonces que Gaspar había perdido el juicio, y aquella noche le encomendó a san Roque con todas veras de su alma.

Gaspar era hombre activo y enérgico, y en él seguía instantáneamente el hecho a la idea. Con asombro del administrador, hombre de buen sentido y de inteligencia y práctica bien acreditadas en las cosas del campo, un sábado en la tarde, a la hora de rayar, convocó el amo a todos los trabajadores para que en la mañana del domingo siguiente, y después de oída la misa de precepto, a fin de invocar las luces del cielo, se reuniesen en una de las trojes a discutir el mejor medio de administrar la hacienda. No había en la mohosa cadena de la tradición memoria de una cosa parecida; de consiguiente, tal disposición cogió enteramente de nuevo a los mozos, quienes se reunieron al día siguiente en la troje, en virtud de la obediencia debida al amo.

No hizo otro tanto el administrador, aunque también había sido citado, acaso para que fuese a representar a la nobleza en aquella especie de Estados Generales. De algunos días atrás el administrador notaba cierto extravío en los ojos de Gaspar y una marcadísima incoherencia en sus ideas. Gaspar, de seis meses a aquella parte, se había entregado en cuerpo y alma a la lectura de todos los sistemas socialistas y comunistas, desde el origen y la formación del falansterio hasta la teoría de la república universal, tan en boga en Francia a la caída de Luis Felipe de Orleans. En las telas confusas de su acalorada imaginación, Fourier y Saint-Simon aparecían como dos genios bienhechores de la humanidad, y comenzó por hacer fabricar dos bustos de yeso que representaban a entrambos personajes y que fueron colocados sobre el estante de libros de Gaspar. Si como jefe de familia quería imitar al “padre joven” que describe Eugène Sue en *Martín el expósito*,²² como hacendado trataba de fundar un establecimiento que, a la vez que fuese la glorificación del trabajo, diese idea exacta, aunque en pequeño, de una república perfecta. El administrador no veía claro en todo esto, y el día señalado para la reunión de los Estados Generales se dio por enfermo, y no dejó la cama, esperando que le fuesen a desengañar o a confirmar en su idea respecto del trastorno mental del propietario.

Los mozos se reunieron después de la misa. Gaspar les repartió por sí mismo sendas tinas de pulque para desterrar de ellos el natural encogimiento, y enseguida pronunció un elocuente discurso que no entendieron los sencillos habitantes del campo. Haciendo lo que el pintor de Úbeda con sus cuadros,²³ Gaspar, después de terminado su discurso, se puso a explicarlo a sus oyentes. De allí en adelante iban a ser enteramente iguales el amo y los mozos; cada uno de éstos recibiría un trozo de terreno, a fin de cultivarlo por su cuenta, sin perjuicio de desempeñar sus anteriores obligaciones respecto de la hacienda. Los mozos quedaban en absoluta libertad de trabajar o no; ya no habría castigos corporales, y el más insignificante de los peones podría ser alcalde de la ranchería y juzgar a Gaspar, puesto que quedaban abolidos toda especie de fueros. El administrador de la hacienda no podría emplear coacción alguna para obligar a los mozos al trabajo; cierto número de ellos compondrían un jurado, ante el cual se haría comparecer al administrador, siempre que en el desempeño de su cargo traspasara la órbita de sus facultades legales, y las del jurado se extendían hasta deponer al administrador. Cuando éste lo supo, se dio por depuesto, y en el instante mismo ensilló su caballo y partió, sin despedirse siquiera de Gaspar, a quien había entregado cuentas la noche anterior. Llevaron la noticia a los Es-

tados Generales, y Gaspar la recibió con ira, aunque los demás la acogieron con aplausos. En el instante Gaspar inició y los mozos aprobaron la siguiente resolución: “Queda abolido para siempre en la hacienda el cargo de administrador, como contrario a las libertades de los trabajadores”.

Calmada la ira, Gaspar se alegró a su vez de lo acaecido, considerando que el administrador habría sido un obstáculo perenne a la realización de sus mejoras, y que la supresión o abolición del cargo le iba a decir un ahorro de más de 2 000 pesos anuales.

Propusose con la mitad de dicha suma fundar una escuela nocturna de artes y oficios en que, además, se explicara a los mozos el catecismo de los derechos del ciudadano, dándoles una instrucción moral enteramente republicana. Inmediatamente hizo moción a este respecto, y quedó aprobada su idea.

Entretanto, el jugo del maguey iba haciendo su efecto en las cabezas de los mozos, y como Gaspar observase que ya no guardaban la debida compostura, se apresuró a dar por disuelta la reunión, aboliendo antes la costumbre que los trabajadores tenían de cantar el *Alabado* a la hora del alba y al terminar su tarea. Según se expresó Gaspar, los cánticos religiosos esparcen cierta tristeza en el ánimo, y los obreros, para trabajar con provecho, necesitan estar alegres antes que todo;

de consiguiente, el *Alabado* podría sustituirse con algunos versos del *Butaquito* o de la *Tusa*.²⁴ Esta resolución, en concepto de Gaspar, constituía el primer golpe dado al poder del clero en su pequeña república.

Antes de retirarse a sus chozas, los trabajadores quisieron abrazar al amo y fraternizar con él. Fue aquel día para Gaspar el más feliz de su vida, incluso el de sus bodas y el del nacimiento de Enrique. Cuando ya había recibido cosa de 50 abrazos, asomaron a sus ojos algunas lágrimas de emoción, y, sin embargo, no había tomado pulque.

El administrador iba ya muy lejos a la sazón. Octaviana y Amelia, encerradas en su alcoba, lloraban al saber la conducta de Gaspar, y el correo traía una carta de Enrique, en la cual éste manifestaba que le habían fastidiado los estudios y que se hallaba resuelto a presentarse en la quinta el día menos pensado. Además, pedía algún dinero para cubrir deudas de honor y los gastos del viaje.

VIII ROMA DESARMADA Y VENCIDA

Por extravagante que haya parecido a nuestros lectores lo acordado en la primera reunión parlamentaria de la quinta de Gaspar, todo se llevó a efecto en el espacio de ocho días. Repartiose a los proletarios una gran extensión de terreno, a fin de que hiciesen uso de él como de cosa propia. Quedó sin funcionario el cargo de administrador, y electo el jurado que iba a hacer en la quinta el papel de la convención francesa. Previéndolo, o intentándolo así, Gaspar se hizo nombrar presidente del jurado, cuyas atribuciones pocos días después llegaron a ser tan extensas, que se consideró ya del todo inútil la reunión de lo que hemos llamado Estados Generales en el capítulo anterior.

Enrique, acosado por el temor del castigo, a causa de algunas calaveradas hechas en México, se había vuelto a toda prisa a su casa, sin esperar a que le enviasen recursos, y fue puesto al frente de la escuela nocturna de artes y oficios, no para enseñar en ella arte u oficio alguno, sino para dirigirla en general, y para regentear

en particular la cátedra de moral, cuidando de la educación eminentemente republicana de los alumnos. Siempre en épocas de trastorno, sea en una quinta o en una nación, resulta una antítesis perfecta entre las cualidades de las personas y los cargos o empleos que desempeñan. Entregar la moral a Enrique equivalía a poner la virtud de la temperancia bajo la protección de Baco.

Algunos trabajos había habido en la semana para completar el número preciso de operarios, pues invocaban éstos en su favor uno de los primeros artículos de su código progresista, en cuya virtud nadie podía ser obligado a trabajar en caso alguno por ningún título. Al fin, amaneció el domingo y, como en los días anteriores habían llegado a oídos de Gaspar ciertas murmuraciones de los mismos proletarios, con motivo de que advertían desigualdad en el reparto de terrenos, convocó a los miembros del jurado a fin de examinar a los quejosos y escarmentarlos; pues, por regla general, mientras más ilimitada sea la libertad en cuyo nombre se ejerce el poder, más celosos de sus prerrogativas y de su infalibilidad son los gobiernos.

Reuniose, en efecto, el jurado, y del examen o interrogatorio hecho a algunos de los descontentos, resultó que el cura y el juez de paz del pueblo inmediato, sabedores de la determinación de Gaspar, relativa a convertir su quinta en una especie de pequeña república

democrática, habían prorrumpido en sinceras exclamaciones de admiración y de pena. El cura de quien acabamos de hablar era el mismo que iba a dar misa todos los días de fiesta a la hacienda, y en cuanto al juez de paz, en calidad de antiguo veterano del ejército, mandaba la guardia nacional de la comarca, compuesta de unos 50 hombres, la quinta parte de los cuales representaba el contingente de las posesiones de Gaspar. El citado juez acudía todos los domingos a oír misa en la hacienda, arreglaba con Gaspar uno que otro asunto judicial que había ocurrido en la semana, tomaba chocolate con él y se despedía a eso de las doce para ir a comer con su familia. Era el juez modelo verdadero del campesino honrado e ignorante a quien se puede fiar un saco de polvos de oro, pero con quien no se puede tener tres minutos de conversación.

Grande fue la indignación de Gaspar al tener noticia de las exclamaciones vertidas por el cura y el juez con motivo de sus innovaciones en la hacienda. Veía simbolizado en el cura, hombre respetable y profundamente piadoso, el poder de la Roma católica, esa eterna pesadilla de los reformistas. El cura representaba en su quinta el elemento sacerdotal, que naturalmente había de oponerse a la anarquía, y Gaspar que se creía objeto de la vigilancia del Vaticano ejercida por aquel eclesiástico, y que hasta temía, al recordar sus expresio-

nes vertidas contra el clero en el anterior Congreso, ser llamado por algún concilio a dar cuenta de sus opiniones religiosas y ser quemado enseguida como Jan Hus o Hieronymus von Prag,²⁵ se propuso dar al poder de Roma un golpe mortal, por vía de medida precautoria. Este golpe debía hacerse extensivo al ejército, porque en expresión de nuestro protagonista, las bayonetas y los solideos constituyen las dos columnas más fuertes del despotismo. Ahora bien, el lector conocerá que el elemento militar estaba representado en la quinta por el juez de paz que, si bien ejercía el cargo de jefe de la guardia nacional, según hemos dicho, era oficial retirado y, en concepto de Gaspar, tenía una ambición mayor que la de Alejandro el Grande, y muy pronunciada en su cráneo la protuberancia de las conquistas a mano armada.

Ya hemos indicado cuánto se disgustó Gaspar con motivo de las exclamaciones de aquellas dos personas, calificadas por él de enemigos irreconciliables del progreso. Trató de ir a afearlos su conducta; y calculando que el cura se estaría revistiendo a la sazón para celebrar la misa, que el juez acostumbraba ayudarlo, dirigióse hacia la sacristía en unión de los mozos que componían el jurado. Al llegar a la entrada, Gaspar hizo señas a los demás para que se detuvieran, y se adelantó solo. Una espesa cortina de brin, corrida frente a la puerta, hacía que Gaspar no fuese visto de la parte de adentro, al

tiempo que pasaba allí lo siguiente: Octaviana y su hija, sabedoras de la llegada del cura, no esperaron a que la campana llamase a misa para dirigirse a la capilla, a fin de hablar con el eclesiástico antes de que llegase la demás gente. Arrojábanse en sus brazos, llorando, sin que las contuviese la presencia del juez, al tiempo que Gaspar se ponía tras de la cortina a escuchar la conversación.

—¡Ay, señor cura, qué desgraciadas somos! —decía Octaviana—. Ya tendrá usted noticia de la nueva manía de Gaspar. Todo lo ha invertido y desordenado en la hacienda. El administrador se ha ido; los operarios se insolentan; no se ha vendido un solo tercio de azúcar en la semana, y ha faltado dinero para la raya. Como si los mozos no estuvieran bastante pervertidos, ha fundado una escuela que dirige... ¿Quién le parece a usted que la dirige, señor cura?

—Será el compadre Márquez.

—No, sino mi hijo Enrique. Ha llegado de México, y peor momento no pudo haber escogido para venir. El ejemplo de su padre acabará de quitarle el poco juicio que le haya quedado.

—Pero, en fin, ¿cuál es la intención del esposo de usted?

—Convertir la hacienda en una especie de república democrática, según él dice.

—Preciso es que haya mucho de extravío mental en ello.

—Eso es, padre, lo que nosotras nos decimos; pero al mismo tiempo que Gaspar acabará de perder el juicio, nos hundirá en la más espantosa miseria. Yo desearía que usted le hablase y lo redujese a la razón.

—Temo que han de ser inútiles mis pasos; pero el darlos está en mi deber sacerdotal y, de consiguiente, los daré. Tan luego como termine la misa buscaré al esposo de usted para hablarle y...

—Aquí lo tiene usted —exclamó Gaspar presentándose de improvisó.

No fueron pocos el embarazo y la confusión que a los circunstantes causó la idea de que Gaspar había estado escuchando su conversación. El cura, sin embargo, recobró su aplomo habitual.

—Puesto —le dijo— que ha escuchado usted nuestra conversación, oculto detrás de esa cortina, se me ahorra el prefacio a lo que tengo que pedirle en nombre de su familia, de la moralidad y el bienestar de sus dependientes, y, por último, de mis deberes de cura de almas, puesto que usted pertenece al número de las ovejas puestas por Dios a mi cuidado.

—No reconozco yo en usted jurisdicción alguna sobre mí, señor cura, y lo que veo claramente es que usted, en unión de mi esposa, de mi hija y del juez, que represen-

ta las tradiciones del despotismo militar, conspira aquí en las tinieblas contra las reformas que me esfuerzo en plantear. Mas, puesto que el elemento retrógrado arroja el guante al elemento progresista, yo, a nombre de este último, recojo el tal guante y me lanzo a la lucha. ¡Hola, señores jurados! ¡Entren ustedes!

Un tropel de mozos de diversos aspectos y edades invadió la sacristía.

—¡Ciudadanos! Aquí se conspira contra el pueblo. El fanatismo de las mujeres y el maquiavelismo de Roma, disfrazado con una sotana, andan en juego.

Los mozos llevaban los ojos, azorados, de una a otra parte de la sacristía, buscando el fanatismo y el maquiavelismo.

—En circunstancias tan críticas, continuó Gaspar, es preciso obrar activamente; es preciso que depositen ustedes en mí las facultades del jurado. ¿Se avienen ustedes a ello?

—Nosotros haremos lo que usted nos diga, señor amo.

—Pues bien, facultado debidamente por el pueblo, dispongo: 1º Que tú, Octaviana, en compañía de tu hija, salgas inmediatamente de la hacienda y no vuelvas a poner en ella un pie, un solo pie, ¿me entiendes? Residirás en la ciudad, porque tú y tu hija representáis aquí la aristocracia, en todas partes enemiga jurada de la re-

forma democrática, y para llevar a cabo esta reforma se debe comenzar aniquilando a la aristocracia.

—Pero, Gaspar, ¿estás en tu juicio? Advierte que yo soy tu esposa y que Amelia es tu hija.

—No vacilaría en condenaros a muerte a las dos, si así lo exigiese el bien público. Así eclipsaría la gloria de Junio Bruto, y, como él, salvaría a la patria a costa de mi propia familia. Sigo disponiendo: 2º Quedan abolidos todos los antiguos privilegios y prerrogativas, y el conocimiento de las causas de militares y sacerdotes pertenece al jurado popular.

”De consiguiente, usted, señor juez, militar retirado, y usted, señor cura, quedan bajo la jurisdicción de este tribunal por haber sido sorprendidos en flagrante delito de conspiración contra la república.

”Supuesto lo dicho, el tribunal destierra a uno y otro perpetuamente de la hacienda.

”¡Ciudadanos! —añadió, dirigiéndose a los mozos—. ¿Qué os parece lo decretado?”.

—Su merced sabe lo que hace, señor amo —contestaron por unanimidad.

—El pueblo sanciona mis actos. Disuélvase por hoy la junta.

El cura y el juez se creían víctimas de una pesadilla, y no podían persuadirse de que toda aquella farsa pasara de una chanza de parte de Gaspar; mas, al retirarse éste,

Octaviana y Amelia los desengañaron, relatándoles minuciosamente las escenas todas de que había sido teatro la hacienda, de unos ocho días a aquella parte. Grande fue entonces la aficción del sacerdote. Conocía que el cerebro de Gaspar se hallaba fuertemente afectado por la manía política, y que tal afección no era, en apariencia, bastante grave para encerrarlo y ponerlo en juicio, salvando sus propios intereses y conjurando así el funesto porvenir que, física y moralmente hablando, amenazaba a la esposa y a la hija. Preocupado con tan tristes pensamientos y con la certidumbre de que por entonces era imposible hacer cosa alguna en favor de aquellos seres, cuya virtud conocía a fondo; y aun del mismo Gaspar que, a semejanza del caballero manchego, se había ahilado los sesos con sus lecturas favoritas, montó a caballo y se alejó de la hacienda en compañía del juez, ofreciendo a Octaviana encomendarla a Dios muy de veras en sus oraciones, que era cuanto estaba en su mano hacer.

En la misma tarde salieron la esposa y la hija para la ciudad, sin haber logrado despedirse de Gaspar, quien les envió una carretela para que partiesen.

Entretanto, algunas murmuraciones se hacían oír en los grupos de los proletarios y de sus familias. Por corrompida que esté la gente del campo, y por mucho que se aparte de los pastores que sirvieron de modelo

para sus églogas a Garcilaso y a Meléndez, no es insensible a los beneficios recibidos, ni deja de ver con respeto y cariño al cura que le asiste en los momentos solemnes de la vida. Octaviana y Amelia habían hecho no escaso bien a los trabajadores, curándolos en sus enfermedades, regalando ropa y algunos medios a sus hijos, e instruyendo a unos y a otros en la lectura y en las prácticas religiosas más indispensables a todo cristiano. Así pues, los campesinos comenzaron a preguntarse si el amo no era injusto o extravagante al desterrar de la hacienda a seres tan inofensivos y tan buenos como su esposa, su hija y el cura.

Tales murmuraciones amargaron a Gaspar las satisfacciones de la victoria, y atribuyendo aquellas a las influencias secretas del cura, que él llamaba pomposamente influencias de Roma, propúsose extirparlas de raíz por medio de un acto inaudito a cuya ejecución lo animaron así Enrique y Márquez, como algunas docenas de copas de coñac tomadas en la buena compañía de entrambos sujetos. Dijose allí que el mejor modo de acabar con el influjo sacerdotal era despojar al clero de sus bienes. Sabe ya el lector que el clero de la hacienda consistía únicamente en el cura que iba a dar misa. Fáltale saber que los bienes del clero de la misma hacienda consistían, en clase de inmuebles o raíces, en la capilla, la sacristía y un pequeño cementerio; y en cuanto a

muebles, en los vasos sagrados, ornamentos, imágenes, dos estantes y otras tantas mesas. Gaspar decretó, pues, que los inmuebles eran propiedad de la hacienda, cosa que nadie le había disputado, y que los estantes y las mesas se adjudicasen al mejor postor. No hubo quien hiciese postura y, a fin de no quedar en ridículo, mandó que se regalaran a los proletarios más pobres; pero éstos no los quisieron recibir y fue preciso quemarlos.

Cerrose la capilla y quedose Gaspar con las llaves. En cuanto a la sacristía, como en ella conspiraban Octaviana, Amelia, el cura y el juez contra las reformas progresistas, mandó que jamás volviese a servir para su antiguo objeto, y que a ella fuese trasladada la escuela de artes y oficios.

Con semejantes providencias, ejecutadas al otro día, “Roma quedó desarmada y vencida” en la quinta de Gaspar.

IX
LO QUE SE SIEMBRA SE COSECHA

Nada he visto yo que dé idea de un país en estado de anarquía como la quinta de Gaspar, pocos días después de acaecido lo descrito en el último capítulo. Los proletarios se resistían abiertamente a trabajar, no ya sólo en las labores de la hacienda, sino aun en las de sus propios terrenos. El desorden los había conducido insensiblemente a la pereza y la ociosidad. Ésta hizo que les repugnara seguir ganando el pan de sus familias con el diario sudor de su rostro, y además, habiéndose introducido el más completo barullo en la administración de la finca, había mucha dificultad para el pago de los salarios. La miseria, en forma de avechucho —como diría un poeta romántico— comenzaba a cerner sus alas sobre aquel pequeño modelo de una república entregada a las exageraciones de la innovación y de la reforma. Inútil es decir que la escasez de dinero, la desmoralización que cundió entre los operarios y la falta de orden y vigilancia, dieron por resultado que aquéllos, para satisfacer sus más precisas necesidades, comenzasen a extraer y vender

clandestinamente los llenos de la quinta, sin que nadie pudiera poner coto al mal.

No había tenido en él poca parte la llamada escuela de artes y oficios puesta a cargo de Enrique, y cuyas cátedras se daban en la antigua sacristía. Los campesinos habían olvidado el catecismo de Ripalda; pero en cambio aprendieron una jerga incomprensible que Enrique bautizó con el pomposo título de “Tratado de los derechos del hombre”. Aunque al principio se trató positivamente de que cada alumno aprendiera un oficio, todo quedó en conversación, excepto la enseñanza de las teorías democráticas. Con el transcurso de los días vinieron la confianza y la expansión entre el maestro y los discípulos. El primero se remojava muy frecuentemente los labios *ex cathedra* con aguardiente de Castilla o coñac, a fin de continuar sus explicaciones con voz clara y vibrante; mientras los segundos, sintiéndose predestinados a brillar en la ciencia del cálculo, se ensayaban a presencia del maestro con dos o tres mugrientas barajas, mostrando decidida predilección a las sotas, y convirtiéndolas en representantes de cabezas de ganado o aperos de la hacienda. Como el Diablo tentaba a Enrique por este lado no menos que a sus discípulos, uno y otros solían “fraternizar”, echando sendos albures, en los cuales todos ellos ganaban y la hacienda perdía.

Además del manejo de las cartas, Enrique enseñó a los labriegos a dudar de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma; a negar la justicia humana y el derecho de propiedad; a considerar la religión como una gran patraña cubierta con el moho de los siglos; a tener al clero por el más encarnizado enemigo de la civilización, y a formar, por último, una alta idea de sí mismos, seguros de que los actos privados y públicos del hombre no deben hallar coto ni en la religión, ni en la moral, ni en la autoridad social, porque todo lo que tiende a coartar la libertad de pensamiento y de acción es una tiranía más o menos disfrazada, cuyo yugo debe romperse a toda costa. Ya verá el lector que, en algunos de los ramos de esta enseñanza, Enrique no hizo otra cosa que seguir el texto de las lecciones de su padre.

A guisa de episodio, referiremos lo que pasó con algunos mozos de la finca. Gaspar y Enrique les habían hecho creer que el cura esquilma sus escasos recursos; que la administración de los sacramentos de la Iglesia debía ser gratis para todo el mundo, y que a falta del sacerdote los seglares podían convertirse en ministros del culto, pues éste no venía a ser más que un símbolo, una fórmula de la adoración del hombre hacia Dios, quien —añadía Gaspar— no se cura de los actos de sus miserables criaturas. El resultado fue que algunos mozos bautizaron por sí mismos a sus hijos, otros

se casaron civilmente ante Enrique, y otros, por último, llevaron a sus deudos al camposanto sin el acompañamiento ni las oraciones de la Iglesia, a fin de economizar el pago de obvenciones y derechos. Poco ganó con esto la felicidad doméstica, pues los casados civilmente abandonaron a pocos días a sus mujeres de un modo muy incivil, y roto lo que Gaspar y Enrique llamaban preocupaciones, y que no es otra cosa que el lazo religioso, es decir, lo único que puede hacer marchar a los hombres por el sendero recto, cada cabaña se convirtió en un infierno de prostitución y de miseria.

Suele, sin embargo, ser tal la obcecación de los reformistas, que aun cuando los funestísimos efectos de su tarea estén patentes a todo el mundo, ellos se obstinan en no verlos, o les señalan causa diversa. Con la terquedad de la mariposa que se chamusca las alas en la llama de una bujía, tocan y retocan la obra que ellos juzgan maestra, y la dejan cada vez peor. ¿No producen sus sistemas el efecto que se propusieron los autores? Consiste en lo corto del tiempo que ha trascurrido desde su planeación. Muchos años tarda la bellota para convertirse en corpulenta encina. ¿Producen resultados diametralmente opuestos a lo que se esperaba? Consiste en la resistencia que las preocupaciones y los antiguos hábitos oponen a las reformas. Preciso es acabar con aquéllos para que éstas florezcan; preciso es arrancar

la cizaña para que el trigo fructifique. La crítica de los médicos tan hábilmente escrita por Lesage,²⁶ puede aplicarse sin variación alguna a los reformistas políticos. El doctor Sangredo abandona muy a menudo la lanceta y el vaso de agua tibia para enristrar la péñola del legislador. Viendo Gaspar que el desorden y la miseria se enseñoreaban de su finca modelo, ni por un instante lo atribuyó a su propia culpa, sino a la antigua y viciosa educación de los campesinos, y se prometió que con el trascurso del tiempo recogería los opimos frutos con que soñaba. Lector, no te rías de la obstinación de Gaspar. ¿Acaso no discurren así muchos hombres de Estado?

Trascurrieron cerca de dos meses. Las relaciones exteriores de la pequeña república no ofrecían mejor aspecto que la situación interior. Los trabajos estaban paralizados por no haber dinero con qué rayar a los operarios; faltando el trabajo, no había, pues, frutos, y de consiguiente no había ventas. Ahora bien, faltando éstas, Gaspar no podía cubrir periódicamente sus créditos, y veía ya su finca convertida en blanco de diversos pedimentos de embargo judicial. Podría vender los llenos y pagar así a los acreedores; mas se presentaba un ligero inconveniente, a saber, que ya no había llenos porque los mozos acabaron con ellos. Terrible era la situación, y, sin embargo, Gaspar se propuso dominarla. Echando de

menos por un momento los días en que parodiaba a Luis XIV y a Federico el Grande, quiso empuñar las riendas de la dictadura, nada más que mientras fuese necesario para salvar a Roma, prometiéndose dejarlas inmediatamente después de conseguido su objeto.

Pero Gaspar había contado sin la huésped, o sea, sin la desmoralización de sus operarios, quienes, a las primeras palabras de orden y de reprimenda que les dirigió, se burlaron de él. He aquí en pequeño la suerte de los innovadores; quedan, por lo común, aplastados bajo las ruinas del edificio que desplomaron.

Una tarde que Gaspar había hecho serios esfuerzos por reducir al orden y al trabajo a dos o tres docenas de proletarios, que ebrios y desarrapados cantaban en el exterior de la taberna, sin conseguir de ellos otra cosa que insultos y desprecios, encaminose tristemente a caballo hacia la casa del compadre Márquez. Habíase-me olvidado decir que éste no quiso dar el consejo sin el tostón; en otros términos, que después de haber inflamado la imaginación del propietario con las ideas de reforma, cuyos resultados hemos visto, quiso cooperar a la práctica, y para hacerlo más fácilmente fuese a vivir a la hacienda. Ocupaba una pequeña casa de mampostería destinada antiguamente al guardabosque y situada a orillas del camino, casi en los límites de la hacienda del lado de la ciudad. Llevaba allí una vida ociosa y di-

sipada, sirviendo de asesor a Gaspar en todos sus negocios, acompañándolo a veces a la mesa, concurriendo de cuando en cuando a presenciar las lecciones de su ahijado Enrique en la escuela de artes y oficios, y poniendo periódicamente el monte a los mozos, quienes se desesperaban a la idea de que Márquez perdía los albures insignificantes y ganaba todos los de cierta categoría, sin advertir aquellos campesinos bonachones las señas y contraseñas de las barajas del compadre. Decirse puede sin exageración que por las manos de éste habían pasado todos los llenos de la hacienda, perdidos por los mozos al juego y vendidos por Márquez en la ciudad inmediata a los mismos acreedores de Gaspar.

Éste, en la tarde de que hablamos, iba a pedir consejo y ayuda a su compadre contra los mozos. Había llegado a veinte pasos de distancia de la casa, cuando Tamerlán, el perro de Amelia, salió al camino y fue a encontrarlo aullando de un modo siniestro y doloroso. Gaspar se impacientó a la vista del perro, sospechando que Octaviana y Amelia hubiesen venido a la hacienda sin conocimiento suyo y contra su expresa prohibición. Festejó a Tamerlán con su látigo y siguió su camino, pero sin lograr desembarazarse del perro que continuaba aullando y que parecía querer atraer a Gaspar hacia un pequeño escampado, a la derecha y no lejos del cercado de la casita del guardabosque.

Gaspar se apeó del caballo a la entrada del jardín que había frente a la casa; llamó a la puerta, nadie le contestó y, habiéndola empujado, entró a la pieza que hacía de sala. Vio en ella una mesa grande en que habían quedado acá y allá algunos naipes, botellas y copas; alrededor aparecían sillas en desorden, y algunas caídas en el suelo, como si hubiesen mediado allí lucha o juego de manos algunos momentos antes.

Gaspar llamó a Márquez en alta voz y, como nadie le contestaba, se introdujo en su dormitorio, después recorrió la cocina y el corredorcito, y se convenció de que no había un alma en la casa. Volvió a la sala, y como el desorden de las sillas ponía estorbos al tránsito, apoyó su mano derecha en una de las esquinas de la mesa, a fin de evitar una caída; pero en el momento mismo sintió que la mesa estaba mojada, y un horror indecible, de que no podía darse cuenta, se apoderó de todo su ser. Dirigióse precipitadamente a la puerta en busca de la luz, y vio que tenía la mano manchada de sangre. Volvió por segunda vez a la sala, encendió un cerillo y reconoció cuidadosamente la mesa; no tenía de raro sino algunas gotas de sangre medio cuajada en la esquina en que se apoyó Gaspar. Examinando luego el piso, vio que había rastro de sangre hacia la puerta trasera de la casita, y salió por ella al campo sin acordarse del caballo y seguido de Tamerlán, que no había cesado de

aullar y de tirar a Gaspar de la ropa, y que, tan luego como se vio fuera de la casa, tomó la delantera. Gaspar se imaginó que algún crimen acababa de cometerse en la casa de Márquez, y se dejó guiar por el perro casi persuadido de que iba a descubrirlo siquiera en parte.

En un recodo formado entre los árboles por la vereda arenosa que partía de la puerta trasera de la casa, el perro se detuvo, aulló con más fuerza y enseguida se internó entre el zacatón, bastante alto en aquella parte del monte.

La noche venía a toda prisa. Unas cuantas ráfagas de luz crepuscular brillaban todavía en el horizonte; los árboles eran altos y espesos y la oscuridad comenzaba a reinar bajo el ramaje.

El corazón de Gaspar palpitaba fuertemente anunciándole alguna gran desgracia. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, descubrió el cuerpo de un hombre tendido boca abajo en la yerba. Tuvo un presentimiento horrible y se estremeció de pies a cabeza. Inclínose hacia el cuerpo y, haciendo un esfuerzo angustioso, lo volteó a fin de ver el rostro. Lanzó un grito y quedó aterrado. Tenía a su vista el cadáver de Enrique.

Creyose víctima de una atroz pesadilla. Se asió de una última esperanza, y se dijo por un momento que acaso la vida no había abandonado aquel cuerpo.

Echoso él mismo al suelo y registró el cadáver con dolorosa ansiedad. Tenía una puñalada en el corazón, y los labios cobrizos y desbordados de la herida, que aparecían sobre la camisa y el chaleco destrozados, aún estaban tibios pero el corazón no latía ya. No queriendo persuadirse Gaspar de que su hijo estuviese muerto, le llamó en voz alta y meneó el cadáver fuertemente y en vano. Poca sangre manchaba los vestidos de Enrique; pero le había salido abundantemente de la boca y formaba un charco en el suelo. Gaspar quitó con los dedos la tierra que cubría en parte sus ojos, y éstos aparecieron entreabiertos y empañados con el hálito de la muerte. Entonces Gaspar lanzó un grito de angustia y desesperación, y echó a correr a pie hacia la casa principal de la hacienda.

X CÓMO FUE EL HOMICIDIO

Casi a la misma hora llegaba a la casa de Octaviana, en la ciudad, un mozo con unas cuantas líneas precipitadamente escritas por Alberto, quien residía a la sazón en otra hacienda de las inmediaciones y que era propiedad de su tío.

Al retirarme hace hora y media —decía— me acompañó Tamerlán, como de costumbre; pero me ha sucedido una cosa rara en el camino, y quiero dormir tranquilo esta noche: por lo mismo, hágame usted favor de despachar inmediatamente al mozo, diciéndome que nada ha sucedido en... —Aquí el nombre de la hacienda de Gaspar—. Vea usted lo que ha motivado mi alarma: cuando iba yo llegando a los potreros de la hacienda, me hallé de manos a boca con Márquez, que corría a caballo a todo trapo; apenas pude verle el semblante, pero me acuerdo que lo llevaba alterado; mejor dicho, horriblemente demudado. Detuve mi caballo para verlo por detrás a mi

sabor; pero en el momento Tamerlán se puso a ladrar de un modo especial, rastreó el suelo y echó a correr hacia la casita del guardabosque, sin hacer caso de mi voz ni de mis silbidos. Yo temí que me vieran y que el saberlo disgustase a Rodríguez. Preocupado con esta idea, lejos de volverme a la ciudad, como debí hacerlo, para ver a ustedes y saber lo que pasaba, seguí mi camino a toda prisa hasta llegar a casa. Escribame usted dos renglones y diga en mi nombre a Amelia: hasta mañana.

Dos veces leyó Octaviana la esquila de Alberto, y otras tantas creyó que lo que había visto el joven no daba motivo a la alarma por él manifestada. Así se lo escribió, añadiendo que no había llegado mozo alguno de la hacienda de Gaspar. No bien, sin embargo, hubo despachado al de Alberto, cuando se entregó a vagas cavilaciones con motivo de aquel incidente, y a poco sintiose poseída de un desasosiego y una tristeza inexplicables. Trató de distraerse pensando en la felicidad de Amelia, que cada día se veía más amada de Alberto. Octaviana, que había tomado muy minuciosos informes acerca de los antecedentes de aquel joven, los obtuvo tan satisfactorios que no vaciló en abrirle las puertas de su casa en ausencia de Gaspar y aun previendo que éste se disgustaría al saberlo. Estaba Alberto en vísperas de terminar el arreglo de los negocios de su tío, y tan

luego como lo hiciera se presentaría a Gaspar pidiéndole la mano de su hija. No era de presumirse que el ardiente demócrata, que tan poco se curaba de su familia, opusiese una resistencia obstinada a un enlace contra el cual, en resumen, nada racional tenía que objetar. Ciertamente es que Alberto era pobre; pero en materia de bienes de fortuna, ¡necesitan de tan poco dos corazones que se aman y se bastan mutuamente! Además, Alberto iba a manejar una parte de las posesiones de su tío, y con el sueldo que éste le asignara tendría lo necesario para sostener su casa. El límite adonde llega en estos casos una prudencia razonada y previsora, es el punto de partida de la vanidad y el lujo, esas llagas que carcomen las entrañas de nuestra pobre sociedad, haciendo que se extingan las familias y sacrificando no pocas veces ante una sombra vana y hasta ridícula los sentimientos más nobles del corazón, que unidos a un proceder recto constituyen la única felicidad de esta vida tan corta y tan cercada de dolores.

Sacó de sus reflexiones a Octaviana la llegada de uno de los proletarios de la hacienda, y no bien había hablado éste dos palabras, cuando una angustia indecible, un dolor agudísimo se apoderó de aquella pobre madre. Renunció a relatar los extremos a que se entregó, y sólo quiero, antes de terminar este capítulo, poner al lector al tanto de la escena, corta pero terrible, que

había tenido lugar aquella tarde en la casita del guardabosque, habitada últimamente por Márquez, y cuyo resultado ya conoce.

Hemos dicho que Márquez ponía el monte casi todos los días a los obreros de Gaspar, y ahora debemos añadir que Enrique, las más de las tardes, acudía a la casita a jugar tomando una parte muy activa en el derroche de los llenos de la hacienda. Más avisado y malicioso que los campesinos, y acaso iniciado ya él mismo en los vergonzosos secretos de la estafa, tenía de antemano sus sospechas respecto del manejo poco limpio de su padrino en el juego, y la tarde a que nos referimos tales sospechas se convirtieron para Enrique en realidad.

Como de costumbre, habían circulado abundantemente las copas; tres mozos de los de más confianza de Márquez acompañaban a éste y a Enrique, quien llevaba perdidas algunas onzas. Corriose el albur, y al llegar una carta adversa al joven éste se apoderó rápidamente de la mano de Márquez, hizo patente su estafa, y llevado de la exaltación que producen el juego y, sobre todo, una pérdida constante, le pegó un bofetón.

Márquez logró asirlo de los cabellos; entrambos se abrazaron y cayeron al suelo luchando con mutua ira. Los tres mozos trataron de interponerse y separarlos. Consiguieronlo, al fin; pero por medio de un mo-

vimiento rapidísimo a imprevisto de los demás, hirió Márquez a Enrique en el corazón, valiéndose de un puñal que siempre llevaba consigo.

Enrique no pudo articular una sola queja y cayó muerto. Márquez dio un puñado de dinero a cada uno de los mozos, diciéndoles: “Los cuatro quedamos igualmente comprometidos. Quien diga una sola palabra de lo que ha pasado, compromete a los demás y se compromete a sí mismo”. Enseguida los despidió; asíó el cadáver por el nudo de la corbata y le arrastró afuera de la casa, dejándolo en el sitio donde lo halló Gaspar momentos después. Hecho esto, volvió al patio, ensilló a toda prisa su caballo, montó en él y partió precipitadamente, no sin llevarse el fruto de sus rapiñas.

No seguiremos nosotros al asesino, ni volveremos a hablar de quien hizo perder la vida al desgraciado Enrique, después de haber cooperado eficazmente a corromper su alma. Si falta la justicia humana en esta vez, ahí queda la justicia de Dios que nunca deja al criminal sin castigo.

XI DOLOR DE MADRE

Cuando Gaspar llegó a la casa principal de la hacienda, pidiendo auxilio para ir a recoger el cadáver de Enrique, hallose con otra novedad. Los jornaleros, a quienes en la tarde había dejado ebrios fuera de la taberna, se entregaban al saqueo de la casa sin que nadie los interrumpiese. Los muebles, la ropa, los libros, los arneses de montar, todo salía y desaparecía violentamente en medio de gritos horribles inspirados por la codicia y la embriaguez.

Aquello era la práctica del comunismo, y Gaspar debió haberse regocijado con tal espectáculo; pero en aquel momento no era “político”, y las desgracias domésticas lo abrumaban como a un hombre cualquiera. Acababa de separarse del cadáver ensangrentado de su hijo, y hallaba que su casa era presa de un completo saqueo. Sentose en uno de los escalones del corredor, con las manos puestas en las mejillas, y permaneció así gran rato. De pronto pareció disiparse su insensatez; el dolor más profundo se pintó en su rostro: sus ojos se

animaron. Se levantó y, dirigiéndose a los mozos que continuaban robándolo a su propia vista, les dijo:

—Mi Enrique ha sido asesinado.

Los borrachos que pasaban a la sazón lo miraron estúpidamente y siguieron su camino.

—Mi Enrique ha muerto. Vamos a recoger su cadáver.

Los mozos no hacían caso de Gaspar.

—Mi Enrique ha sido muerto. Su cadáver está junto a la antigua casa del guardabosque. Vengan ustedes conmigo a recogerlo.

Los mozos se rieron, y continuó el saqueo. Gaspar volvió a sentarse en los escalones del corredor, y la luz de su razón pareció extinguirse de nuevo.

Afortunadamente, uno de los mozos honrados, luego que vio que los demás proletarios, en estado de completa embriaguez, se disponían a saquear las habitaciones del amo, convencido de la ninguna autoridad de éste para hacer cesar el desorden, acudió en persona al pueblo inmediato, donde residía el juez y comandante de guardia nacional, a quien se presentó pidiéndole auxilio a nombre de Gaspar.

El juez que, cuando acaeció en la hacienda la abolición de los fueros, había sido expulsado a causa de su carácter militar, no vaciló en acudir inmediatamente al punto donde eran solicitados sus servicios. Echó a an-

dar a la cabeza de diez o doce guardias nacionales de toda su confianza, y en el camino dirigió al mozo algunas preguntas para deducir de las respuestas si había o no mejorado la situación mental del dueño de la quinta.

Cuando llegó la fuerza armada, el saqueo tocaba a su término. Los diez o doce hombres descansaron a un tiempo sus fusiles en el corredor, y al ruido la mayor parte de los mozos de la hacienda huyeron por las ventanas o la puerta del jardín. El juez logró, sin embargo, atrapar a tres o cuatro de ellos, y se disponía a practicar las primeras diligencias cuando Gaspar se le acercó, lo cogió de la mano, y, haciendo señas a los milicianos para que lo siguiesen, tomó el camino de la casa del guardabosque.

Al llegar al punto donde estaba el cadáver, lo señaló al juez. Así éste como los que lo acompañaban lanzaron una exclamación de horror. “¡Es el niño Enrique! ¿Cómo ha sucedido esta desgracia?”, preguntaba el juez. Gaspar, haciendo un esfuerzo, refirióle los sucesos de aquella tarde. Todas las sospechas recaían sobre Márquez, a quien de nuevo se buscó inútilmente en su casa. El juez redactó en las habitaciones mismas del antiguo guardabosque la reseña sumaria del suceso, añadiendo a ella las declaraciones de Gaspar y de unos cuantos mozos de la hacienda, que habían ido acudiendo al lugar de la catástrofe.

Había anochecido ya enteramente, y el bosque alumbrado con teas resinosas presentaba siniestro aspecto. Tamerlán continuaba echado junto al cadáver, con el hocico puesto sobre los pies de Enrique.

El juez mandó formar una especie de parihuelas, pusieron en ellas el cadáver, y se dirigieron todos hacia la casa de la hacienda. Cuando llegaron a los aposentos no hallaron un solo catre donde colocar el cuerpo de Enrique, y fue preciso que lo prestara uno de los pocos mozos que habían permanecido adictos a la familia.

Octaviana y Amelia, a quienes según hemos dicho otro de los mozos fue a avisar lo acaecido, llegaron a la hacienda como a las ocho de la noche. Octaviana, luego que vio el cadáver de su hijo, se abrazó violentamente con él y lo cubrió de besos, sin poder derramar una sola lágrima. No así Amelia, que sollozaba arrodillada a los pies del catre. Abriose de nuevo la puerta de aquella habitación, y aparecieron Alberto y el cura. La noticia de la catástrofe había circulado rápidamente por las inmediaciones de la hacienda. Tan luego como llegó a oídos de Alberto, éste acudió por el cura, y mutuamente acompañados entraron a la casa sin acordarse de sus antiguos disgustos con Gaspar, porque en las circunstancias solemnes de la vida los corazones bien formados olvidan todo agravio y resentimiento. El cura, no sin trabajo, consiguió desprender a Octaviana del cuer-

po de su hijo. Alberto permanecía mudo y silencioso, contemplando alternativamente el cadáver y el dolor de su hermosa y desgraciada Amelia. El robo se había cometido al mismo tiempo que el asesinato; no había muebles, no había una sola silla en qué sentarse. Al ver la desolación de aquella casa y de aquellos corazones, el cura, levantando sus ojos al cielo, murmuró algunos de los versículos de Job:

“¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?”. “Apiadaos de mí, porque la mano del Señor me ha tocado”.²⁷

Enseguida abrió un libro de oraciones y, arrodillado ante un solo cirio que había junto al catre, se puso a rezar en voz baja.

Entretanto, un leve incidente debía desatar las fuentes del llanto para Octaviana, y salvarla así de una enfermedad peligrosa y tal vez de la pérdida de su razón. Cuando advirtió lo ensangrentada y sucia que estaba la ropa de Enrique, quiso inmediatamente mudársela, y acudió a las recámaras donde tenía los roperos; mas no halló ni roperos ni ropa, y la idea de que no podía vestir de limpio a su hijo para que lo enterraran la apasionó de tal modo que rompió en gritos y en sollozos, y a poco sus lágrimas abundantes humedecían la estera en que había ido a sentarse. En el exceso de su dolor clamó a Dios desde el fondo de sus entrañas, quejándose de su

suerte. Por la primera vez iba a dudar de su Providencia y de su justicia, cuando la asaltó una idea terrible que la hizo refugiarse en su infinita misericordia. Probablemente la muerte había sorprendido a Enrique en el seno del vicio, privándolo no sólo de esta vida temporal y perecedera, sino también de la presencia de Dios y de la esperanza del cielo. No había, pues, que pensar en reunirse un día con aquel hijo tan amado a pesar de sus extravíos. Y si la idea de tal reunión, de que sale garante nuestra fe, apoyada en las promesas divinas, no basta a calmar los primeros arrebatos del dolor causado por la muerte de un ser a quien amábamos, ¿qué grande no será este dolor cuando a él se junte el temor de que aquella reunión no se efectúe, y de que el alma desprendida del cuerpo reporte una eterna desdicha?

El sacerdote adivinó la naturaleza de los pensamientos a que se entregaba Octaviana y, dejando en el suelo su libro de oraciones, acudió a socorrerla y confortarla.

Alberto había desaparecido del cuarto. Gaspar, sentado en el suelo en uno de los rincones, y con las manos puestas en las mejillas, contemplaba silenciosamente el cadáver, cuyo rostro había sido cubierto con un lienzo blanco.

Cerca de las doce de la noche volvió Alberto con ropa suya y un crucifijo pequeño de madera. Entre él y

Octaviana vistieron a Enrique, y terminada esta operación le pusieron el crucifijo en el pecho, cruzándole las manos sobre la extremidad inferior de la imagen.

El sacerdote continuaba orando. Amelia, con la cabeza apoyada contra la pared y las pestañas llenas de lágrimas, se había quedado por un instante dormida. Tamerlán velaba, echado a sus pies.

A poco de haber amanecido, introdujeron al cuarto una caja fúnebre, mandada traer por Alberto. Éste, ayudado del carpintero, puso en ella el cadáver, sin quitarle el crucifijo. Octaviana se arrodilló en el suelo, besó por última vez a Enrique en la frente, y enseguida se puso a orar. A los primeros golpes del martillo dados para clavar la tapa de la caja, Gaspar salió de su rincón, como si despertara de un largo sueño.

—¡Yo soy, yo soy quien lo he muerto! —gritó, golpeando su cabeza contra las paredes del cuarto—. Mis máximas, mis consejos y mis ejemplos lo han perdido. ¡Octaviana, maldíceme, porque te he hecho infeliz! ¡Amelia, maldíceme, porque te he privado de tu hermano! ¡Hijo mío, mi Enrique, mi primogénito, maldíceme desde el fondo de tu ataúd, porque te corrompí, porque te conduje a la muerte!

Octaviana, después de oír con espanto tales palabras, se dirigía hacia su esposo con los brazos abiertos a consolarlo y a llorar en su seno; pero como si el

esfuerzo hecho por Gaspar al concebir y pronunciar aquellas frases hubiese agotado los restos de su razón, al paroxismo del dolor sucedió en él rápidamente el paroxismo de la demencia. Con la fuerza peculiar de los locos arrancó la tapa del ataúd y rasgó el sudario en la parte que ocultaba el rostro del muerto. Vio con gesto de cólera a Alberto y a Amelia, y exclamó: “¡Afuera los extraños! ¡Que nadie se acerque a la cuna de mi hijo!”. Enseguida se puso a acariciar el semblante amoratado de Enrique.

—Duerme —dijo a Octaviana—. No lo despiertes, porque está enfermo. ¿No ves su color? Bien te decía yo que habían de hacerle daño el viento y la lluvia. No lo saques jamás de la cuna. Pero ¡qué grande está! Ya me parece que lo veo hecho un hombre... Mira, Octaviana, mira cómo tiene bajo la oreja izquierda tu mismo lunar... Todos dicen que se parece a mí... ¿Qué dices tú, Octaviana? ¡Mujer! Tú eres una santa... Pero, dime, ¿duerme mi hijo o está muerto? Sí. ¡Está muerto! ¡Muerto!

Cuando hubo pronunciado Gaspar las últimas palabras, se mesó los cabellos y se salió del cuarto, corriendo hacia los corredores. Alberto acudió tras él queriendo detenerlo; mas era inútil, porque al llegar al extremo del corredor cayó privado de conocimiento. Alberto lo alzó y, con ayuda de un mozo, lo trasladó al cuarto de don-

de entrambos habían salido y le puso en el catre mismo donde había estado durante la noche el cadáver de Enrique, pues no había otro lecho en toda la casa.

¡Qué cosa tan frágil y deleznable es la pobre razón del hombre! Generalmente se extravía desde los primeros años de la juventud, y después que le ha servido de muy poco durante la niñez a causa de no estar completamente formada. La razón se encarga no pocas veces de destruir la fe, de ahogar los sentimientos buenos y generosos y de canonizar las malas inclinaciones y los actos más criminales de la criatura. Y esta luz pura y benéfica que nos ha sido puesta por Dios, y cuya hermosa llama extravía casi siempre el viento de nuestros errores y pasiones, se apaga de repente con la facilidad con que extinguimos una bujía, y el ser humano queda despojado de lo más noble de sus prerrogativas y en el seno de una noche oscurísima. La muerte es mil veces preferible a la enajenación mental.

La de Gaspar, una vez pasado el primer ataque fuerte, degeneró en insensatez apacible. No volvió a reconocer por entonces a los individuos de su familia, y día y noche se estaba encerrado en su cuarto, sin hacer ni hablar cosa alguna y con la vista en el vacío. Jamás opuso resistencia a que le diesen de comer y le mudasen la ropa. Dormía casi nada, y todas las mañanas un criado lo sacaba a pasear por el jardín.

Pero no anticipemos la relación de los sucesos posteriores.

A las diez de la mañana de que hablamos, el cadáver de Enrique era trasladado a la capilla de la hacienda, que no había vuelto a abrirse desde el día que la cerró Gaspar en su manía reformista. Grande fue la emoción que sintieron Octaviana, Amelia y las gentes piadosas del lugar cuando giraron hacia dentro las altas y toscas puertas de la pequeña iglesia. El pavimento estaba cubierto de polvo y las arañas comenzaban a cruzar sus hilos frente al altar. Mandó el cura que colocasen unos cajones en el centro de la capilla; cubriéronlos con un paño negro y encima pusieron el ataúd. El sacerdote se revistió allí mismo, pues la sacristía estaba ocupada con la escuela de artes y oficios, y enseguida celebró misa de difuntos. El silencio de la capilla no era interrumpido sino por el cura que recitaba a media voz las oraciones latinas, y de vez en cuando por los sollozos de Octaviana.

Terminada la misa, el cura subió al púlpito, pidió a sus feligreses oraciones por el alma de Enrique, lo puso ante ellos como ejemplo desgraciado del fin a que se llega siguiendo extraviados senderos; hizo patente la inmensa desgracia de toda aquella familia cuyo jefe había sido privado de la razón por las secretas disposiciones del Altísimo, acaso en justo castigo de sus errores. Lamen-

tó los excesos a que se habían entregado en los últimos días los habitantes de aquellos campos, y les recordó sus antiguas religiosidad y morigeración, excitándolos a recobrarlas y a trabajar empeñosamente para acudir de un modo honesto a las necesidades de sus propias familias, y a ayudar a la del propietario a salir de las angustias en que se hallaba a causa del mal estado de la hacienda. La voz del cura hizo profunda impresión en el ánimo de aquellos proletarios que sólo habían cosechado disgustos, remordimientos y miseria de su reciente desmoralización. Comparaban su vida anterior, monótona, pero exenta de agitaciones y desórdenes, con la vida en que los inició Gaspar prometiéndoles felicidad y abundancia y dejándolos sin tranquilidad y sin pan que dar a sus hijos.

Operose allí, pues, una reacción saludable en el ánimo de los oyentes, y no dejaron éstos de comunicar sus propias ideas a los mozos de la hacienda que no habían acudido a presenciar los humildes funerales de Enrique. De este modo se preparaba sólidamente la reorganización moral y material de aquella pequeña población por la cual había pasado como un azote de Dios la monomanía reformista. El sacerdote, lanzado del santuario en nombre de la felicidad y el adelanto común, volvía a aparecer tras tantas desdichas a enjugar las lágrimas, a detener el retroceso hacia la barbarie; a

reunir los escombros y a edificar nuevamente con ellos lo que habían destruido sus enemigos.

Terminada la breve y tierna plática del cura, Enrique fue sepultado en el cementerio de la capilla, y se erigió una cruz sobre la tierra que cubría su cadáver.

Las lágrimas de la desgraciada madre eran inagotables. Se arrodilló en el suelo y apoyó su frente contra el pie de la cruz levantada sobre la tumba de su hijo. No podía resignarse con la suerte que acaso hubiera tocado en la eternidad a Enrique. El cáliz de amargura se había llenado para ella hasta donde no es posible apurarle. De nuevo acudió en auxilio suyo el sacerdote. La levantó cariñosamente y, dirigiendo su propia diestra al cielo, entoldado por las nubes de otoño, le dijo: “Orad y confiad en el Señor”.

XII RECONSTRUCCIÓN

Las diligencias practicadas por el juez dieron por resultado el conocimiento íntimo de que Enrique había sido asesinado por Márquez; pero así éste como los mozos testigos del homicidio no volvieron a aparecer.

En cuanto al saqueo de la casa principal de la hacienda, como la mayor parte de los proletarios resultarían comprometidos en él, y como en cierto modo habían sido impulsados al crimen por la necesidad y el desorden de que eran víctimas, Alberto y Octaviana suplicaron al juez que no emprendiese averiguación alguna.

Tres o cuatro días después del entierro de Enrique volvió el antiguo administrador que, a semejanza del juez y del sacerdote, había salido en virtud de las reformas de Gaspar. El tiempo de su ausencia habíale pasado en una hacienda inmediata, entregado al estudio y al ensayo de diversos instrumentos y nuevos procedimientos agrícolas. Por consejo de Alberto, Octaviana

le encargó todo lo relativo a la hacienda, sin reservarse ni dar a tercera persona facultades de ningún género.

Con el conocimiento práctico que el administrador tenía de las personas y del local, comenzó por despedir a los proletarios viciosos e incorregibles, a fin de que no contaminara a los demás su ejemplo. Dispuso que fuesen inmediatamente devueltos a la casa principal de la hacienda los muebles o la ropa que a consecuencia del saqueo hubiesen quedado en poder de los mozos o de sus familias, y así se cumplió, habiéndose logrado rescatar la mayor parte del mobiliario de la casa, pues como las primeras providencias judiciales comenzaron a ser dictadas la tarde misma del saqueo, no había habido lugar de que extrajesen de la hacienda los objetos robados a fin de procurar fuera de ella su venta.

Esperaban los mozos que el administrador los arenaría; pero se guardó muy bien de hacerlo; era amigo de obras y enemigo de palabras inútiles. En vez de dirigir una alocución a sus trabajadores, los citó la misma tarde del día en que volvió, para las cuatro de la mañana siguiente, a fin de distribuirles él la tarea. Por la primera vez, después de algunos meses, se oyó resonar de nuevo el *Alabado*, y enseguida el administrador se puso al frente de las cuadrillas de operarios, recorriendo con ellas los terrenos y señalando a cada uno su parte de trabajo. Fue preciso cortar las antiguas plantaciones de

caña, dejadas pasar por el dueño, y hacer otras nuevas, después de rozar algunos terrenos que habían permanecido ociosos. Hizo sembrar maíz y cebada en abundancia, a fin de proveer a las necesidades de los mozos y del ganado mular indispensable a los trabajos de la finca, sin tener que comprar los cereales a las haciendas de las inmediaciones. Con la seguridad del buen resultado, hizo aplicación de arados nuevos y económicos y de otros instrumentos de labranza que, como dijimos, había ensayado detenida y concienzudamente durante su ausencia. Dirigió él mismo con actividad e inteligencia el arreglo y aseo de las diversas oficinas y la reparación de la maquinaria de los trapiches, introduciendo en ellos considerables mejoras.

Como el administrador de quien hablamos gozaba de crédito, para hacer frente a los primeros gastos halló comerciantes que le supliesen dinero a cuenta de efectos, sin gran sacrificio; reanudó así las antiguas relaciones de la hacienda y aseguró compradores para los frutos. Por otra parte, nunca es estéril el sudor que cae en los surcos abiertos por el arado; la tierra agradece y recompensa el trabajo del hombre, dándole ciento por uno. Pocos meses después, el color pardusco de los terrenos desaparecía bajo un espeso tapiz de follaje verde o amarillo, que alegra la vista de los campesinos; había pasado la estación de las aguas y se aproximaba el

invierno con sus terribles heladas, que suelen destruir en una sola noche el trabajo y la esperanza de muchos días; pero Dios quiso preservar de todo daño aquellas plantaciones que formaban cuadros inmensos en la falda de los montes y que ondeaban majestuosamente al impulso del viento, a semejanza de las aguas del océano. Levantose la cosecha; los graneros se llenaron; los haces de caña formaban pirámides en la llanura y el ruido de la maquinaria comenzó a hacerse oír en las oficinas; los panes de azúcar, blancos como la nieve, brillaban en los asoleaderos y eran enterciados a toda prisa; atajos de mulas cargadas comenzaron a recorrer en todas direcciones los caminos y sendas; hubo dinero abundante para las rayas; hubo maíz en abundancia para las familias de los proletarios; hubo desahogo y comodidades para la familia del amo.

En cuanto a la inmoralidad y el vicio, habían desaparecido ya casi del todo. La posesión de las cosas necesarias a la vida quitaba del corazón de los mozos el aliciente más poderoso que hay para el hurto, y respecto de la embriaguez y el juego no les quedaba tiempo para entregarse ni a una ni a otro. Pasaban todo el día en el campo y las oficinas, y volvían de noche a sus cabañas con buen apetito y excelente humor. El día de fiesta era empleado por ellos en oír la misa y la plática del sacerdote; en percibir y distribuir la raya de la semana,

y en ir con sus familias a la ciudad inmediata a comprar algunos comestibles o ropa para sus hijos. Éstos, como antes, eran instruidos por Octaviana y Amelia en sus deberes religiosos y aun en las primeras letras. Poco después el administrador estableció una caja de ahorros donde los proletarios iban juntando su dinero sobrante, a fin de pagar un preceptor que se dedicara exclusivamente a la enseñanza de sus hijos, y hacer frente a los gastos extraordinarios de casamientos, enfermedades y entierros. De este modo se logró que los mozos no estuviesen como vendidos a la hacienda, sin carecer por ello de cuanto pudieran necesitar.

Indecible es el horror que el administrador había cobrado a la reforma intentada en la hacienda, como que nadie había palpado a semejanza de él sus perniciosos efectos. En unos cuantos días que faltó su dirección, las siembras se habían perdido, los trabajos estaban paralizados, la finca sin crédito ni dinero, y los proletarios desmoralizados al extremo de robar al amo a su propia vista. Pero, a la vuelta de pocos meses, todo el mal quedaba remediado, según hemos dicho, y la fortuna volvía a sonreír a Gaspar respecto de intereses, si bien su insensatez no daba señales de disminuirse.

Por aquellos días tuvo lugar un incidente que no estará de más referir. El establecimiento de educación de *monsieur* Dionisio tocaba rápidamente a su ruina, des-

pués de haber pasado por todas las fases del descrédito. El profesor omniscio, acosado de sus acreedores y deseoso de levantar de nuevo su casa, se acordó de la amistad y de las ofertas de Gaspar, y tomó a caballo y acompañado de un mozo el camino de la hacienda, presentándose en ella a título de maestro de Enrique y de amigo de su padre.

—El niño Enrique —dijo al administrador, después de saludarlo desdeñosamente— es un mochacho de muy buenas esperanzas. ¡Lástima que no haya querido terminar los cursos!

El administrador, que tenía abundantes noticias acerca de *monsieur* Dionisio y de su colegio, por toda respuesta lo atrajo al cementerio de la capilla y le enseñó la tumba recién construida, refiriéndole breve y secamente el fin trágico de su discípulo. *Monsieur* Dionisio se quedó estupefacto.

Quiso, sin embargo, ver a Gaspar, a fin —decía— de explicarle que la desgracia de Enrique era obra de la fatalidad y de la conformación de su cráneo, probando esto último hasta la evidencia con citas oportunísimas de Gall.²⁸ Abrió el administrador el cuarto de Gaspar, y apareció éste sentado en un rincón y teniendo la mano puesta en la mejilla. A las primeras palabras que le dirigió en vano, comprendió *monsieur* Dionisio que su antiguo correligionario de ideas acerca de la enseñanza no

lo conocía y que estaba insensato. Retrocedió horrorizado y pudo apenas dirigir una frase banal de despedida al administrador, quien le contestó con una mirada de reconvención y desprecio.

XIII VOTOS CUMPLIDOS

A sí como un rayo de sol suele alegrar por un momento los días más opacos del otoño, un día todo de júbilo y de felicidad doméstica, después de las desgracias acaecidas, vino a interrumpir la existencia monótona y triste de Octaviana y Amelia. Ésta se casó con Alberto, y amante y dichosa, pero con los ojos llenos de lágrimas de ternura, pasó de los brazos de su madre a los de su esposo. ¡Momento solemne en la vida de la mujer! Con él sueña la joven prometida, y él constituye el recuerdo más grato de la madre de familia.

Octaviana, en su calidad de tal, no quiso dejar transcurrir todos los meses de luto por la muerte de Enrique sin casar a su hija. La demencia de Gaspar no daba trazas de alivio; y ¿qué haría Amelia sola en el mundo, si su madre le llegase a faltar por una desgracia? Octaviana comunicó sus temores al párroco, y el venerable sacerdote le aconsejó que sin más dilación uniese el destino de Amelia al de Alberto.

Éste no cabía en sí de gozo; pero tenía que contenerlo para no lastimar la tristeza crónica de Octaviana, cuya faz, tan alegre y despejada en tiempos anteriores, oscurecíase ahora frecuentemente con el recuerdo del fin trágico de Enrique y del terrible estado que guardaba la razón de su esposo. Cuando se detenía a examinar las nobles cualidades de Amelia y su amor entrañable a Alberto, asaltábala un pensamiento desgarrador. Dotada ella misma de sensibilidad, de resignación y, en suma, de todas aquellas disposiciones de carácter que constituyen otras tantas probabilidades de disfrutar la dicha doméstica, había caminado por sendas muy distantes de ella, en sus días de esposa y de madre. El dolor la había visitado bajo todas sus formas; perdió primeramente el cariño de su esposo, flor nacida y muerta en el arenoso desierto de aquel corazón sin ternura; enseguida vinieron las luchas de autoridad entre ella y Gaspar respecto de la educación de los hijos; el extravío de las ideas religiosas y morales de su esposo y las primeras señales del mal corazón de Enrique; por último, el homicidio, la demencia y la miseria, posesionándose de su hogar. ¿Son éstas las recompensas que da el cielo a las pobres criaturas que confían en sus promesas y se entregan a la espinosa práctica de las virtudes? ¿No contrasta singularmente la triste suerte de los buenos con la insolente prosperidad de los malos? Octaviana

desechaba de sí tal pensamiento, diciendo a su atribulado espíritu con Bartolomé de Argensola: “¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?”.²⁹

Octaviana, vuelta a sus sentimientos religiosos de que el dolor la separaba por un momento, como para más afirmarla en ellos después de haberla hecho sentir las angustias de una alma herida que vaga por los abismos de la duda y del raciocinio humano, recordaba que no es la tierra el lugar donde se recoge el premio de las buenas obras, y que es preferible a la prosperidad del impío la tranquilidad de una conciencia limpia, aun cuando el corazón se halle traspasado por los dardos todos del dolor. “No hay desgracia capaz de abatir al varón recto”, había dicho la filosofía antigua.³⁰ En cambio, los filósofos modernos, desconociendo la tradición religiosa y negando la revelación cristiana, borran la perspectiva de la vida futura, consideran la felicidad material como el único destino del hombre en la Tierra, y sus discípulos, desesperando de alcanzarla, blasfeman de Dios, y para librarse de sus padecimientos recurren al suicidio. La filosofía moderna ofrece a los hombres, por término de su carrera, la nada; ¡la religión les ofrece la inmortalidad y el cielo!

Y luego, ¡hay tantos motivos de alegría en el seno mismo del dolor y de la resignación, para las almas que creen y esperan! El aspecto de la naturaleza las encanta,

y detiene su contemplación más que si fueran dichosas; el sol brilla todos los días para el pobre y el rico, para el feliz y el desgraciado; los pájaros, los vientos y los ríos no ensayan su música armoniosa en los palacios de los grandes, sino en el fondo de las soledades; las flores del campo brillan en la ventana del pobre; la luna durante la noche acompaña a los enfermos y a los tristes, y las notas del órgano bajo las altas bóvedas del templo hablan un mismo idioma a los poderosos y a los débiles, a los ignorantes y a los sabios. Nunca cierra la alegría el arca de sus tesoros a quien da limosna o se consagra de algún modo al bien de sus semejantes. Ella es hija de la piedad y de la misericordia; pero también brota de la abnegación de sí misma, y acompáñala entonces una aureola de luz enteramente celestial. Octaviana ya no echaba de menos su propia felicidad ante la felicidad de su hija; gozaba en ella y con ella sentía renacer su antigua juventud, la primitiva frescura de sus ideas y de sus sentimientos. Amelia era el virginal capullo que iba a desarrollarse al influjo del sol y de las brisas tibias de la mañana; la vara de donde había brotado el capullo se enorgulleció de él y gozó con él. Por eso Octaviana, al prender en los cabellos de su hija, y sobre el traje negro de la hermana que llora la muerte de su hermano, el velo blanco de la desposada, antes de conducirla al altar, apareció joven y bella a los ojos de Alberto. Nada

embellece y rejuvenece a una madre como la dicha de sus hijos.

Alberto asistía impaciente a los últimos pormenores del sencillo adorno de su novia. Desde algunos meses atrás había colgado la paleta y los pinceles para lanzarse en las especulaciones de la agricultura y del comercio, porque las bellas artes, por regla general, son ingratas bajo el aspecto de la prosperidad material con quienes las cultivan, y toda la gloria del mundo no basta para que se alimenten la mujer y los hijos. Conocida es la preciosa alegoría en que uno de los grandes maestros de la literatura alemana, Goethe, nos pinta a la Fortuna distribuyendo todos los bienes de la Tierra, y al poeta llegando demasiado tarde al reparto, por haberse entretenido en soñar y cantar. Pero como si una especie de maldición pesase sobre los adeptos de las musas, no basta que deserten de las faldas del Parnaso y que dirijan sus naves hacia Tiro y Cartago. Mercurio, a ruegos, tal vez, de las irritadas hermanas, les niega sus dones, y ellos en su nueva carrera no hacen letra, como vulgarmente se dice. Alberto, metido a agricultor y comerciante, repugnaba escamotear a los trabajadores el salario y al fisco la alcabala; por lo mismo llevábanle ventaja sus compañeros, ya en el precio de las ventas, ya en la ganancia líquida de los negocios. No se había resuelto a echar al hombro, liadas en un hatillo, la dignidad y la conciencia, y las personas

que le imitan suelen avanzar muy poco en el camino de la prosperidad mundana, si bien gozan de otros bienes no otorgados a las almas vulgares y corrompidas.

Alberto era pobre, pero honrado en la verdadera acepción de esta hermosa palabra. Los principios en que había sido educado fueron severos, y sus pasos en la carrera de la vida correspondieron a sus principios. Supo, además, evitar los dos grandes escollos en que naufraga la juventud inteligente de nuestros días: la política y la ambición de renombre. Detestaba las funestas exageraciones de la primera, y si bien cumplía todos los deberes de ciudadano, jamás se creyó encargado de la alta misión de regenerar a su patria, o de, lo que suele ser lo mismo, trastornarla. Entregado al cultivo de las artes, jamás se creyó notabilidad en ellas; nunca abrió al público las cortinas de su obrador para cosechar el aplauso de los necios y la envidia de los ignorantes. Desde que conoció y amó a Amelia, no tuvo más pensamiento ni otra aspiración que ser feliz a su lado. Empleole su tío, según hemos dicho, en el arreglo y la administración de algunas de sus posesiones, y pudo así asegurar lo estrictamente indispensable para el sostenimiento de una familia, sin meterse de nuevo en especulaciones que le habían sido adversas.

El tocado de Amelia estaba terminado, cuando se abrió la puerta del cuarto y aparecieron el cura y unos

parientes de Octaviana que iban a servir de padrinos. Amelia estaba hermosa como la inocencia y el amor; cumplimentáronla los recién llegados, y el novio le presentó un ramillete formado con flores de aquellas que acariciaba Amelia en el jardín la tarde en que tuvo lugar la primera declaración de Alberto.

Salieron todos de aquel aposento y entraron en el de Gaspar. Éste había ya dejado el lecho, falto de sueño como siempre, y ocupaba el rincón de costumbre, cubriéndose la cara con las manos. Al ruido que hicieron los entrantes, alzó la vista y la fijó distraídamente en ellos. No pareció reparar en el adorno de Amelia ni en la presencia de personas extrañas. Acercósele el cura, le dirigió en vano expresiones cariñosas, tomó su diestra, que Gaspar cedió dócilmente, la colocó extendida sobre la cabeza de Amelia y bendijo a la joven a nombre de su padre insensato. Enseguida se dirigieron a la capilla, dejando a Gaspar al cuidado del criado que lo asistía, y el cura dio la bendición nupcial a aquellos jóvenes que temblaban casi imperceptiblemente, como dos tiernas hojas de un árbol agitadas por el viento. Por último, acabó de revestirse el sacerdote y celebró una misa para que se velaran los casados.

Siempre había sido religioso Alberto; pero en aquel momento, viéndose arrodillado junto a su compañera, junto a aquélla cuya existencia y cuya felicidad le aca-

baban de ser confiadas por la Iglesia como un depósito sagrado, oró con más fervor que nunca, pidiendo al cielo fortaleza, constancia y benevolencia en el desempeño de sus nuevos deberes; pidióle que jamás se debilitaran el mutuo cariño ni la confianza mutua de los esposos; que en los cuidados, lo mismo que en las prosperidades, reinaran en el hogar la tranquilidad y la alegría; pidióle que las manos de Amelia cerrasen sus ojos al sueño de la muerte en el término de la vida.

Cuando atravesaba la comitiva el cementerio de la capilla para volver a la casa, Octaviana se arrodilló frente a la cruz que coronaba el sepulcro de Enrique. Los demás imitaron su ejemplo y oraron como ella, en silencio. Al levantarse, Alberto estrechó con efusión en sus brazos a la madre de su esposa. Octaviana había perdido un hijo, pero el cielo le daba otro desde aquel día, en recompensa de sus virtudes.

Nada hubo en la hacienda de lo que el mundo llama fiestas de boda. A semejanza de los novios de quienes habla Charles Nodier en *La novena de la Candelaria*,³¹ Alberto y Amelia dejaban ver en sus semblantes un júbilo grave y reposado. Los acentos de la orquesta, las pisadas del baile no resonaron en aquellas salas sombrías donde se habían representado recientemente escenas de muerte y de angustia; aún vagaban por allí los suspiros y permanecían sin secarse las lágrimas del

amor maternal, y de vez en cuando el rostro de Gaspar dejaba ver su insensatez a la media luz de los aposentos casi desiertos. Pero el día estaba despejado y hermoso; brillaba el sol en los estanques, en las sementeras, en las copas de los árboles y en las flores; pasaba una que otra mariposa volando frente a la ventana, y ya Amelia no sentía deseos de correr tras ellas. La naturaleza aparecía animada como si estuviesen ya de vuelta los meses de la primavera. La alegría reinaba en el corazón de los esposos.

—¿Me amas? —preguntó Alberto a Amelia después de besarla en la frente.

La joven ocultó su rostro, radiante de júbilo, y al mismo tiempo ruborizado, en el seno de la madre.

—Alberto, yo te respondo para siempre del corazón de Amelia —le dijo Octaviana.

XIV CONCLUSIÓN

Habían transcurrido seis meses. Alberto y Amelia siguieron habitando en compañía de los padres de la segunda la casa de la hacienda, y cada día eran mayores la unión y el afecto entre la madre y los hijos. Alberto había sido favorecido de la suerte, y comenzaba a echar los cimientos de una fortuna tan sólida cuanto honrosamente formada. La hacienda seguía prosperando en manos del administrador. El crédito de Gaspar estaba completamente restablecido, y en cuanto a su insensatez, había casi desaparecido de diez días a aquella parte, merced a las prescripciones de un médico hábil y, sobre todo, al cuidado y cariño de su familia.

Hemos dado al lector las noticias indispensables para que llene el espacio de tiempo durante el cual abandonamos la quinta. Hecho esto, lo introduciremos a la sala de la casa, al mismo tiempo que entra en ella un rayo de sol por la ventana que mira al poniente.

Octaviana leía un libro piadoso. Gaspar, envuelto en una ancha bata de zaraza y con un gorro negro de

lana en la cabeza, estaba sentado en su poltrona, cerca de una mesa donde había libros y papeles en desorden. Gaspar estaba hecho un viejo, y los cabellos blancos no imprimían a su rostro el sello de bondad y dulzura que caracteriza, por lo común, la fisonomía de los ancianos. Amelia registraba los cajones de un estante, sacando de ellos diversas ampollitas de color que iba colocando cuidadosamente en una charola.

—¿Qué estás haciendo, Amelia? —le preguntó su padre.

—Buscando algunos colores que había guardado a Alberto en el estante.

—¿Y para qué quiere Alberto los colores?

—Está sacando una vista del prado de la lechería, y después va a hacer mi retrato.

—¡Hum! —murmuró el viejo—. ¡Volvemos a las artes y a las locuras!

Amelia, con la charola en una mano, se acercó a su padre, cerró cariñosamente sus labios con la otra mano, y enseguida corrió como una niña hacia el cuarto de Alberto, para no oír lo que acerca de él siguiera diciendo Gaspar.

Amelia conocía perfectamente a su padre. Éste continuó, dirigiéndose a Octaviana que cerró su libro y se dispuso a oírlo con paciencia angelical:

—Semejante casamiento, como cosa hecha por mu-
jeres y frailes, no puede dar buen resultado; ya te lo he

dicho, Octaviana. Si ustedes hubiesen esperado a que yo sanara, las cosas se habrían arreglado de muy diverso modo.

Silencio completo de parte de Octaviana.

—¡A bonito mequetrefe me han dado ustedes por hijo! No sabe más que pintar muñecos y países de abanicos. Parece una dama según lo melindroso y delicado; jamás le he oído una expresión enérgica, que revele alma, corazón, inteligencia y vida.

El mismo silencio de parte de Octaviana.

—¿Y en cuanto a ideas? ¡Oh! ¡Vale más no hablar! ¡A su edad, y cuando ya todos los jóvenes se han creado un nombre público, él no ha sido todavía diputado, pero ni alcalde, pero ni guardia nacional, pero ni simple elector primario! ¡Con razón! Es una momia del siglo xvii. El tiempo ha marchado para él en vano. El progreso no se hizo para todos. Le he perorado horas enteras, y siempre inútilmente. El idiotismo católico está pintado con todos sus caracteres en su semblante. A mis ideas de reforma social y religiosa opone la autoridad del papa y de los concilios.

El auditorio, reducido a Octaviana, sigue guardando silencio.

—Finalmente, Amelia no puede ser feliz con un hombre así, y es preciso que Alberto salga de mi casa cuanto antes.

—El día que tú lo quieras lo seguiré su mujer. Sólo a instancias más consintieron en seguir viviendo con nosotros; y en cuanto Alberto vio que te aliviabas, habló de poner casa y separarnos.

—Bien sabe que yo no lo trago. Pero se irá él solo; no se ha de llevar a mi hija.

—Es su mujer.

—Entablaremos demanda de divorcio. La perpetuidad del matrimonio es un absurdo. La ley no debe autorizar contrato alguno en que se estipule la pérdida irrevocable de la libertad. Sí, señor; pediremos el divorcio.

—Si ella quiere pedirlo, está bien.

—Y si quiere sostener a Alberto el administrador, según lo tiene de costumbre, echaré a entrambos a pasear. ¡Buenos males está causando en la hacienda el tal administrador! Los mozos se han vuelto nuevamente fanáticos y degradados, el cura campea aquí con todos los humos del incienso y las farándulas de la sotana.

—¡Cállate, Gaspar; no desatines! ¿Ya no te acuerdas de todo lo que acaeció con motivo de tus reformas?

—¿Qué acaeció?...

Al oír tal pregunta, Octaviana manifestó asombro, e iba a contestar con señales evidentes de dolor; pero le asaltó una idea y se contuvo. Desde que Gaspar había medio vuelto a la razón, no daba señales de acordarse

de Enrique ni de su fin trágico y funesto. Octaviana no quiso tocarle este punto.

—¿Ya no te acuerdas de la paralización de los trabajos, de la desmoralización de los mozos, de la miseria de la hacienda y del saqueo de nuestra casa? ¿A qué puedes atribuir todas esas calamidades sino a tus llamadas reformas?

—¡Oh, ceguedad y obstinación! ¿Sabes tú, mujer, lo que ocasionó esos males? Pues no fue sino el elemento antiguo, o sea, el espíritu de rutina queriendo oponerse a la reforma; él provocó todos esos desórdenes de que te quejas, y que, sin embargo, son indispensables al establecimiento de un buen régimen. Cuando las ideas y los elementos antiguos cedan completamente el puesto a los nuevos, cesará toda pugna, y los pueblos y las haciendas serán felices, Octaviana.

—No lo dudo, Gaspar; pero ¿cómo no pudiste tú obtener todos esos bienes en tu hacienda?

—¡No había llegado mi época!

—¿Ni llegará?

—Sí; tiene de lucir el gran día de la fraternidad y de la libertad universal.

—Pues, si por lo pasado hemos de juzgar de lo futuro, ese día nos quedamos sin camisa, Gaspar.

—¡Nada importan los hechos ante el triunfo de las ideas! Pero me parece que llaman a la puerta...

Octaviana acudió a abrir, y un mozo presentó a Gaspar hasta una docena de cartas que habían llevado de la ciudad inmediata. Es manía de todos los supuestos hombres de Estado escribir muchas cartas a fin de mantener por tal medio su popularidad y sus relaciones políticas, que continuamente ponen ellos al servicio de su propia ambición. Gaspar, tan luego como se alivió de su enfermedad mental, había escrito a sus antiguos compañeros de Congreso, y éstos le contestaron reprochándole la oscuridad a que voluntaria y caprichosamente se había retirado, y excitándolo a volver a la escena pública. La ocasión no podía ser más propicia, le decían: una nueva revolución liberal estaba en vísperas de triunfar, y el departamento H... a nadie podría enviar al Congreso mejor que a su antiguo representante.

¿Habéis leído la magnífica pintura que hace Job del caballo? Su cuello se estremece, sus narices se abren arrojando humo, y de su boca salen copos de blanquísima espuma y relinchos sonoros al oír las notas del clarín que le llama a la guerra.³² Pues cosa análogasucedió a Gaspar. Leyendo las excitativas de sus antiguos camaradas, sintió que se le democratizaba la sangre y que era capaz de trastornar el mundo, quiero decir, de reformarlo. Púsose en pie, lanzó al aire el gorro de lana con ímpetu varonil, y en tono de profética inspiración arengó durante media hora a su mu-

jer, quien, por toda respuesta, abrió de nuevo su libro de oraciones y se puso a recorrer sus páginas. Gaspar se proponía organizar las nuevas elecciones tan luego como recibiera la primera noticia del triunfo definitivo de la revolución. Pero faltábale leer una carta que permanecía en la mesa, cerrada todavía, y cuya dirección escrita en el sobre con hermosísima letra inglesa llamaba desde luego la atención. Rompió la neta y se puso a devorar el contenido.

La carta era de *monsieur* Dionisio. ¡Otra vez el pedagogo!

Mi querido señor —le decía—. El partido jesuita ha consumado aquella parte de sus planes relacionada con la ruina de mi establecimiento de educación científica, moral y política. Es por esto que lo cerré cuando no me quedaban más que cuatro alumnos, y ahora trabajo empeñosamente en la revolución que presto libraré de casacas y de sotanas a la desgraciada sociedad del Meccico. He de merecer a usted que, tan luego como vuelvan los buenos días, influya para que se me conceda la prefectura de H... o, en último extremo, la secretaría del ayuntamiento. Las tareas de la educación me han hastiado. El Meccico está todavía en un atraso verdaderamente *sauvage*.

Meses pasados estuve en la hacienda de usted; pero lo hallé enfermo. Mi objeto era explicarle las protube-

rancias del cráneo de Enrique, las cuales, según el sistema de Gall, debían conducirlo a una muerte trágica y violenta.

Acepte, usted, señor, las marcas de mi estimación y respeto.

Dionisio Labête

Cuando Gaspar hubo leído las últimas líneas, una aparición terrible brilló en los abismos de su memoria; zumbáronle los oídos de un modo extraño, miró a su alrededor con aire de asombro, agolpósele la sangre a la cabeza y cayó al suelo exclamando:

—¡Hijo mío! ¡Mi Enrique! ¡Mi primogénito!

Octaviana, Amelia y Alberto acudieron al oír sus gritos, y lo hallaron sin sentido; pusieronle en la cama, y cuando volvió en sí apareció de nuevo la estupidez pintada en su rostro, ¡y tal vez para siempre!

Daba fin la historia con estas líneas, y acababa de ser leída en una tertulia de invierno, cuando de uno de los extremos del estrado salió una voz infantil preguntando:

—¿Y Tamerlán?

—Tamerlán —respondió Antenor a la niña— murió de pura vejez y fue sepultado con sus respectivos honores en el jardín de la casa.

Cuando llegó a mis manos el manuscrito de *La quinta modelo*, vi que su autor, por vía de moraleja, había escrito al pie de él la siguiente frase:

¡Ojalá que —siendo, como es, uno mismo el remedio— los males causados por la demagogia a todo un pueblo fuesen tan fáciles de remediar como los que causa un loco en una quinta!

Pero tales palabras estaban borradas, y creo que el autor no hizo mal en tacharlas. El fin moral de la obra es evidente, y los lectores son muy entendidos.

México, septiembre de 1857

NOTICIA DEL TEXTO

La quinta modelo se publicó por primera vez en el tomo V del semanario de corte conservador *La Cruz* (1855-1858) entre el 21 de mayo y el 17 de septiembre de 1857. Todas las entregas, excepto la última, en la que aparece el nombre de José María Roa Bárcena, se firmaron con el seudónimo de Antenor. El itinerario de la publicación de los capítulos fue:

Capítulo I. “La vuelta a la patria”, núm. 2, 21 de mayo de 1857, pp. 56-60.

Capítulo II. “La familia”, núm. 3, 28 de mayo de 1857, pp. 84-88.

Capítulo III. “Preparativos para desempeñar una alta misión”, núm. 5, 11 de junio de 1857, pp. 147-152.

Capítulo IV. “Augustas funciones legislativas”, núm. 7, 25 de junio de 1857, pp. 215-222.

Capítulo V. “Enrique en el colegio”, núm. 9, 9 de julio de 1857, pp. 283-290.

Capítulo VI. “Amelia”, núm. 11, 23 de julio de 1857, pp. 366-372.

Capítulo VII y capítulo VIII. “El progreso en la quinta” y “Roma desarmada y vencida”, núm. 13, 6 de agosto de 1857, pp. 439-446.

Capítulo IX y capítulo X. “Lo que se siembra se cosecha” y “Cómo fue el homicidio”, núm. 15, 20 de agosto de 1857, pp. 507-513.

Capítulo XI. “Dolor de madre”, núm. 17, 3 de septiembre de 1857, pp. 586-590.

Capítulo XII. “Reconstrucción”, núm. 18, 10 de septiembre de 1857, pp. 617-619.

Capítulo XIII y capítulo XIV. “Votos cumplidos” y “Conclusión”, núm. 19, 17 de septiembre de 1857, pp. 649-656.

Trece años después de la publicación en el semanario, es decir en 1870, la imprenta de F. Díaz de León y Santiago White publicó la obra *Novelas de José María Roa Bárcena. Originales y traducidas*. Se trataba de una recopilación en la que agruparon diferentes escritos, uno de ellos era *La quinta modelo*.

Del mismo modo, otros periódicos de la época se encargaron de la publicación de la novela. A partir del 6 de enero de 1894 y hasta el 11 de febrero del mismo año, *El Tiempo Ilustrado* la reprodujo, también por entregas.

Ya entrado el siglo xx, Victoriano Agüeros dedicó algunos tomos de su Biblioteca de Autores Mexicanos a la producción de Roa Bárcena. Para 1911, en el co-

rrespondiente al tomo 77 de la colección, se incluyó *La quinta modelo*.

En 1984, bajo la planeación y producción de la Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes y la editora de libros Premià, se publicó *La quinta modelo* dentro de la segunda serie de la colección La Matraca. En el 2000 Factoría Ediciones, en su colección La Serpiente Emplumada, publicó una serie de obras de Roa Bárcena, prologada por Leticia Algaba, titulada *Novelas y cuentos*, en la cual se incluyó *La quinta modelo*.

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA
TRAZO BIOGRÁFICO

José María Roa Bárcena nació en Xalapa, Veracruz, el 3 de septiembre de 1827, en el seno de una familia acomodada y fervientemente conservadora. Escritor, periodista, historiador, traductor y crítico (tío de la escritora María Enriqueta Camarillo).³³ Desde temprana edad se dedicó al comercio; sin embargo, siempre mostró inclinación por las letras.

En 1853 llegó a la Ciudad de México, donde confirmó su vocación por la escritura y estableció relaciones con personalidades del mundo literario, como José Joaquín Pesado, con quien entabló una gran amistad. Siempre se mostró fiel a sus ideales políticos y religiosos, huella que dejó marcada en toda su producción.

Fue colaborador de las publicaciones periódicas *El Universal*, *El Eco Nacional*, *La Sociedad* y *La Cruz*. Sobresale esta última, que fungió como uno de los principales pilares de la defensa del conservadurismo católico a mediados del xix. Durante este periodo varias de sus obras, de tendencia romántica, fueron publicadas en

los periódicos por primera vez: *Una flor en su sepulcro* (1850), *Aminta Rovero* (1853) y *Buondelmonti* (1856). El escritor xalapeño es considerado un cultivador notable de la novela corta en México gracias a *La quinta modelo*, publicada en el semanario *La Cruz* a partir de mayo de 1857, obra vital para comprender el conservadurismo defendido por el autor.

Roa Bárcena también escribió poesía, leyenda, cuento, biografía, ensayo y crítica de arte. Pese a su basta producción poética (principalmente de temas religiosos y moralizantes), su labor no ha sido tan reconocida por la crítica literaria, quien ha atendido, en mayor parte, a su prosa. Entre sus obras en verso destacan *Leyendas mexicanas: cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos* (1862), donde buscó conjuntar las tradiciones prehispánica y colonial con la herencia bíblica.

Las inquietudes históricas y políticas de Roa Bárcena no estaban apartadas de su producción literaria, como lo demuestran sus *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848* (1883).

Aclamados por la crítica, sobresalen los cuentos compilados en *Noche al raso* (1865), además de “Lanchitas” (1878) y “El rey y el bufón” (1882).

El también miembro fundador de la Academia Mexicana de la Lengua (1875) murió en 1908 en la Ciudad de México, a la edad de 81 años.

NOTAS

¹ Ignacio Manuel Altamirano, “El maestro de escuela”, en “*Bosquejos*” en *El Federalista*, 20 de febrero de 1871, pp. 1-3 y *La navidad en las montañas*, en *Obras completas V. Textos costumbristas*, México, Conaculta-FCE, 1986, pp. 100-147.

² Cf. Beatriz de Alba-Koch, “The Dialogics of Utopia, Dystopia and Arcadia: Political Struggle and Utopian Novels in Nineteenth-Century Mexico”, en *Utopian Studies*, Penn State University Press, Vol. 8, Núm. 1, 1997, pp. 20-21.

³ Justo Sierra adjudica las siguientes características al alma romana: “grande, dura, orgullosa y profundamente despreciadora del dolor ajeno”. Véase Justo Sierra, “Días de Roma. El coliseo. Las catacumbas”, *El Mundo Ilustrado*, t. II, núm. 4, México, 26 de julio de 1903, p. 8.

⁴ Versos pertenecientes a la obra “Adiós, oh patria mía”, que Ignacio Rodríguez Galván [1816-1842] escribió en junio de 1842 mientras iba a bordo de un vapor que partía de Nueva Orleans con dirección a La Habana. Con motivo de su muerte, los versos fueron musica-

lizados por Juan N. de Retes y publicados por *El Liceo Mexicano*. Véase Ignacio Rodríguez Galván, “Adiós, oh patria mía”, *El Liceo Mexicano*, t. I, México, ene-abr de 1844, p. 305.

⁵ Expresión italiana que significa “dulce no hacer nada”. Fue un *leitmotiv* recurrente en los artistas decimonónicos, basta citar el soneto de Antonio Plaza (1833-1882), cuyo segundo cuarteto expresa: “Indiferente a lo que el docto escriba, / en holganza constante me esperezo, / y después de roncar, canto el bostezo, / y después de cantar, Morfeo me priva”. Véase Antonio Plaza, “Dolce Far Niente”, *Álbum del corazón. Poesías de Antonio Plaza*, Juan de Dios Peza [prólogo]. Buenos Aires / México, Maucci Hermanos, 1899, pp. 26-27. Consúltese en <<http://libsysdigi.library.illinois.edu/oca/Books2008-12/3431707/3431707.pdf>>, [consulta: noviembre de 2022].

⁶ Eugène Sue (1804-1857), escritor francés de tendencia religiosa protestante. El monólogo de Gaspar Rodríguez alude a la carta de Sue que el periódico *La Cruz* reprodujo y Roa Bárcena criticó severamente. En ella, el autor enfatiza su defensa del protestantismo asociándolo con valores como la libertad. Véase José María Roa Bárcena, “Una carta de Eugenio Süe”, *La Cruz*, t. IV, núm. 10, México, 26 de febrero de 1857, pp. 303-307.

⁷ Tanto el pintor español Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682) como el novohispano Miguel Cabrera (1695-1768)

trataron el tema de la devoción católica en la mayor parte de su obra.

⁸ Debido a su imponente presencia, carácter defensor y leal, el perro es nombrado así en alusión al último gran conquistador de Asia Central, también conocido como Timur Lang o Timur el Cojo (1336-1405).

⁹ *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana*, escrito por el padre jesuita Jerónimo de Ripalda (1536-1618). La obra tuvo gran influencia en la educación de los niños novohispanos; tal impacto perduró hasta el siglo XIX, puesto que se utilizaba, además, para la enseñanza de otros temas como lectura y civismo.

¹⁰ Referencia a las composiciones pastoriles; se desarrollan en un ambiente bucólico donde el factor central es el canto al amor. En “Farsa o cuasi comedia de una doncella”, Lucas Fernández (ca. 1474-1542) narra una historia donde un pastor invita a una doncella a compartir una vida idealizada, sencilla y en armonía con la naturaleza: “Aquí vos podéis estar / conmigo en esta montaña. / En mi cabaña, / si quereis, podeis morar [...] Vámonos a mi majada, / que está en somo esta floresta: / Cuido estais deshambriada / y ahinada / de aquesta cruda recuesta. / Daros he priscos, bellotas / madroños, nueces, manzanas / y avellanas”. Véase Lucas Fernández, “Farsa o cuasi comedia de una doncella”, *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernández. Salmantino*, Real Academia Española [edición] [Biblioteca selecta de autores clásicos

españoles, 3], Madrid, Imprenta Nacional, 1867, pp. 67 y 69. Consúltese en <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000108695&page=1>>, [consulta: noviembre de 2022].

¹¹ Conocido también como Paseo de Bucareli en honor al virrey que ordenó su construcción, Antonio María de Bucareli y Ursúa (1717-1779). Debido a sus inmediaciones arboladas, el camino tenía como objetivo brindar comodidad y solaz a los habitantes de la ciudad. Actualmente se le conoce como avenida Bucareli.

¹² El autor emplea la analogía como recurso para exagerar acerca de la iniciación masónica en el Rito de York. También conocidas como ordalías, las pruebas de agua y fuego fueron utilizadas durante la época medieval para comprobar la inocencia o culpabilidad del enjuiciado. La ordalía del agua consistía en atar de pies y manos al acusado y arrojarlo a un estanque. Si el individuo se sumergía, era declarado inocente, de lo contrario, culpable. El resultado se consideraba inapelable, pues había sido producto del juicio divino. Véase Ignasi Terradas Saborit, *Justicia vindicatoria. De la ofensa e indefensión a la imprecación y el oráculo, la vindicta y el talió, la ordalía y el juramento, la composición y la reconciliación*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1ª ed., 2008, pp. 612-613.

¹³ Los objetos que menciona el narrador probablemente hacen referencia a dos obras del teatro español decimonónico, consideradas dentro del género de las comedias de magia: *La pata de cabra*, estrenada en

1829, de Juan de Grimaldi (1796-1874), y *Los polvos de la madre Celestina*, publicada en 1840 y escrita por Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880). Se caracterizan por la presencia de hechos increíbles, mágicos y maravillosos. Los objetos funcionan como elementos fantásticos capaces de transformar el curso de los acontecimientos.

¹⁴ Alphonse Esquiros (1812-1876) comulgaba con pensamientos comunistas y revolucionarios. Una severa crítica presentada en el semanario *La Cruz* refuta los argumentos de la obra *Los mártires de la libertad* en el que, según Roa Bárcena, Esquiros asegura: “sería un trabajo inútil, locura y aun simplicidad el procurar un avenimiento entre el progreso y la tradición, entre la razón y la fe, entre la libertad y la autoridad”. Véase Roa Bárcena, “Alfonso Esquiros y algunos de sus escritos”, *La Cruz*, t. IV, núm. 5, 22 de enero de 1857, pp. 141-143.

¹⁵ Referencia a la ópera *Norma*, del músico italiano Vincenzo Bellini (1801-1835), estrenada en 1831. En su intento por desprestigiar a la religión, Gaspar considera a Norma, sacerdotisa de la ópera, un personaje histórico real.

¹⁶ Honoré-Gabriel Riquetti (1749-1791), conde de Mirabeau, célebre orador francés defensor de las ideas revolucionarias.

¹⁷ No hay necesidad de recordar que la manía de sustituir la moral a la religión, es decir, el efecto a la causa,

ha sido una de las armas poderosas y constantemente jugadas por la impiedad. Próximamente publicaremos en *La Cruz* la traducción de una obra notable de monseñor Affre, en que se demuestra que la moral no puede existir sin la religión, que es fuente de ella. [Nota del autor].

¹⁸ Se le llamó de manera despectiva ciencia de los ergos y distingos a la práctica y utilización de los silogismos en los sistemas de educación. Véase Pablo Hernández, *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1886, p. 312.

¹⁹ Versos correspondientes a la oda dedicada a Licino, escrita por Horacio (65-8 a.C.). Coinciden con una traducción hecha por el escritor español Fernández de Moratín (1760-1828), en cuya primera estrofa sentencia: “Rumbo mejor, Licino, / Seguirás no engolfándote en la altura, / Ni aproximado el pino / A playa mal segura, / Por evitar la tempestad obscura”. Véase Leandro Fernández de Moratín, “Traducciones de Horacio. IV. A Licino”, *Poesías sueltas*, París, Augusto Bobée, 1825, p. 594. Consúltese en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poesias-sueltas--4/html/015ea8d2-82b2-11df-acc7-002185ce6064_23.html>, [consulta: noviembre de 2022].

²⁰ *La sonnambula* (1831) fue una de las óperas más famosas de Vincenzo Bellini (1801-1835). Amina es el personaje protagónico; su condición de sonámbula es

la que da título a la obra. A lo largo de la ópera se patentiza la relación entre la mujer y la flor, como en una de las escenas del segundo acto: Amina habla en su trance con una flor a la que confiesa el amor que siente por su amado, Elvino.

²¹ La constitución *octroyée*, también llamada “concedida”, se otorga por el soberano a manera de autolimitación a su poder. Véase Silvia Bagni, *Diccionario de Derecho procesal constitucional y convencional*, Eduardo Ferrer *et al.* [coordinación], México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª ed., 2014, p. 203.

²² Refiere a la novela *Martín el expósito o Memorias de un ayuda de cámara*, publicada por entregas en México en *El Monitor Republicano* a partir del 20 de octubre de 1846. En la obra, Sue describe la figura de los padres jóvenes: “Eran estos, viudos de buena edad, personas de chispa y de buen humor, bromistas todavía, y que tuteaban generalmente a todas las principales entretenidas de París: estos *padres jóvenes*, partiendo del principio, excelente en su esencia, de que no hay nada más dudoso, ni más funesto por sus consecuencias que la tacañería y despotismo paternal que privan a los jóvenes de toda diversión, de toda libertad, creyendo hacerlos unos santitos, sin perjuicio de que luego salgan unos diablejos: estos padres jóvenes ostentaban por el contrario la tolerancia más excesiva, y a veces más que tolerancia”. Véase Eugène Sue, “Martín el espósito o Me-

morias de un ayuda de cámara”, *El Monitor Republicano*, núm. 607, México, 23 de octubre de 1846, p. 3.

²³ Mención de la anécdota que don Quijote relata a Sancho acerca de Orbaneja, pintor de Úbeda, el cual, después de realizar una pintura de dudosa calidad, escribía al pie el nombre de lo que había pintado para que no existiese confusión: “—Tienes razón, Sancho —dijo don Quijote—, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda; que, cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: ‘Lo que saliere’; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: ‘Éste es gallo’, porque no pensasen que era zorra”. Véase Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la mancha*, Francisco Rico (edición y notas), México, Alfaguara, 2004 p. 571.

²⁴ Canciones populares veracruzanas. Una breve descripción de estos ritmos se encuentra en un artículo de *El Museo Mexicano*: “Los sones que se bailan entre los jarochos, son unos compuestos por ellos mismos, y otros españoles o del interior de la República, descompuestos a su antojo y arreglados para sí; de manera que bailan el *Canelo*, la *Tusa*, la *Guanábana*, etc.”. Véase José María Esteva, “La jarochita”, *El Museo Mexicano*, t. III, México, marzo de 1844, p. 234.

²⁵ Jan Hus [1369-1415], religioso natural de Bohemia. Cuestionó algunas prácticas de la Iglesia católica, como las injusticias en las excomuniones, por lo que se le con-

sidera precursor de las ideas del protestantismo. Sus dogmas fueron juzgados como heréticos y se le condenó a la hoguera. Hieronymus von Prag [1360-1416], defensor de las ideas de Hus, corrió con la misma suerte. Véase Jean Baptiste Gaspard Roux de Rochelle, *Historia de las ciudades anseáticas*, Barcelona, Imprenta del Imparcial, 1844, pp. 148-149.

²⁶ Se refiere a la obra del doctor Louis Auguste Lesage, donde refuta los procedimientos médicos de los doctores Broussais y Le Roy. A saber: “Estos dos antagonistas son: Mr. Broussais, armado de sanguijuelas para destruir sus eternas irritaciones; y Mr. Le Roy combatiendo con sus catárticos los humores pecantes que según él, son siempre la causa de todas las enfermedades”. Véase, L. A. Lesage, *Peligro y absurdo de la doctrina fisiológica del doctor Broussais, y observaciones sobre el tifo de 1814, de la enfermedad que reinó en la escuela de San Ciro, y de las fiebres adinámicas en general*, Nicolás Molero (traducción), Sevilla, Imprenta de Hidalgo y Compañía, 1827, p. V.

²⁷ Job [12:9 y 19:21]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

²⁸ Franz Joseph Gall [1758-1828] desarrolló la teoría de la frenología. En una de sus ideas afirmaba que la forma del cráneo era igual a la del cerebro y a través de él se podían “descubrir las cualidades y facultades fundamentales de una persona”. En México los conser-

vadores rechazaron estas posturas. En 1846 el Consejo Superior de Salubridad prohibió la difusión de las ideas de la frenología afirmando que: “si ‘del interior del hombre no juzga ni la iglesia’ ¿cómo se atrevía Gall a hacerlo?”. Véase Fernando Martínez Cortés, “Juicios del Consejo sobre la frenología de Franz Gall”, *De los miasmas y efluvios al descubrimiento de las bacterias patógenas: los primeros cincuenta años del Consejo Superior de Salubridad*, México, Consejo de Salubridad General, 2ª ed., 1998, pp. 51-52.

²⁸ Bartolomé Leonardo de Argensola [156?-1631], escritor español de los Siglos de Oro. Los versos corresponden a un soneto, en el cual, después de lamentarse ante la divinidad por las injusticias del mundo, el último terceto indica: “Esto decía yo, quando riendo / Celestial ninfa apareció, y me dixo: / Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?”. Véase Ramón Fernández, *Rimas del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*, Madrid, Imprenta Real, 1786, p. 183. Consúltese en <<http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=439133>>, [consulta: noviembre de 2022].

³⁰ En una de las biografías de las *Vidas paralelas* de Plutarco, dedicada al político Fabio Máximo [208-203 a. C.], se señala: “así también Fabio no se dio por sentido ni se incomodó por sí con aquella determinación; contribuyendo a demostrar lo que opinan algunos filósofos, que el varón recto y bueno no puede ser afrentado ni deshonorado”. Plutarco, *Las vidas*

paralelas, t. I, Antonio Ranz Romanillos [traducción], Madrid, Imprenta Central [Biblioteca clásica, 21], 1879, pp. 366-367.

³¹ A partir del 18 de septiembre de 1856, el semanario *La Cruz* comenzó a publicar por entregas *La novena de la Candelaria* del francés Charles Nodier [1780-1844], obra traducida por Rafael Roa Bárcena. En la novela aparece una pareja que con sus actitudes refleja felicidad: “Cecilia estaba a mi lado, cerca de mi corazón. Me comunicaba libremente con su pensamiento; respiraba su aliento; poseía los diez minutos de vida completa y feliz que Dios me había reservado en la Tierra, y gozaba de ellos con delicia, porque ningún cuidado alteraba su pureza”. Véase Charles Nodier, “La novena de la Candelaria”, *La Cruz*, t. III, núm., 13, México, 30 de octubre de 1856, p. 405.

³² Alusión al Libro de Job, donde se describe al equino como un animal guiado por sus instintos y asociado con lo bélico: “Escarba la tierra con su pezuña, encabritase con brío: corre al encuentro a los armados”. Job [39:21]. Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

³³ Su novela, *El consejo del búho*, puede consultarse en este portal.

La quinta modelo se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 16 de diciembre de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. La edición estuvo al cuidado de LAURA AGUILA y BRAULIO AGUILAR.